El Hogar



PINTADA PARA "EL HOGAR"

FANTASÍA INVERNAL

Por Cesáreo Díaz

¿Conoce Vd. todas estas deliciosas galletitas?

He aquí algunas de las selectas galletitas de la moderna elaboración BAGLEY, tan finas y de tan buena calidad como las mejores importadas



MILK

A base de leche y harina. Sin azúcar. Muy sabrosas y nutritivas.

En envases de 1 y 1/2 k.



SURTIDO FINO BÁGLEY

Exquisita selección de 21 de las mejores galletitas BÁGLEY. Para postre, te con leche y licores.

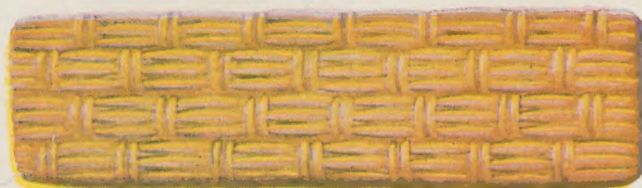
En envases de 4, 1 y 1/2 k.



AGUA

Deliciosas galletitas sin azúcar ni levadura. Para preparar apetitosos sandwiches.

En envases de 10, 4, 1 y 1/2 k.



MITRE

La prestigiosa y antigua marca de BÁGLEY. De delicioso sabor suavemente dulce.

En envases de 4, 1 y 1/2 k.



AMOR

Fino surtido de deliciosos bocados rellenos de crema.

En envases de 1/3 y 1/4 k.



FAMILIA

Riquísimas galletitas poco endulzadas.

En envases de 4, 1 y 1/2 k.



ÓPERA

Deliciosas obleas con relleno de crema de varios gustos.

En envases de 4, 1/2 y 1/4 k. y en SURTIDO FINO.



SANDWICH

Sabrosos bocaditos sin azúcar.

En envases de 1 y 1/2 k. y en SURTIDO FINO.

El Surtido BÁGLEY comprende más de 52 variedades de Galletitas finas, todas elaboradas a máquina, de acuerdo con los últimos dictados de la higiene moderna, con ingredientes puros de la mejor clase, especialmente elegidos.

NOTA IMPORTANTE

Desde hace mucho tiempo, la Casa BÁGLEY presenta sus galletitas en envases herméticamente cerrados con doble tapa, la primera de ellas bien remachada. Este cierre es el mejor sistema moderno que se conoce para conservar las galletitas en perfecto estado en climas como el de la Argentina. Prefiera, pues, Galletitas BÁGLEY a las que se venden sueltas, expuestas al manoseo y a la humedad del clima.

Las Galletitas BÁGLEY se venden en todos los almacenes y despensas.



CAMPO

Sin azúcar ni levadura. Muy sabrosas y nutritivas. Especiales para pic-nics, excursiones, estancias, etc. Reemplazan al pan.

En envases de 10, 4, 1 y 1/2 k.

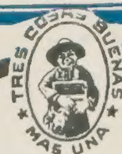


CREMA

Galletitas sin azúcar, a base de manteca y leche, con poca levadura. Muy liviana. Para delicados del estómago.

En envases de 4, 1, 1/2 y 1/4 k.

Siendo de Bágley es bueno



SUBSCRIPCIONES
EN LA CAPITAL
Año........... $ 9.— %
Semestre...... » 5.— »
Trimestre..... » 2.50 »
Núm. suelto.. » 0.20 »
» atrasado. » 0.40 »
EN EL INTERIOR
Año........... $ 13.60 %
Semestre...... » 7.— »
Trimestre..... » 4.— »
Núm. suelto.. » 0.30 »
» atrasado. » 0.60 »
EN EL EXTERIOR
Año.......... $ 10.— oro
Semestre..... » 6.— »
Trimestre.... » 4.— »

PARA EVITAR interrupciones en la recepción, conviene remitir la renovación de las subscripciones sin demora. El importe de las subscripciones puede ser remitido a esta Administración en giros postales, cheques o estampillas de correo, bajo sobre certificado.

El Hogar

ILUSTRACION SEMANAL ARGENTINA

APARECE TODOS LOS VIERNES



Dirección: Redacción y Administración RÍO DE JANEIRO, 262

FUNDADA EN 1904 POR ALBERTO M. HAYNES

U. T., 63, Almagro, 1120 y 1121 — Dirección telegráfica: "Senyah"

OFICINA CENTRAL PARA AVISOS Y SUBSCRIPCIONES
A. DE MAYO 749, 5º piso. U. T. 37, Riv. 0962
ANUNCIOS EN EL EXTERIOR
Se aceptan anuncios de cualquier Agencia o Agente de Publicidad de buena reputación. — No se acuerdan representaciones exclusivas. — La Administración atiende todo pedido de ejemplares y tarifas.
AGENTES PARA LA VENTA EN EL EXTERIOR
URUGUAY. — A. S. ADAMI
Plaza Independencia, 727, Montevideo
ESTADOS UNIDOS. — S. S. KOPPE Y CO. INC.
Times Building. New York
PARAGUAY. — SANTIAGO PUIGBONET
Palma, 78. Casilla Correo 581. Asunción

Año XXII — *Buenos Aires, Agosto 6 de 1926* — Núm. 877

Notas y Comentarios de Actualidad

Plancha Patriótica

En el número anterior cometimos una plancha patriótica, permitiéndonos creer que para entonces ya se encontrasen entre nosotros los aviadores del "Buenos Aires". "A estas horas ya el público porteño los habrá acogido en sus brazos", decíamos. Lejos de eso, aun estaban expuestos a los riesgos del camino. Pero las planchas patrióticas no es menester confesarlas continuamente, puesto que pueden ser proclamadas con orgullo. No obstante, no se debe abusar de las planchas patrióticas. Acabarían por perder su mérito. En cuanto al retraso experimentado por el "raid", habrá contrariado a los impacientes, pero los "raids" aéreos no son la misma cosa para los que los hacen que para los que los ven hacer. Para éstos son una línea trazada en un mapa y un avión que llega triunfalmente, escoltado por los invisibles dioses del aire. Para aquéllos son un trayecto a través de un medio físico, y un endeble aparato acechado por los demonios atmosféricos. El "raid" aéreo Nueva York-Buenos Aires es empresa no menos arriesgada que la travesía del océano en una carabela. ¿No parece así después del éxito del comandante Franco? Es que todavía no nos damos cuenta exacta de lo que hizo el comandante Franco.

Una Operación Normal

La compra del Cervantes, dice el Poder Ejecutivo, es una operación normal. Sólo le falta añadir: "por los cuatro costados". Si eso es lo normal, la única salvación del banco que la hizo está en lo patológico. El Poder Ejecutivo enumera las leyes en que podría fundarse la normalidad de la operación. Se dirá que ninguna de ellas explica cómo pudo costar dos millones un teatro que ayer mismo no valía más que uno. Pero hay la ley de la oferta y la demanda. Cuando la demanda es de dos millones y la oferta también, lo normal es que los teatros se vendan por dos millones. Ahora, si bien como operación financiera es una operación normal, no es lo mismo como operación política. Esas cosas hay que saberlas hacer. Nunca se elige un testigo tan visible y permanente de la operación como el Teatro Cervantes. Se eligen unos bañados en el Chaco, y en lugar de dos millones, se le ponen cuatro. ¿Qué se diría de un gobierno que comprase por dos millones un clavo de cinco metros, por lo demás de madera pintada, y lo clavase en la Plaza del Congreso? Pero se ve que el gobierno carece de experiencia en este género de operaciones normales. ¿Cómo se deshace ahora el gobierno de ese molesto testigo de una operación normal? ¡Únicamente que lo asegure y lo queme!

Intereses Británicos e Intereses Argentinos

Un diario de Londres hace una defensa excesiva y unilateral de los intereses del capital británico arraigado en la Argentina. Le sobra razón al colega en cuanto dice que los gobiernos argentinos están gastando inconsultamente. Pero, por lo demás, el artículo es una cosa impropia de un diario de la responsabilidad del que lo publica: es un brulote. El punto de vista en que debe colocarse la prensa no es el de intereses particulares determinados. La prensa es algo al servicio del país, y su punto de vista natural son los intereses generales del país a que sirve. A Inglaterra le interesa hoy tanto como a ellos mismos el desenvolvimiento productor de los países del tipo argentino, tanto si son colonias o proveedores suyos como si no, porque todos concurren a la formación de los precios de los productos que Inglaterra necesita para consumo de su pueblo y de su industria. En este sentido, pues, a Inglaterra le interesa tanto como al propio productor de esos países, todo lo que importe a dicho desenvolvimiento, por ejemplo, la altura de las tarifas ferroviarias, pues ellas, según el caso, lo facilitan o lo entorpecen. No se necesita añadir otra cosa para hacer notar que ni aun la prensa británica puede defender los intereses del capital de su país arraigado en la Argentina, desde el punto de vista unilateral de los mismos.

El Episcopado Mejicano y la Libertad

El episcopado mejicano protesta contra las medidas del gobierno, en nombre del derecho y de la libertad. Pasa con esto, la libertad y el derecho, algo que no sabemos si llamar muy curioso o muy vulgar. Nadie se acuerda de Santa Bárbara sino cuando truena. ¿Quién es el que, cuando ve restringir la libertad del adversario, se acuerda del refrán que dice: "Cuando las barbas de tu vecino veas pelar, pon las tuyas a remojar"? Nadie cree que el adversario sea un vecino de libertad. La nobleza y la burguesía italianas asistieron alborozadas a la restricción de las libertades obreras de su país. Ahora el fascismo, al mismo tiempo que desea fomentar la concurrencia de turistas a Italia, limita a los italianos la libertad de pasar el verano en las estaciones del extranjero, y los diarios fascistas recomiendan al odio del populacho a los nobles que tienen la costumbre de hacerlo, publicando sus nombres y direcciones. Lamentaríamos que en Méjico ni en ninguna parte se restringiese la libertad religiosa ni ninguna libertad legítima. ¡Pero no nos extrañaríamos mucho!

La Palabra Oficial en el Diario de Sesiones

Ahora resulta que la palabra oficial no es la misma en el Diario de Sesiones que en el recinto de la Cámara. Preguntado el ministro de Marina por un diputado por qué el Ejecutivo envió a la Cámara el decreto sobre nuevas adquisiciones navales, contestó el ministro:

— Para obtener su aprobación, señor diputado.

En el Diario de Sesiones salió lo siguiente:

— Para dar cuenta de tal resolución.

Lo cual quería decir que ahora holgaba la aprobación de la Cámara.

Más tarde, habiéndosele vuelto a preguntar, por otro motivo, por qué había enviado el decreto a la Cámara, contestó:

— La Cámara resolverá. Para eso se ha mandado.

En el Diario de Sesiones apareció lo siguiente:

— Para su conocimiento. Para eso se ha mandado.

El ministro de Marina ha sentado un nuevo e importante precedente en materia de declaraciones oficiales.

El Impuesto a la Renta

Actualmente está de moda la dictadura financiera, y aun la dictadura integral, pero a fines muy distintos de los que el Ejecutivo ha demostrado con el uso que ha hecho de la usurpación de facultades parlamentarias. ¿Es posible, pues, mantener la misma opinión que hace uno o dos años, acerca del proyecto de impuesto a la renta, que el Ejecutivo recomendó al Congreso en su mensaje? El actual gobierno le va a legar a su sucesor un arduo problema financiero, y tanto peor si también se le deja comprometida esa fuente de recursos, que puede ayudarle a resolverlo. El actual gobierno le va a legar a su sucesor un insostenible presupuesto de gastos, una deuda cuyo servicio requerirá cerca de doscientos millones, un nuevo atraso de seis años en obras públicas, y el mismo problema ferroviario que heredó de su antecesor. Si el Congreso sanciona los proyectos rentísticos, financieros y monetarios del Ejecutivo, empeorará las cosas. La consolidación de la deuda sólo conduciría a que se gastasen los recursos con que se podría continuar saldándola, y la reforma fiduciaria sería muy peligrosa con una mala situación financiera.

Los Ministerios que Trabajan

Un reciente informe del ministro de Agricultura sobre el cultivo del maní, da idea de la atonía que reina en ese ministerio. Recuerda enteramente los apáticos mensajes del gobernador de Catamarca. ¿Se están arruinando los cultivadores de maní? Paciencia, pues. Vamos a ver si compramos semilla en el extranjero. Puede ser que resulte. Y si no, haremos una semana del maní.

Los únicos ministerios que trabajan son los de Guerra, Marina y Hacienda; los dos primeros inventan gastos, y el otro inventa recursos. El mismo ministerio del Interior se ha ido paralizando a medida que se le fueron acabando las intervenciones. ¿Por qué no se mueven los demás ministerios? ¿Por falta de iniciativa, o porque los de Guerra y Marina tienen acaparado al de Hacienda?

¡Tal vez también por falta de ideas!

El Plan Poincaré

El plan Poincaré parece ser el que mejor concilia las diversas opiniones sobre la cuestión del franco, y los diversos intereses que su solución compromete. El aumento de los impuestos y de las tarifas ferroviarias no es exagerado; y si se tiene en cuenta la última desvalorización del franco, es más ficticio que real. Sobre todo si las noticias sobre mejoría de la situación agrícola francesa son exactas, el plan puede tener buen éxito. Pero el aumento de los impuestos y de las tarifas ferroviarias siempre será un obstáculo a la revalorización del franco, porque el cambio de la moneda de un país deudor no puede ser alto, si los gastos públicos están calculados con arreglo a un tipo bajo. La revalorización del franco tendría que fundarse en la adopción del franco oro como unidad de valor, tanto en el presupuesto como en los negocios particulares, haciéndose los cobros y pagos en papel, al tipo del cambio, y en la fijación de un límite máximo al valor oro de la deuda pública, según el cambio de la fecha del empréstito. Entonces el equilibrio del presupuesto estaría a cubierto de las oscilaciones del cambio, y éste iría subiendo a medida que se amortizase la deuda y se redujese el presupuesto.

El Material de la Armada

La semana pasada el Congreso nombró una comisión para ver si es cierto que los cañones de grueso calibre de los grandes acorazados no resisten más que un solo disparo. En tal caso, sería un cargo de conciencia hacer la prueba. Echarían a perder las cureñas sólo para satisfacer una curiosidad. Esa comisión merecía ser subvencionada por el ministro de Marina. Con razón los sectores adictos al gobierno la votaron entusiasmados. Ella está destinada a darle al gobierno un triunfo gratuito, que sirva de atmósfera moral a sus proyectos de adquisiciones navales. El estado del material de la armada ha sido bueno bajo todos los gobiernos, y las adquisiciones hechas para la armada han sido siempre excelentes. Y el actual ministro de Marina es uno de los oficiales a quienes se deben ambas cosas. Lo que se discute no es eso, sino la utilidad de los barcos. Desde la presidencia de Sarmiento, en que se fundó la moderna escuadra, la única vez que ellos entraron en fuego fué en la revolución del 90. ¿Para qué barcos, si las revoluciones ya se acabaron?

Delito Imaginario y Querella Ridícula

Desde hace tiempo anda rodando por los juzgados una querella por "apología" del delito, entablada contra un diario de Buenos Aires por correligionarios de los que tan buena cuenta supieron dar de Matteotti y de Améndola. La apología del delito es un delito como la apología de la gripe. Los que hacen la apología del delito, de la gripe y de las inyecciones de leche de burra son seres tan raros como curiosos, y por regla general se les estimula a que perseveren en su desinteresada propaganda. Lo que puede haber es algo más serio: lo que en "sermo vulgaris" se llama incitación al delito. Pero hay que tener cuidado de no confundir una expresión retórica, por censurable que les pueda parecer a los creyentes de la apología del delito, con lo que en "sermo vulgaris" se llama incitación al delito. Los que han entablado esa querella deben ser tipos operables, y lo que deben hacer los magistrados es aprovechar la bolada. No todos los días se les van a dar casos de querellas por apología del delito.



Las Aventuras de don Pancho Talero

por LANTERI











PERSONAS BUSCADAS

Se desea saber el paradero de Pancho Talero. ¡Volvé, Panchito, que tu esposa te ansía!

Se gratificará con un bono de la Caja de Ahorro Postal a la persona que lo encuentre.

Responde al nombre de Pancho. Señas particulares: color trigueño, tiene dos lunares, uno junto a la boca y el otro más arriba. Usa camiseta de punto y polainas de franeleta.

¡Por favor! Se trata de un recuerdo de familia.

Dirigirse a P. C. de Talero, Curapaligüe y Cucha-Cucha.











Camila y Enriqueta

Por ANTONIA OPISSO

Ilustración de Lassell



"... amenazado de una parálisis que le imposibilitaba de todo movimiento..."



AQUELLA blanca casita, levantada en el sitio más delicioso de aquel barrio metropolitano, sin ser una construcción artística ni pretenciosa, atraía, sin embargo, por el encanto de su sencillez y por la alegre frescura de todos sus detalles. Nada de balaustradas costosas ni de doradas verjas, ni tampoco de ese derroche de cristales de colores y de vistosos toques en el revocado. En la casita que nos ocupa, todo era de una sencillez adorable. A tener aroma, hubiera despedido por todos sus poros el perfume suave de las violeta... Pero, a falta de éste, despedía uno no menos grato y atractivo: el de la modestia unido a la exquisita elegancia. Podía la quinta aquella no reunir las condiciones debidas para aspirar a nido de águilas; pero nido de ruiseñores sí lo era; de ruiseñores en perpetuo arrullo, en eterno melodioso cantar.

El pequeño jardín que la circuía, sin ser un *hall*, era digno marco del cuadro de dichas y felicidades que encerraba, debiendo su principal gala al esmero y constancia con que eran cuidadas sus flores. Y lo eran, hasta con mimo, con algo de maternal solicitud; cosa que no hubiera tenido nada de notable si este cuidado hubiese corrido a cargo de Camila y Enriqueta, dos capullos tan ricos en color como en gentileza, que en compañía de sus padres ocupaban la quinta; pero no era así: las veces de jardinero las llenaba el padre de ambas jóvenes, privado desde hacía algún tiempo del inestimable don de la vista. Su inesperada ceguera le imposibilitaba dedicarse a su profesión artística, a la que consagró todos sus entusiasmos y sus fervores. Sus sueños de artista se habían extinguido para siempre. Ahora practicaba un arte menos elevado, pero no menos simpático, y lo practicaba con tacto y esmero sin igual. A sus flores las veía él por dentro; las presentía y las adivinaba; eran los nuevos tonos y colores que brotaban de su mágica paleta, tonos y colores que, semejantes a luces próximas a extinguirse, parpadeaban temblorosas en el fondo de su tenebrosa imaginación.

Allá en tiempos no lejanos fué Enrique Durán una de las pocas celebridades auténticas de la pintura, pero el exceso de trabajo y ese *más*, ese afán insaciable de cuantos aspiran alcanzar lo sumo de la perfección, arrinaron primero su salud, sus alegrías después y su vista finalmente. De ahí que el que vivió entre esmaltes y colores de peregrinos destellos se resistiera en su infortunio a vivir entre las sombrías tinieblas a que venía condenado y aspirase a crearse en un mundo ficticio nuevas aspiraciones y no menos halagadora luz. Los frutos de su nuevo arte eran sus flores. Lo sólo que convertía en alegrías las prolongadas penas de su alma eran dos flores no menos bellas: sus hijas gemelas, ambas de belleza delicadísima y de tan extraordinario parecido que ni aun su propia madre conseguía a veces precisar con cuál de sus hijas estaba hablando. La misma dulcísima voz, comparable sólo a enamorado arrullo; la misma gentil gallardía en sus andares, la misma distinción en sus maneras, igual exactitud desesperante en la suavidad y perfección de las líneas de sus agraciados rostros, y, finalmente, idéntica aristocrática palidez. El único que, a pesar de su ceguera, conseguía distinguir a las dos hermanas era el padre, siendo por demás explicable tan singular particularidad. Acostumbraba el pobre ciego dar diariamente un paseo por las quintas vecinas a la suya, apoyado siempre en el brazo de alguna de sus hijas. Consecuencia de una fractura que sufrió Camila en su niñez, su brazo derecho resentíase al más leve esfuerzo. Por este motivo se veía obligada a ofrecer el izquierdo a su padre, y como Enriqueta, en cambio, le presentaba siempre el derecho, Durán se atenía a este detalle para saber por cuál de sus hijas iba acompañado.

Dedicábanse las dos hermanas a dar lecciones de piano en un barrio cercano, donde en menos de quince minutos las dejaba el tranvía, permitiéndoles el fruto de su trabajo atender holgadamente a las necesidades del hogar. Esto hacía que todo sonriese en la quinta aquella; todo respiraba allí dicha y felicidad, esa felicidad única que reporta siempre el cumplimiento de los más altos deberes cumplidos y que sólo a los buenos les es dable disfrutar.



La hora de la comida era la de más dicha para el padre. En ella se reunían aquellos cuatro seres tan estrechamente unidos por el más puro de los afectos; en ellas le informaban Camila y Enriqueta de sus impresiones del día, del mérito de sus respectivas alumnas, de los rumores más interesantes que habían conseguido recoger. Eran ecos dulcísimos que embellecían el hogar, llevando a él los acentos de un mundo borroso y ya casi extinguido en la memoria del pobre ciego.

II

UNA noche aquella familia de patriarcales costumbres vió súbitamente alterado el orden en ellas establecido. Contra su costumbre, Camila había dejado de acudir a la hora de la cena. ¿Qué podía haber motivado su retraso? Por causa del tiempo no sería, pues la noche estaba tan hermosa que bajo su esplendoroso manto no cabía concebir ni una idea torpe, ni un pensamiento triste, ni la menos sombría impresión. ¿Le habría ocurrido alguna desagradable contrariedad? ¡Oh, no! Las desdichas se presienten, y si algo presentían los padres y la hermana de la ausente no era la sorpresa de una desdicha, sino algo que va más hondo, algo que para asegurar el resultado de la herida busca por blanco la conciencia o la dignidad... En medio de sus inquietudes, seguían atentos el ruido de cuantos tranvías pasaban por delante de la silenciosa quinta. Ni uno solo de ellos, sin embargo, se detenía; todos se alejaban rápidos, llevándose las últimas esperanzas de aquella familia.

Dos horas más tarde que de ordinario los Duranes se sentaron a la mesa. Su apetito y su alegría habían desaparecido por completo; sus miradas, su atención y sus ansias se fijaban en el sitio que había dejado vacío la ausente. Durán no preguntó el nombre de la que le había abandonado. Lo presentía; sería Camila, su hija preferida, la que más tiernamente amaba. Condición del linaje humano es corresponder siempre a los afectos más sinceros con la más taimada ingratitud.

Como identificándose con la angustiosa melancolía de sus moradores, la quinta fué, a su vez, despojándose de sus alegres galas y de cuanto constituyó su más atractivo ornamento. La pequeña cascada dejó de manar; por descuido o negligencia, los jilgueros y los canarios murieron dentro de sus pintadas jaulas; las flores agostáronse en sus pétalos, y un ruiseñor que anidaba en la madreselva de una glorieta, o enmudeció o a la vista de aquel cuadro de desolación y de abandono dejó para siempre su nido. Todo era triste y vago en la quinta; no se oían ya cantos ni arrullos, ni alegres y festivas charlas: el silencio se había enseñoreado por doquier. La madre, abrumada por hondas incertidumbres, se hizo reservada y severa. Enriqueta redobló sus tareas, para hacer menos sensible la ausencia de su hermana, y el infeliz ciego, midiendo en toda su magnitud el alcance de su desdicha, sentía que la vida se le escapaba como por una abierta y enconada herida.

Resultado de sus continuas vigilias y de su pesado trabajo, no tardó Enriqueta en percibir ese agotamiento total, esa extenuación dolorosa precursora de las grandes crisis de la naturaleza; mas, como los desencantos a que estaba sujeta habían despojado su existencia de todo atractivo, desdeñó impasible sus sufrimientos, considerándolos no como una adversidad, sino como un bien único al que cuanto antes deseaba llegar.

III

Y llegó, al fin. Sin embargo, al vislumbrar el límite anhelado, contra lo que se prometía, si no sintió ninguno de los goces del triunfador, sintió, en cambio, todas las amarguras y los desencantos del vencido, que amargaban su agonía con anticipada eternidad. ¿Qué le afligía más que su mortal dolencia? ¿Qué pena en su alma superaba a la que sentía ante la inevitable separación que se imponía entre ella y los dos ancianos que tan tiernamente la amaban? Aun pareciendo increíble, un duelo mayor sentía: un angustioso anhelo por ver de nuevo a la inolvidable hermana más querida cuanto más evidente era la negación de su afecto. La fealdad de su falta de abandonar los lares paternos por correr en pos de una quimera, embellecían su cariño con atenuantes y disculpas que tenían el misterioso encanto de brillantes astros fulgurando en un cielo sombreado por negras nubes y con el recuerdo de mejores días; de aquella riente y lejana infancia durante la cual forjaron, juntas, los más hermosos proyectos. Pero tales proyectos se habían desvanecido cuando ya parecían llegar a su realización... ¡Qué hermoso e inolvidable se ofrecía a sus recuerdos aquel breve pasado! Su desaparición se imponía; no era posible tanta ventura; ¡y ya estaba visto; no fué posible!

Así discurriendo, la falta de Camila iba despojándose de toda su gravedad, quedando reducida a un accidente casi lógico y natural. De ahí que por instantes creciesen sus ansias para abrazarla de nuevo, por otorgarle, antes de abandonar la existencia, el más cumplido perdón...

Y tales ansias, tales inquietudes, no era ella sola en

(Continúa en la pág. 68.)



FOTO R. H.

El ilustre sabio español R. P. José A. de Laburu, que ha llegado a Buenos Aires para dar conferencias científicas, invitado por el "Centro de Estudios Religiosos", que preside la señora Florencia Lezica de Tomkinson

Un sacerdote extraordinario

El R. P. José A. de Laburu en Buenos Aires

Sus famosos experimentos de hipnotismo animal

Por

JUAN JOSE DE SOIZA REILLY





L Padre Laburu es un sacerdote extraordinario.

Los diarios han saludado al ilustre jesuíta como a un sabio vulgar. Estamos tan acostumbrados a los conferencistas europeos, que desconfiamos, a menudo, de su sabiduría. Vienen. Sonríen. Elogian briosamente la cultura y las vacas de nuestro país. Nosotros, agradecidos, les llamamos sabios, por las dudas. Ellos, en silencio, nos llaman lo contrario. Y se van...

Pero, esta vez, el viajero ilustre es un sabio de veras. El "Centro de Estudios Religiosos", que preside la distinguida señora Florencia Lezica de Tomkinson, ha sido la prestigiosa institución que trajo a Buenos Aires al Padre Laburu. Sus conferencias tienen así un apoyo de sociabilidad que las hace doblemente valiosas. Sin embargo, por encima y por debajo de tales auspicios, está la personalidad de este curita suave y melodioso. Ha de revolucionar con sus ideas científicas nuestro ambiente eclesiástico.

Fuimos a conversar con él cinco minutos. En un segundo se nos fué media hora. Una hora... Nos recibió en el locutorio del Colegio del Salvador. En una de sus celdas lo han hospedado sus hermanos de la Compañía de Jesús.

— Venimos, Padre..., etc.

— ¡Pero, señores!... Yo no merezco tantas atenciones. Soy un simple viajero que traigo la cándida intención de decir cosas que a mí no me parecen cosas nuevas. A lo mejor, son más antiguas que Matusalén.

Es vasco, y ríe suavemente como diez vascos juntos. Sus ojos chispeantes y agudos dan la sensación de un hombre que escarba cuando mira. En cambio, cuando habla, sus ojos se extasían como si estuviera leyendo por dentro las palabras que dice. Se ve, a la legua, que el Padre Laburu tiene en la cabeza todo lo que ha estudiado...

— ¿Es usted amigo del doctor Marañón?

— ¿Amigo? ¡Un hermano! ¡Un compañero!... Tenemos la misma edad: treinta y nueve años. Ambos nacimos en 1887. Marañón nació en junio y yo en mayo...

— ¿Qué le parece el encarcelamiento del doctor Marañón? Primo de Rivera...

— Este... Este... Este...

(El Padre Laburu se inquieta. Quiere cambiar de tema.)

— Pocos días antes de mi partida para España — continúa diciéndonos el Padre Laburu, — Marañón fué llamado desde Madrid a Bilbao para atender a un enfermo. Estuvo en mi casa. Quiso brindarme el honor de corregir las pruebas de uno de mis libros. ¡Viera con qué cariño las corregía! Es un sabio. ¡Es el médico más grande que hay en España!

— Pues, por eso, la actitud de Primo de Rivera, ¿no cree usted que?...

— Este... Este... Yo pienso en el enorme disgusto que habrá tenido la noble compañera del doctor Marañón. Su hogar es un modelo de virtudes. Marañón tiene cuatro hijitos encantadores. Una de las chiquillas, Mábel, acaba de tomar la primera comunión.

— La actitud de Primo de Rivera, ¿no cree usted que...?

— Este... Este... Este...

(¡Es inútil! El Padre Laburu nos resulta un excelente sacerdote jesuíta. Nos habla de sus estudios de psicología y de biología. Ya sabíamos que en el Congreso Cosmológico de Roma había llamado la atención. Le recordamos sus triunfos en la Sociedad Española de Biología.)

— Claro está que en mis conferencias — nos dice, — tendré que repetirme. Trataré muchos de los temas de la especialidad biológica que he tratado en mis libros y en los congresos de Valladolid, Sevilla, Bilbao, Oporto, Madrid y Roma. En ciencia no es como en literatura. Un literato o un artista puede crear, y la creación artística o literaria implica novedad. Un médico, un biólogo, un histólogo, no crea. Observa y la observación no siempre es novedosa.

— Sin embargo...

(No nos atrevíamos a formular al Padre Laburu una pregunta. Teníamos vagas noticias de ciertos experimentos psíquicos — extraños en un cura, — que el ilustrado jesuíta realizó en España.)

— Sin embargo, una novedad sería que usted...

— ¿Qué?

— Tenemos entendido que usted ha realizado magníficos experimentos de hipnotismo animal.

— ¡Ah, sí! ¡Muchos!... ¿Creen ustedes que aquí interesaría una conferencia sobre hipnotismo animal?

— Mucho, sobre todo dada por usted.

— ¡Qué maravilla! Me encanta saber eso. Traigo proyecciones luminosas y hasta cintas cinematográficas de mis experimentos. Yo hipnotizo, fácilmente, ranas, lagartos, pájaros... Los pongo en una mesa. Los tomo de cierta manera. Los cambio de postura y los dejo dormidos.

— ¡Admirable!

— En ciencia, lo admirable suele ser lo sencillo. Yo no me valgo de la sugestión. Basándome en determinadas leyes biológicas o fisiológicas, me es posible provocar sueños hipnóticos en muchos animales. El hipnotismo está todavía en la penumbra de los laboratorios. Progresa bastante. Es como el sueño. Sabemos cómo es el sueño, pero todavía ignoramos qué es el ensueño...

(Da gusto hablar con este sacerdote que, sin tocar el dogma, o mejor dicho, olvidándose del dogma, se hunde en el estudio de la psicología experimental, llegando a conclusiones asombrosas. Habla de sus experimentos de hipnotismo en los animales, con la ingenuidad encantadora de los hombres que viven en la ciencia, con las ventanas abiertas a los soplos del aire oxigenado.)

— En medicina — dice, — el hipnotismo puede ser de resultados positivos...

(En realidad, si el Padre Laburu se decide a dar una conferencia, como él lo desea, de hipnotismo animal — llamado antiguamente magnetismo, — va a hacer revelaciones de gran interés científico. Hablará de sus experimentos en animales, pero le ha de ser imposible rehuir el contacto de experiencias realizadas con seres humanos. Si es capaz, como lo ha demostrado en España, de hacer dormir a una rana, a un gorrión y a un lagarto, ¿cómo habrá de esquivar el mismo experimento con los hombres?)

— ¿No creerán que me salgo de la ciencia?

(Al contrario. Bastará recordar la escuela de Nancy, en donde la medicina que se enseña está basada, casi exclusivamente, en recursos hipnóticos.)

— Mis experimentos de acinesia...

(Continúa en la pág. 21)



Comedor de la Y. W. C. A.

Por ROSA GARCIA COSTA

LA MÁS SIMPÁTICA

La niña más simpática de todo el comedor
Es blanca, rubia, suave, y, al parecer, inglesa.
De todos sus encantos, el más visible es esa
Claridad de su franco mirar conquistador.

Tiene el aire resuelto, noble, sencillo, puro;
La sonrisa tranquila, sin ningún artificio.
La miro complacida, y este anhelo acaricio:
Sea como esta niña la Eva del futuro.

LA MÁS BELLA

La más bella es morena,
Con tipo de andaluza.
Debe de ser muy joven, y, sin embargo, usa
El cabello a la antigua, no cortado en melena.

Tiene miradas negras, lentas y recatadas;
Tiene mejillas tiernas, redondas y graciosas.
Debe llevar las manos, como las religiosas,
Dulcemente cruzadas.

Si una vez, en la gloria del solar andaluz,
— Donde naciera un día la madre de Jesús, —
Yo viera a esta muchacha con su novio paseando,
Y ella fuera mirando
La vaga lejanía,
Yo, entonces, supondría
Que aquel hombre le dice, con su voz agarena:
"Virgen de los Dolores, calladita y morena..."



Aspectos parisienses

Montparnasse, encrucijada del mundo

Por

GERMAN GOMEZ DE LA MATA

(Para "El Hogar")



ENTRE los barrios de París, cada uno de los cuales posee su sello propio, acaso Montparnasse sea en la actualidad el más interesante. Es, sin embargo, el único que no ofrece una fisonomía definida, porque las ofrece todas... todas menos la francesa.

Antiguo feudo de apaches y *marlous*, conforme iba redimiéndose de gente maleante lo iban repoblando artistas expedidos por mil puntos de cuatro continentes, y poco a poco, hubo de convertirse en el Montmartre de la orilla izquierda, un Montmartre extraño, sin el menor carácter parisiense, insólito como el cubismo o como el *jazz-band*. Ahora lo ocupa casi por completo una confusa colonia de pintores, escultores, músicos y literatos que denotan sus diversas procedencias, amén de la consabida ola turística de norteamericanos millonarios o no.

¡Montparnasse!... Cabría considerarlo verdadera encrucijada del mundo a la que afluyen razas y tipos diferentes, maravillándonos con su aire exótico o pidiéndonos dinero, según los casos y los individuos. Mezcla de miseria y de lujo, de ingenunidad y de trapacería, evoca el abigarramiento de los puertos orientales a la par que ultramodernidades de futura cosmópolis; sus mujeres indígenas han perdido ya el barniz parisiense a fuerza de codearse con metecos y hablan igual que ellos, cinco o seis idiomas, de muy mala manera, igual que ellos también, los cinco o seis; la mayoría de sus casas sirven de "caravanserrallos", y sus calles, de artísticas exposiciones a menudo. Para ser pintoresco en absoluto, sólo falta al paraje un rascacielos y una plaza de toros.





Advertimos mejor que en parte alguna el aspecto del babélico arrabal en sus cafés y *cabarets*, donde se beben *cocktails* inconcebibles y se bailan *fox-trots* absurdos. Desde la democrática Rotonde, decorada con lienzos de pinceles bohemios que han recalado aquí y que a veces llegan a hacerse ilustres, hasta ciertos epilépticos *dancings* para *snobs*, sus locales rebosan heterogéneo público que lo mismo puede no haber cenado que guardar un talonario de cheques fabuloso. En varios se exige la etiqueta; pero los frecuenta sin tropiezo quien ostente atavío genial, y la genialidad abarca del turbante o el kimono a la gorra o el pantalón de pana.

Ved un grupo de escandinavos que come cacahuetes y bebe whisky en vasos grandes a despecho de su ley seca, imitación de la que acentúa la embriaguez nacional de los Estados Unidos; los caballeros leen diarios enormes, proclamando que pertenecen a la fría patria del papel, y sus rubias compañeras, — mitad esbeltas ondinas, mitad infantiles colegialas — se descótan de modo audaz a causa de lo que se les antoja un calor asfixiante relativamente. Más allá alborotan unos yanquis de calzones anchísimos y sombreros minúsculos, junto a unas yanquis de perlas magníficas y cabelleras escamondadas, a merced del demonio de las dinamitas alcohólicas que absorben; la reunión terminará tañendo el ukelele o disparando tiros contra los espejos. A lo largo de empalmadas mesas, españoles y sudamericanos componen una sola categoría con su idioma común y sus afinidades temperamentales, ruidosos y embusteros. Los italianos, sembrados por doquiera, cantan a media voz cuando se trata de futuros tenores, dicen pestes de Mussolini cuando se trata de personas progresivas o clavan ojos de terciopelo en las damas y en sus *pendentifs* cuando se trata de otra clase de personas. Escondidos hacia los rincones, japoneses, chinos y filipinos se muestran asaz discretos, asaz corteses, sonriéndonos sus caritas simiescas que asustan inclusive por demasiado afables. Los egipcios, los turcos y los griegos ondulan al andar y semejan elegantes reptiles ingeridos en la muchedumbre. Pululan bellas rusas que, mientras no mandaban los *soviets*, fueron princesas de la sangre y hoy son princesas de la galantería, explotando el encanto eslavo a que su patrimonio se redujo. Hay ingleses detentadores de borracheras dignas y concienzudas, solitarios, tristes. ¡Ah, la incoherente multitud que se congrega bajo las arañas empalidecidas por el humo de los cigarrillos dentro de las nocturnas *boites* de Montparnasse, que adora a San Picasso y odia al burgués filisteo!...

Conviene no dejar de insistir sobre la variedad de las indumentarias. Al lado nuestro cruza un ente disfrazado de *cow-boy*, a quien saluda otro que ha creído oportuno resucitar la capa corta y el gorro de Gauguin; éste se enrolla a la cabeza diez metros de velo indio, aunque jamás visitara la India, y aquél "toreador" de Chicago exhibe sombrero sevillano y patillas a lo Rodolfo Valentino en sus interpretaciones andaluzas; una señora vieja se arropa con un policromo pañuelo de Manila, ni más ni menos que se arroparía con cualquier cortina, en tanto otra señora joven se engalana con un abrigo de alpinista y va sin medias. Los animales contribuyen al corro abigarrado; un tití acaba de salir aterido del estuche de algodón que le mulle su ama; a guisa de paquete, un *gentleman* transporta al brazo un perro, y un loro se encarama al hombro de otro *gentleman*; de improviso se sienta un comensal que encarga al mozo café para él y leche para una culebrita que se le enrosca de pulsera a la muñeca; los gatos del establecimiento, gatos majestuosos y mundanos de París que amaba Baudelaire, invaden los divanes o las piernas de los clientes, con el fin de dormir al margen del bullicio.

Por Montparnasse desfilan infinitas personalidades conocidas. Ese plácido señor, de bigote canoso, se llama Jaime de Borbón, es pretendiente al trono de España y dispensa una amistad guasona al novelista Blasco Ibáñez, cuya finca de nuevo rico *made in U. S. A.* linda con la del noble en un pueblo de la Costa Azul; estremecieron estos ámbitos las primeras predicaciones de los fautores de la Rusia actual, color de sangre; acá ha traído sus helénicas túnicas el majadero Raymond Duncan, hermano de la célebre Isadora, y el pobre Modigliani se envenenaba acá de cocaína.

Durante el buen tiempo abundan los bailes organizados por el elemento alegre del contorno, a los que se concurre en traje de hombre de las cavernas o de casta Susana, y regocijan el *quartier* cortejos a lo paraíso terrenal si no cabalgatas apoteósicas o shakespearianas verbenas.

Quizás alguien juzgue escandaloso tal conjunto, y se equivocará.

El Montparnasse de nuestros días, república arbitraria, islote extravagante en el tranquilo mar de lo cotidiano, tiene mucho de pueril: el artista es niño siempre, y así un teatro de sus hazañas se halla más próximo, sin duda, al limbo que al infierno.



Apuntes del natural por Ismael Cuesta.

Historia de un comerciante original, que trajo al Río de la Plata las primeras obras artísticas

Maveroff

Por TOMAS ESCARAPELOS



Don Carlos Maveroff, fallecido hace varios años, que fué el primero que, hace cincuenta años, trajo cuadros artísticos al Río de la Plata



MAVEROFF? Será algún ruso...

Era italiano. Tan italiano, que descendía de los duques de Mantua. Murió hace varios años, en Montevideo, con más de setenta años de vejez juvenil. Su nombre prestigioso habíase olvidado, hasta que, hoy, los cuadros que coleccionó durante cincuenta años obligan a las generaciones nuevas a preguntarse:

—¿Quién era Maveroff?

El único que podría escribir con exactitud la historia pintoresca de Maveroff sería su amigo Daniel Muñoz, actual ministro del Uruguay entre nosotros. El espíritu exquisito de "Sansón Carrasco" sería, en verdad, el único capaz de emocionarnos con las luchas que sostuvo Maveroff hace medio siglo, en Buenos Aires y en Montevideo, para educar el gusto artístico de la gente pudiente. Pero Daniel Muñoz rehúsase a escribir. Sin embargo, habla. Al hablar se diría que escribe con la misma elegancia y el propio aticismo de su juventud. Cuando evoca la personalidad extraña de Maveroff, sus recuerdos nos hacen



"La Sagrada Familia", célebre cuadro de Guido Reni, de propiedad de Maveroff, y al cual se refiere la anécdota del ministro del Uruguay, don Daniel Muñoz (Salón Witcomb)

la escultura de aquella vieja sociedad rioplatense, cuya aristocracia consistía en el cuarto de baño, en la ropa limpia y en la moral como la ropa.

Maveroff llegó a Buenos Aires en plena adolescencia, allá por los años 1860. Desembarcó en carreta. Puso su primer pie en el muelle de las Catalinas, con catorce liras en el bolsillo y una lira en el alma.

Venía recomendado a la familia del pintor Pellegrini, padre del tribuno.

Elegante y pulcro, Maveroff asombró a las chicas de su tiempo con su fervorosa erudición artística y su gallarda silueta de duque. ¡Tiempos de inocencia! El mejor porvenir para un muchacho así estaba en las tiendas y en los almacenes. Le consiguieron un puestito de hortera en una tienda de la calle Potosí. Mientras mensuraba la crinolina o el percal, entretenía a sus clientas con la evocación de las obras del Giotto, del Bellini y del Tiépolo.

Su cultura le permitió ser asiduo concurrente a las tertulias de la alta sociedad, que en aquellos tiempos maternales era una sociedad tan alta, que sólo admitía en su seno a las personas cultas pero honradas, aunque fueran ricas. Si eran comerciantes honestos, se los admitía con mayor preferencia.

Fué en ese ambiente donde Maveroff comenzó a accionar, infiuyendo para que las familias de dinero refinaran su gusto. Estaban de moda en las salas los cuadros familiares, hechos "con cabellos de la finadita" por el peluquero de la esquina. ¡Qué grescas armó Maveroff para que esos cuadritos fueran a parar al fondo de la casa!

Al mismo tiempo, se hizo remitir de Europa revistas de arte y estampas que reproducían cuadros célebres. No los vendía ni los regalaba. Iba a sus visitas del domingo con un paquete bajo el brazo, y allí, en la salita, o en el comedor de las mansiones patriarcales de los Martínez, Anchorenas, Estradas, Verdieres, Quesadas o Varelas — donde la cultura estaba en su casa, — desplegaba sus joyas artísticas. Las exclamaciones de admiración de las damas y de las niñas atraía la curiosa negligencia de las chinas sirvientas.

—*¡Pero mire, misia Margarita! ¿No es una maravilla?*

—*¡Un chiche, señora!*

Era costumbre, ha medio siglo, sintetizar en la palabra "chiche" todas las explosiones del entusiasmo femenino. "Chiche" aquí. "Chiche" allá. "Chiche" acullá...

—*¿Y qué me dice de ese italianito?*

—*¡Maveroff es un chiche!*

No fueron pocas las porteñas bonitas que suspiraron amores por el "chiche". Pero Maveroff se había reconcentrado en su trabajo y en sus aficiones artísticas. No pintaba. No dibujaba. No esculpía. No amaba... Se concretaba sólo a admirar la belleza artística. Era un emotivo trepidante.

—*Un día* — cuenta Daniel Muñoz — *vi a Maveroff llorando de emoción frente a la "Sagrada Familia" de Guido Reni, que había traído de la ciudad de Gonzaga como herencia abuelesca.*

De todas partes lo llamaban para que mostrara sus estampas. Maveroff acudía, sonriente, con su preciosa carga. A veces, los eruditos a la violeta o los envidiosos de su triunfo intentaban reírse de su entusiasmo por los grandes maestros. Silenciosamente recogía sus láminas. No se lamentaba. Se iba, echando tierra a los ojos de sus rivales con un silencio olímpico...

Alguien le decía:

—*Venda esas estampas. ¡Haga negocio!*

Entonces comprendió que la misión que se había impuesto de refinar el gusto sería más completa si aquellos cromos que reproducían cuadros célebres se diseminaban en los salones de la gran aldea. Hizo traer nuevas remesas y hasta cuadros auténticos de pintores jóvenes. A las veinticuatro horas de estar en su poder, vendió la remesa con una gran ganancia. Repitió los pedidos, y las estampas, los cuadros y hasta las pequeñas estatuas eran arrebatados por las más distinguidas familias porteñas.

A pesar de su vinculación con las familias argentinas, Maveroff no se desvinculaba de los afectos que había sabido crearse entre los italianos residentes en Buenos Aires.

—*Te casarás con alguna de esas argentinas ricas* — le decían despectivamente sus paisanos.

—*Las admiro mucho* — contestaba. — *Sin embargo, creo que el hombre debe elegir mujer entre las de su raza.*



"San Agustín curando un enfermo", de Schenoni, cuadro que sufrió varias veces las consecuencias de las revoluciones uruguayas

Y, en efecto, se casó con una hermosa niña italiana, de Buenos Aires, Purísima Giorgetti, su noble compañera.

En esa época, Maveroff fundó la "Sociedad Lago di Como", de la que fué presidente durante tres períodos.

En 1878 pasó a Montevideo. Había descubierto que en la vecina orilla no existía ninguna fábrica de espejos. Los espejos eran traídos de Europa o llevados de la Argentina. Instaló la fábrica, y un negocio de venta de espejos de Venecia con marcos suntuosos. Sus aficiones artísticas le vincularon a los intelectos más refinados de Montevideo. Siguió haciendo allá lo mismo que había hecho en Buenos Aires: *predicar*

(Continúa en la pág. 67)



Temperamento popular

El hombre de la plancha

Por BOY

Ilustraciones de Oñiverta



ONTEVIDEO es una población con temperamento. Esto lo descubrí hace pocos días, una tarde, caminando pendiente abajo por una calle que pone en comunicación Villa Dolores, barrio plebeyo, con los Pocitos, barrio aristocrático. La calle se precipita diagonalmente, dividiendo un caserío irregular, pintoresco, desigual, lacustre a ratos, con gallineros al frente y tendederos de ropa al fondo. De improviso me detuve por efecto de un rumor que se fué levantando a mi espalda. Calle abajo, como yo, caminaban en grupo y con paso acelerado los siguientes personajes: delante, abriendo la marcha, un hombre alto y enjuto, con bigote, bufanda, ropa de trabajador y gorra de chófer, llevando en una mano una gran plancha de sastre; detrás, a cierta distancia, un vigilante de la brigada del tráfico, con su garrotito debajo del brazo, y a su lado una señora alta y gruesa, de pronunciación gallega, que no cesaba de hablar, moviendo la cabeza en forma airada; a pocos pasos de ella, marchaba esforzadamente otra mujer bajita y con una cesta, que apoyaba con el gesto a la primera; en seguida venía el resto del cortejo, cada vez más numeroso y bullanguero, pues lo formaban los chicos del barrio, reforzados por un mocito con una bicicleta y un verdulero con su carrito. Todos iban en pelotón detrás del vigilante, violentamente arrancado de su puesto de maniobra por la señora que lo llevaba al lado y que acusaba de robo al hombre de la plancha, que iba delante.

El hombre de la plancha no decía nada. Marchaba con paso firme y la cabeza arrogante, como si fuese el jefe de la partida, o como si le tuviera enteramente sin cuidado lo que allí pudiera pasar. El vigilante calmaba a la señora:



—No alborote al vecindario, —le decía, —que no hace falta. Ahora llegaremos a la oficina y se sabrá la verdad.

La señora respondía:

—No, señor; para saber la verdad no es preciso que lleguemos a la oficina. La verdad se sabe ya, y es que yo iba caminando por esta calle cuando se me cayó la cartera, y ese hombre, que venía detrás, al verla caer, se apoderó de ella, y en lugar de devolvérmela, se la guardó.

—Si se la guardó, la tendrá.

—¡Ah, claro! Pero vaya uno a saber dónde la tiene.

—Señora, no se apure. En la oficina se averigua todo.

—¿Y tengo yo que ir a la oficina?

—¡Naturalmente, señora! ¿Adónde quiere usted ir entonces?

—¿Yo? A ninguna parte.

En este punto la señora se plantó, y al mismo tiempo se plantaron todos, inclusive el hombre de la plancha. La señora prosiguió:

—A ninguna parte. Lo que quiero es que ese tipo me devuelva la cartera que me ha robado.

El tipo miraba al cielo y se tocaba la nuez, como si no oyese nada. El agente miró en torno y contestó:

—Pero si dice que no la tiene.

—Y usted, ¿no le ve la cara?



—La cara, sí; pero, ¿qué le hago?

—Rompérsela, por desfachatado.

—Vamos, señora.

—Entonces, ustedes, ¿para qué sirven? ¿Quiere decírmelo de una vez?

—En este caso servimos para conducirlos a ustedes a la comisaría. Allí se procederá como haya que proceder. ¿O pretende usted que desnudemos a este señor en medio de la calle?

—Lo que no veo es la necesidad de que también yo tenga que ir a la comisaría para que desnuden a ese. . . señor.

—¡Ah señora!; como acusadora, debe usted comparecer.

—¿Y si no me da la gana? —interrogó la señora, levantando las dos manos.

—En ese caso, procederé.

—Será usted capaz de largarlo, ¿no? Será capaz.

—¡Déjelo usted que lo largue! —intercedió el verdulero desde lo alto de su carrito.

Pero la mujer del cesto, que acompañaba a la otra, se precipitó, diciéndole:

—¡Eso, no, doña María! Lo que aquí hay que largar es la cartera. Y si no, ¡a la cárcel ese tipo! ¡Que lo desnuden! Yo voy también.

—No compliquemos —dijo el vigilante, sujetando a la mujer que se precipitaba.

Sólo que antes de que el agente expusiese su punto de vista como autoridad, el verdulero se tiró del carro y tomó la palabra, para decir:

—Yo creo que esto se arregla fácilmente. Si ese hombre, como dicen, ha encontrado la cartera que aquí doña María asegura que se le cayó, no tendrá inconveniente en devolvérsela, siempre que no haya escándalo ni insultos. Todo es cuestión de hablar como entre gente honrada. ¿Verdad, señor?

Al oír esto, el grupo en masa clavó los ojos en el hombre de la plancha; pero todos advirtieron con asombro que el hombre de la plancha continuó como si nada de aquello fuese con él, observando los alambres del teléfono y tocándose la nuez de la garganta.

Entonces doña María le dijo al vigilante, resueltamente:

—¡No aguanto más! ¡Vamos para la oficina!

Y el cortejo volvió a ponerse en marcha, calle abajo, todos a un tiempo, automáticamente, con el hombre de la plancha a la cabeza y los chicos del barrio en gran ronda. Durante un rato, nadie habló palabra. Recorrieron tres cuadras así, provocando la sensación del vecindario, que aparecía entre los cercos de los gallineros. Hasta que, de repente, en una esquina, junto a un ombú, doña María se detuvo y preguntó:

—Pero, ¿cómo? ¿No viene la muchacha?

Todos se detuvieron nuevamente. Doña María agregó:

—Si no viene, hay que esperarla.

—¿A quien? —dijo el vigilante.

—A la muchacha.

—¿A cuál muchacha?

—Señor, ¿a cuál va a ser? A la que aseguraba que había visto a ese tipo agacharse a recoger la cartera cuando se me cayó.

—Basta y sobra con que lo haya visto usted.

—Es que yo, propiamente, no lo vi.

—Y entonces, ¿por qué lo acusa?

—Lo acuso porque me consta que es verdad. ¿No ve, usted, qué cara tiene ese sujeto?

Por vez primera durante la jornada, el hombre de la plancha expuso un gesto que momentáneamente lo ligó al núcleo dramático: mirando al cielo, se mordió el labio inferior. Pero en seguida recobró su predominio escénico y miró al verdulero, como diciendo:

—A este mundo se viene a sufrir.

Puso la plancha en el suelo y se metió las manos en los bolsillos. Por último, en vista de que nadie se movía, le preguntó al vigilante:

—Y ahora, ¿qué pasa? ¿Les parece que hemos dado poco escándalo?

El vigilante miró a doña María, que tenía los ojos enrojecidos, y la señora le dijo secamente:

—Con ese tipo no quiero hablar.

—Pues hablando se entiende la gente.

—La gente honrada, dirá.

—Yo no puedo decir eso. Entonces, qué papel hago?

—Usted, ninguno. Usted es el vigilante y se espera hasta que llegue la muchacha.



Aquí intervino el mocito de la bicicleta; que se puso a rogarla a doña María:

—Afloje, señora, afloje. Hágame caso y afloje.

—Cuando afloje ese sujeto la cartera.

—Pero ¿usted está segura de que la tiene?

Entonces fué cuando se produjo lo que nadie sospechaba. El hombre de la plancha dió tres zancadas con resolución, se precipitó en el grupo que rodeaba a doña María y se le plantó delante, haciendo hueco.

—¡Acabemos de una vez! —exclamó dirigiéndose al policía. —Comprendo que una señora como ésta tenga reparo en concurrir a la oficina. Yo también tengo reparo, porque mi apellido está muy alto en el país. De manera que quiero facilitar. Quiero facilitar, quiero facilitar. . .

Y, repitiendo "quiero facilitar", el hombre de la plancha volvió a ponerla en el suelo, se despojó de la gorra, que arrojó a un lado, y comenzó a desnudarse furiosamente ante la concurrencia estupefacta. Despidió el saco, despidió el chaleco, despidió la bufanda, despidió el cinturón. . . Todo lo iba despidiendo, mientras decía:

—¡Mi apellido está muy alto!

Sólo que el hombre no pasó de aquí, porque su actitud impresionó tan fuertemente a doña María que la señora se retiró, cubriéndose la cara con el pañuelo, en tanto que el verdulero y el mocito de la bicicleta sujetaban al hombre y le rogaban:

—No haga eso, señor! ¡No haga eso!

—¡Cómo no! —gritaba el hombre. —¡Repito que la honradez es lo primero!



—Sí, está bien—le dijo uno.—Pero es que para convencer a esa señora va usted a tener que quitarse tanta ropa que si no lo llevan preso por ladrón, lo llevarán por ataque a la moral.

—¿De manera que no tengo remedio?

—Sí, señor —le dijo el vigilante. —La señora ya está convencida.

El hombre se puso en jarras, y exclamó:

—¡Ah!, ¿Sí? La señora lo estará, pero yo, no. Porque ahora soy yo quien la acusa por calumnia con injuria en plena calle.

Doña María se echó a llorar desconsoladamente. Pero la cosa no pasó adelante, porque el verdulero le dijo al hombre de la

(Continúa en la pág. 28)

De dónde sale la seda



MIENTRAS la lana, la alpaca, la vicuña y el fieltro son productos exclusivos de una clase de animales vertebrados, cual es la de los mamíferos, la seda se obtiene solamente de animales invertebrados; pero ya no de una clase, sino de tres muy diferentes: los insectos, las arañas y los moluscos. Es verdad que la industria sólo emplea hoy la seda de unas cuantas especies de mariposas, pero eso no quita para que sea aprovechable la que producen otros seres.



Nadie ignora que la mayor parte de la seda industrialmente utilizada la elaboran las orugas de la mariposa del moral, vulgarmente conocidas como "gusanos de seda"; pero para muchos será una novedad el hecho de que la tal mariposa es un animal enteramente doméstico, es decir, que no existe en ninguna parte en estado silvestre, ignorándose hasta el punto de dónde la especie es originaria. Unos autores suponen que la China es su verdadera patria, mientras otros opinan que este título corresponde a la India. Como quiera que sea, el hecho es que los chinos explotan el producto de las famosas orugas desde el año 1640 antes de nuestra Era.



Gusanos muertos de peste

En el siglo XV, unos monjes persas lograron llevar a Constantinopla unos huevos de estos gusanos, dentro de un trozo de bambú, y los ofrecieron al emperador Justiniano.

Así fué introducida la sericicultura en Europa, donde la mariposa de la morera se propaga con la misma facilidad que en Asia. Esta fácil aclimatación, pequeñez de sus alas, completamente inútiles para volar, y el hecho de que los gusanos mueren si se los deja sobre los árboles, demuestran que se trata de un insecto completamente adaptado a la domesticidad.



La instalación de los capullos.—Se guardan durante tres meses. Se los vigila, para afinarlos progresivamente. La fotografía muestra una verdadera fortuna en seda

En general, todas las orugas de la familia *bombicidos*, a la cual pertenece la mariposa de la morera, pueden dar seda, y lo mismo ocurre con las de la familia de los *satúrnidos*, en la cual se incluye ese gran mariposón nocturno que los naturalistas llaman *Saturnia piri*. En el Japón, casi toda la seda se obtiene de las orugas de un satúrnido, allí llamado *yama-mai*, que se alimenta de hojas de roble. Los capullos son muy grandes y verdes, y dan una seda plateada muy buena. Se ha tratado de aclimatar estas orugas en Europa, pero sin resultado. Tampoco se ha podido propagar hasta ahora en Europa otra especie, propia de la Manchuria, que vive igualmente sobre el roble, y cuya seda tiene cierto parecido con el tusor.



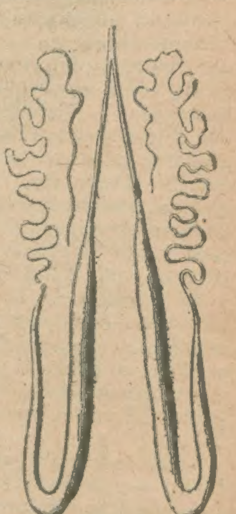
Las diversas edades de la larva

El verdadero tusor es la seda que elaboran las orugas de cierta mariposa de la India llamada así, tusor, por los indígenas, seda tan fuerte que es preciso cardarla como si fuese lana.

Otra mariposa oriental cuya seda se utiliza en la India, es la enorme *Saturnia atlas*, cuyas alas, extendidas, son casi tan grandes como la palma de la mano de un hombre.

En Francia ha dado bastante buen resultado la aclimatación de la mariposa del ailanto, especie japonesa que también da una seda bastante aceptable, y que se alimenta de las hojas del ailanto o barniz del Japón, árbol que fácilmente prospera en los climas cálidos.

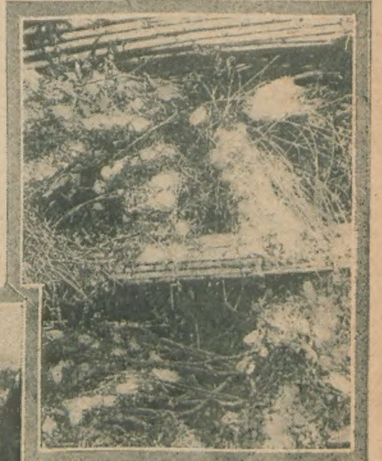
Después de la seda de orugas, viene la de arañas, en cierto modo muy superior a aquélla por su finura y resistencia. La industria raras veces ha hecho uso de ella; sin embargo, en Chalais-Meudon, cerca de París, se instaló, hace cosa de veinte años, una fábrica de cuerdas para globos militares que empleaba como único material la seda de arañas. Estos bicharracos se colocaban por docenas encima de un carrete sobre el cual iban arrollándose los hilos. Cada araña producía de treinta a cuarenta varas. La seda obtenida, una vez lavada, para quitar la capa pegajosa exterior, resultaba más ligera y más fuerte que la de los gusanos de seda. La gran dificultad con que se tropezaba era la alimentación de las arañas.



Glándulas u órganos de la seda

La tercera clase de seda utilizada es la que se obtiene del biso, substancia filamentosa que ciertos moluscos bivalvos, y, sobre todo, las almejas denominadas *pinna*, emplean para adherirse a las piedras.

Las pinnas son caparazones hasta de uno y dos palmos de longitud, algo translúcidos, y, generalmente, de forma triangular, y el biso sale por uno de sus lados, entre las dos valvas, a poca distancia del vértice del triángulo. Cuando esta substancia filamentosa se trabaja, resulta una seda a la vez fina y fuerte, de un color entre pardo y oro viejo. Aunque no es posible obtenerla en cantidad suficiente para su explotación industrial, desde tiempos muy remotos se ha empleado para confeccionar prendas pequeñas, como: guantes, medias y gorras.



Los capullos en los árboles

Tarento fué siempre el principal centro de producción, y, por lo general, los objetos de biso allí fabricados se venden como cosa curiosa más bien que para usarlos.

Antiguamente, estos objetos solían regalarse a los reyes y grandes personajes; a Carlos III le fueron presentadas unas medias de biso por un industrial que trataba de generalizar el producto en cuestión.

EN EL NORTE DE SIRIA



Los capullos sin el gusano se depositan durante media hora en un casillero, sometidos al calor de una estufa



La calidad inferior de los capullos hace difícil su transporte, y realizan el trabajo estas máquinas primitivas. El obrero busca el extremo del capullo, lo enrolla y lo prepara para hilar la seda

La censura

Su historia, aspectos e inconvenientes

Por ERNESTO MARIO BARREDA

SIEMPRE queremos corregir las ideas de nuestros semejantes. Esto, que no pasa de ser una manía individual, se convierte en una razón de estado cuando quien la esgrime es el gobierno civil o religioso de un país.

Pero la censura oficial tiende más bien a impedir que a corregir. No emplea la pluma que enmienda, sino el bisturí que corta, y lo peor es que casi siempre lo hace por lo sano.

Yo no dudo de que la censura sería muy oportuna si se tratara de encaminarla por la senda procelosa de las licencias teatrales. No menos en su punto estaría si la mordaza o el torniquete, o cualquiera otra suave palabra por el estilo, pusiera un poco de sordina en la demencia de algunos diarios. Y... la censura por ciertas veredas de ciertas calles, a ciertas horas...

Pero, aparte de eso — y aun dentro de eso, — ¿quién puede determinar, hoy día, los límites de la verdad y la mentira, del vicio y la virtud? Lo que ayer era un disparate, hoy lleva el título de "un valor nuevo". Lo que ayer apenas se justificaba en el tablado, hoy es la atmósfera de cualquier hogar decente. Y, la verdad, como me decía las otras tardes una joven: ¡los hombres no se deben quejar...

Y no se quejan. Cuando más, comentan el asunto, como ahora, desde un incierto punto de vista, y del cual sólo participan en teoría.

Recuerdo que visitaba una vez cierta repartición pública, encargada de ejercitar la censura bajo varios aspectos. Me llamó la atención el ver en medio de la sala una gran pirámide truncada, toda hecha de libros. ¿Libros en una repartición pública? Temí por la moral administrativa.

El director de la oficina me explicó el enigma: aquellas obras habían sido secuestradas, pues se hallaban comprendidas en un capítulo del Digesto, que castiga las infracciones a la moral. Eran unos cuatro o cinco mil libros.

— ¿Tantos? — me dije. Y, por curiosidad, me acerqué a leer sus títulos. Quedé estupefacto, porque yo había vivido hasta ese momento contraviniendo las disposiciones; yo era casi un hombre inmoral. ¡Allí estaban todas las obras con que había nutrido mi inteligencia, desde "Madame Bovary" hasta la "Cortesana de Alejandría"!

Lo original del caso fué que, habiendo sido reemplazado el funcionario, su sucesor, que era un hombre de criterio más lúcido, inició con aquellas obras una biblioteca.

La censura siempre se ha ejercitado contra la imprenta. Mejor dicho, nació con el fin de contrarrestar la influencia de la imprenta, inventada, para mayor peligro, en la misma tierra de Lutero.

Las ideas heréticas empezaban a volar como una bandada de diablos. Volaban en alas de los libros. Pasaban las fronteras, entraban en las casas, exaltaban la imaginación, tierra fecunda siempre para que en ella fructifique la semilla del error.

Y los hombres están siempre deseando cambiar. A esto se llama progreso. Así, pues, los espíritus inquietos, que desde los ásperos tiempos de la Tebaida habían vivido con la imaginación llena de tentaciones, tendieron sus almas sedientas hacia el error que, para ellos, era la verdad.

Y entonces los poderes constituídos resolvieron concluir con tan peligroso estado de almas. Así nació la primera pragmática, el 8 de julio de 1502, reinando los reyes católicos, donde se establecían las "diligencias que deben preceder a la impresión y venta de libros del reino y para el curso de los extranjeros."

Desde entonces, todo libro que no se sometiera al previo examen y expurgo — si había lugar, — y circulara sin autorización, era quemado públicamente. En cuanto a sus autores y editores, no hubiera querido estar dentro de su pellejo.

Yo he sido un hombre cándido hasta cierta edad de mi vida. Esto le pasa a la generalidad; pero creo que yo me excedí de la raya. Creía ciegamente que no volverían esos tiempos, que la humanidad marchaba hacia una perfección incesante, que ya no habría más guerras... Era un punto de vista equivocado. Realizar ese mundo sería simplemente el fin del mundo.

Yo lo creía con sinceridad, pero quienes me lo enseñaron eran unos tunos maliciosos. Ahora, que soy un escéptico, se enojan en contra de mí, ellos siempre tan aferrados a su fe. De cualquier modo, su fe es más lucrativa que mi escepticismo.

Pero el escepticismo no es estéril, como algunos se imaginan. Tal vez sea un principio de justicia, porque está más cerca de la imparcialidad que la fe. Sin embargo, son necesarias a la humanidad esas reservas de candidez, que trae, sobre todo, la juventud. Ellas aclaran y endulzan el espeso brebaje de la vida. Hasta que cada uno dice: ¡Basta!

Decía, pues, que nada ha cambiado. No sólo tuvimos guerra; tuvimos también censura. Y seguimos teniendo... Aquí mismo, no hace muchos años, se llegó hasta clausurar los diarios. En Francia pasó lo propio con "L'Homme libre" de M. Clemenceau, que se convirtió en "L'Homme enchaîné"; en España no sale un solo periódico sin el contralor del gobierno; en Italia no es preciso aplicar la censura, porque se ha suprimido la discusión. Mussolini elimina la cabeza con el dolor de muelas. En Rusia se ha suprimido todo, pero se ha restablecido el ejército. Hoy día los miembros del soviet lloran enternecidos delante de los tanques ametralladoras. En Sumatra... Dejemos a los sumatrenses. No estoy bien informado y podría cometer una injusticia.

La censura y las quematinas duraron en España hasta el 24 de septiembre de 1810, fecha en que la madre patria, en cierto sentido, nació también a la libertad. Las Cortes de Cádiz, como las Juntas de América, con profundo sentimiento democrático, se iniciaron con un puñado de leyes liberales. Se suprimió entonces la censura, "atendiendo a que la facultad individual de los ciudadanos de publicar sus pensamientos es no sólo un freno de la arbitrariedad de los que gobiernan, sino también un medio de ilustrar a la nación..."

Esta era de libertad duró bien poco, y luego de diversas alternativas, concluyó por naufragar entre las ondas del agitado mar directoril. Ahora, como el lector puede verlo, no aparece en España ni una simple revista estudiantil sin su correspondiente revisación. En Italia han sido suprimidos los periódicos contrarios al gobierno, por cuya causa carezco de elementos de prueba. Mi entusiasmo no me ha llevado hasta el punto de buscarlos en Grecia, Portugal y Polonia.

En cambio, se halla en mis manos un documento, de

(Continúa en la pág. 24)

La forma moderna de poner cortapisas al pensamiento escrito

EL ESTVDIANTE
SEMANARIO DE LA JUVENTUD ESPAÑOLA
MADRID • NÚMERO 6 Director: Rafael Giménez Siles 10 ENERO 1926
DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: ZORRILLA, 4
Este número ha sido visado por la censura
Estudiantes e intelectuales

OBRAS DE DON FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS, Cavallero de la Orden de Santiago, Señor de la Villa de la Torre de Juan-Abad. TOMO TERCERO. EN AMBERES, Por HENRICO Y CORNELIO VERDUSSEN. Año M. DC. XCIX.

Un tomo de las poesías de Quevedo, editado en Amberes en 1699, y sometido al contralor de la censura para ser vendido en España, como lo indica la diligencia manuscrita

ROMANCE II.
Encarece la hermosura de una Moça con varios exemplos, y Aventajandola à todos.

Romance expurgado por creerlo contrario a la moral

74 ERATO, MADRIGAL

Inocente madrigal, que la censura consideró muy peligroso. Hoy puede leerse a través de las tachas, y va incluído en el texto de esta crónica

Alrededor de un Chopin ignorado



Retrato de Chopin, por Ary. Scheffer

El pasaporte con el cual Chopin salió de Viena el 20 de julio de 1831 estaba así redactado: "Pasante por París con destino a Londres." Así llegó el gran músico a la capital francesa, creyéndose de paso... Y, sin embargo, vivió y murió en París.

Sentimientos bien diversos hubo de experimentar Chopin en la Ciudad Luz. Su primera carta, escrita a los tres meses de residir en ella, dirigida a su amigo Tito Woyciechowski, dice:

"París ofrece todo cuanto queremos: puedes divertirte, aburrirte, reír, llorar, y, sobre todo, hacer lo que te dé la gana. Nadie lo advierte, pues todos hacen otro tanto. Cada cual sigue su propio camino." Y, luego, añade: "No creo que exista una ciudad donde haya mayor número de pianistas y de virtuosos."

Reconocía que en Francia se hacía buena música y mala política, aludiendo a los disturbios promovidos al finalizar ese año.

Entre los pianistas de París ocupaba el primer puesto el berlinés Kalkbrenner. Chopin fué a verlo, y el maestro, después de grandes elogios, propuso darle lecciones durante tres años, para que perpetuara la gran escuela de piano.

Un poco asombrado ante estos estudios suplementarios, Chopin lo participó a la familia, quien, a su vez, consultó a Elsner.

"Al día siguiente — escribe la señora Yedrzeiwicz — nos trasladamos a casa de Elsner, quien no solamente te quiere mucho, sino que anhela para ti la gloria y la posesión de profundos conocimientos. Después de oír la lectura de tu carta, Elsner, lejos de alegrarse como nosotros ante la propuesta, estalló en indignación, gritando: "¡Ya le tienen envidia!... ¡Tres años!"... Inútilmente le repetía tu frase: "ningún interés tiene Kalkbrenner, solamente le guía su amor al arte". Contentóse con menear la cabeza, añadiendo: "Demasiado conozco a Federico: es bueno, pero carece de amor propio y de afán de progreso; se le domina fácilmente... Yo mismo le escribiré."

Efectivamente, lo hizo.

Creía poco favorables al joven músico las lecciones ofrecidas, expresando: "Han reconocido un genio en Federico, y tienen miedo de ser sobrepasados por él. Por eso pretenden tenerlo tres años entre manos, a fin de ahogar lo que la naturaleza produciría por sí misma."

Esto era en las conversaciones familiares.

Muy distintos argumentos dió por escrito en su respuesta a Chopin. Decíale que era innecesario convertirse en un virtuoso, ni aun en compositor de piano, debiendo ser únicamente el gran músico nacional de Polonia. "Ejecutar un instrumento — escribe a Federico, — aun de manera magistral como Paganini, en el violín, o Kalkbrenner, en el piano, con todo el encanto de esa habilidad, debe ser un medio y no el fin del arte musical. La reputación que de Mozart y de Beethoven tuvieron otrora como pianistas, se ha olvidado posteriormente, y sus composiciones para piano permanecen siendo incontestablemente obras clásicas, pero se alejan de la tendencia moderna de tratar este instrumento con gusto y variedad... Por el contrario, sus otras composiciones musicales subsisten, cuando no fueron destinadas exclusivamente al piano, como las óperas, sinfonías, cuartetos, etc. Y vivirán siempre junto a la obra musical moderna que, acaso, nunca podrá igualarlas."

Equivalían estas reflexiones a decirle a Chopin: — No seas pianista ni compongas para piano. Sé el gran compositor polaco, y haz óperas.

Pero Chopin estaba en París, medía las dificultades, conocía tu temperamento y no le seducía lo imposible. Respondió a Elsner lo siguiente:

"Vuestra carta es una nueva prueba de interés paternal y afecto hacia este agradecido discípulo.

"A principios del año anterior, aun sabiendo cuán lejos estoy de la imagen que usted se forja de mí, me aventuraba a hacer ciertos planes. Me acercaré a él, y si mi espíritu no es capaz de concebir un Lokietek (rey de Polonia, sobre el cual Elsner hizo una ópera en 1818) al menos crearé un Laskonogi (otro rey). Hoy se han esfumado todas mis esperanzas. Estoy condenado a abrirme camino en el mundo como pianista.

"Por el momento he de abandonar el alto fin artístico sugerido en su carta. Para ser gran compositor es necesario poseer, a más de fuerza creadora, experiencia y talento de autocrítica, que han de adquirirse examinando severamente las obras propias con preferencia a las ajenas. Muchos meritorios jóvenes del Conservatorio de París esperan con las manos en los bolsillos la ejecución de sus óperas, sinfonías y cantables, vistos solamente sobre el pentagrama por Lesueur y Cherubini.

"El mismo Meyerbeer, gloriosamente conocido desde hace diez años en el mundo musical, ha residido vanamente tres años en París, trabajado y pagado antes de conseguir hacer representar su ópera "Roberto el Diablo", que hoy está muy en boga."

Concluía diciendo que el máximo de felicidad consistía en interpretar sus propias obras, y en esa senda estaba adelantado por ser conocido como pianista en Alemania y en París.

Esta discusión entre maestro y alumno parece hoy absolutamente inútil. Agradezcamos a Chopin haber elegido la parte, en apariencia más humilde, puesto que llegó a componer grandes obras, bajo ese aspecto.

Pero Elsner, en sus consejos, guiábase por la época. Se hacía entonces una profunda diferencia entre compositor dramático y músicos de salón. Estos últimos componían trozos variados pero encerrados en el molde del lied, es decir: sobre dos temas ordenados o más simples todavía. En la obra de Chopin llevan nombres distintos, correspondientes a diferencias de ritmo y de carácter: "Nocturnos" (trátase de trozos de carácter sentimental), "Baladas" (el carácter se torna dramático); estudios, "scherzi", luego danzas: valses, polonesas, mazurcas.



Chopin tocando el piano en los salones del príncipe Antón Radziwill



Chopin agonizante, célebre cuadro del pintor Barrioy

Solamente las polonesas y mazurcas requieren breve explicación.

Las primeras eran una especie de marcha o desfile en vez de baile propiamente dicho.

El dueño de casa dirige el juego y los invitados le siguen por parejas.

La mazurca nada tiene de semejante: báilase también en parejas que empiezan formando una ronda, luego una fila, y, finalmente, danzan aisladamente.

La bailarina ejecuta pasos mientras el compañero se aleja, vuelve y toma de nuevo a su pareja. Mientras una pareja danza, las otras se entregan a la conversación, a la intriga y discreteos. Pequeñas aventuras se anudan o desatan. Son estos dramitas, desarrollados junto a la danza, que han inspirado las mazurcas de Chopin. El ritmo está a manera de elegante decorado, vibrante y variado, ante el cual desfila toda una falange de enamorados. Tristes, alegres, brillantes, sumisos, implorantes, soñadores y desesperados.

Chopin tornábase, pues, un músico de salón, a despecho de las aspiraciones de Elsner.

No solamente se dedica a escribir música para piano, sino que en ella renuncia a las grandes formas clásicas. Hay que recordarlo como profesor de piano y virtuoso de moda entre la alta sociedad.

(Continúa en la pág. 48.)



Appassionata

(Diálogo entre hombres frívolos)

Por

MANUEL KIRSCHBAUM

Ilustración de Alejandro Sirio





ALITA de música, con amplio ventanal, que permite columbrar un jardín en flor. Ambrosio está en el piano. Entra Julián.)

JULIÁN. — ¡Hola, querido Ambrosio! Continúa... Así no podrás acusarme de que mi visita es indiscreta.

AMBROSIO.—¡Julián! ¡Amigo mío! Tú, rara vez me molestas.

JULIÁN. — Eres un hombre original. Estimas a tus amigos.

AMBROSIO. — Será porque no nos encontramos nunca. Los amigos son como las montañas, que para admirarlas mejor hay apreciarlas desde lejos.

JULIÁN. — ¡Oh! Lo más distanciados posible...

AMBROSIO. — ¿Asististe al concierto de ayer?

JULIÁN. — Sí. Lo único que hubo de interesante fué una oyente bebé, que durante la ejecución prorrumpió en gritos y sollozos... Me avergoncé ante los ojos de esa criatura, que había manifestado más valentía que yo para expresar su crítica negativa.

AMBROSIO. — ¡Qué sensibilidad tan culta y pulida!

JULIÁN. — Siempre los del público somos más selectos. Nosotros nos entusiasmamos con la música, y los intérpretes se deleitan, voluptuosos, con el ruido híbrido de los aplausos, con la antiestética "Sonata del Halago".

AMBROSIO. — ¿Evocas con nostalgia, conmigo, la orquesta dirigida por Strauss?

JULIÁN. — No puedo olvidarla por gratitud. Le adeudo muchas horas de felicidad... Strauss, dirigiendo su orquesta, hubiera satisfecho el capricho de Rozas despeñando la ex piedra movediza del Tandil. Pero, ¿por qué has interrumpido tu piano?

AMBROSIO. — Cuando llegaste me proponía tocar la sonata Op. 57 de Beethoven.

JULIÁN. — Casualmente, el viernes último fuí invitado a una audición privada a cargo de una señorita que, sorprendente, aunque joven y bella, se comportó muy bien. Lo más conmovedor del programa fué su original interpretación de la "Appassionata". Después de oír los primeros arpegios, que sonaron acariciados por sus manos nerviosas, descubrí que su cuerpo, flexible y juvenil, se estremecía, prosiguiendo, sutilmente, en movimientos ágiles, meciéndose en leves curvas insinuantes. Enardecida, parecía danzar con refinada voluptuosidad. Sus pupilas amplias y hermosas brillaron intensamente.

AMBROSIO. — En verdad, la música es el arte más peligroso. *(Ambrosio interpreta la sonata Op. 57 de Beethoven, que Julián escucha devotamente. Al finalizar, dice emocionado:)* ¡Qué poema sublime! Fué genio en el arte y en el amor. Ninguna obra artística como ésta, nos habla con mayor intimidad y nos ilustra mejor sobre el poder de este sentimiento. En cada nota vibra una emoción apasionada.

JULIÁN. — Creo que cometes una aberración análoga a la de la concertista de quien acabo de referirte su anécdota pianística. Beethoven fué lo suficiente genial como para no padecer la pobreza espiritual de estar muy enamorado. El amor en la vida de Beethoven fué un accidente grotesco. Julieta Guicciardi — con quien él pretendió matrimoniar, — aun amándole, prefirió al conde Gallemberg, músico también, pero "amateur" y adinerado, compositor también, pero de "ballets" mediocre...

AMBROSIO. — Son tan brumosos estos datos.

JULIÁN. — Tú, querido Ambrosio, te excitas sentimentalmente oyendo esta sonata, que se titula "Appassionata" por capricho de su editor hamburgués Cranz; yo, al escucharla, tiemblo aterido, me acobardo, sufro, ante la tempestuosa evocación de una angustia desolada.

AMBROSIO. — Eres excesivamente subjetivo.

JULIÁN.—No es raro que su obra refleje dolor, porque plenos de amargura fueron todos sus días, que pretendió esconder con su actitud de misántropo inexorable. Soñó con la ilusión aliviadora del suicidio, que no ejecutó porque quería cumplir lo que juzgaba era su misión de artista. Y, perversamente cruel, fué la amargura sarcástica que flageló los últimos momentos de su vida. Dios le prohibió oír la música que él había divinizado.

(Ambrosio repite en el piano el dulce y sereno "Andante con moto".)

JULIÁN. — Es una parte melodiosa que no habla al corazón sino a Dios. ¿Por qué insistes en pretender convencerme de que es una obra sentimental?... ¿Amas?...

AMBROSIO. — Debo hacerte una confidencia, y como eres hombre, tienes la posibilidad de ser discreto.

JULIÁN. — Lo soy en grado tal que temo que mis acreedores se enteren de que soy su deudor.

AMBROSIO. — Estoy enamorado...

JULIÁN. — Recuerda que enamorarse es dictar su propia sentencia. Pero no me escuches, porque cometo una perversidad al no respetar las ilusiones, que siempre son más puras que las realidades.

AMBROSIO.—¡Es una damita tan bella!

JULIÁN. — Haces bien subrayar esta cualidad, ya que vale más la belleza que la honestidad, porque es más fácil ser virtuosa que ser hermosa. Acostumbramos huir de la verdad. ¿Será por esto que nos atrae y seduce la belleza femenina?

AMBROSIO. — En todo lo que expresas es donde se alberga la mentira.

JULIÁN. — Debemos mentir audazmente, siempre que la verdad esté con nosotros. Yo soy tan sincero que me creen hipócrita. Y es lo que pretendo. Si creyesen en mis sinceridades, me aborrecerían.

AMBROSIO. — Me divierte tu cinismo.

JULIÁN. — Es una forma elegante de ser sincero. ¿Y tú dices siempre la verdad?

AMBROSIO. — ¡La verdad impoluta!

JULIÁN. — No seas malicioso. La verdad es siempre una mancha.

AMBROSIO. — Creo adivinar que sufres tu incapacidad espiritual de amar.

JULIÁN. — Has acertado... Poseo una cultura vil que me permite dirigir mis sentimientos y pasiones para las inmoralidades de mi predilección.

AMBROSIO. — Eres un vulgar escéptico.

JULIÁN. — Confieso que he llegado a no creer ni en mí mismo... que no es más que un rasgo heroico de sinceridad que debemos tener todos alguna vez. *(Estrecha la mano a Ambrosio, en ademán de retirarse.)*

AMBROSIO. — Antes de despedirnos quiero interrogarte algo. Yo sabía muy bien qué era amor. Fueron mis maestros Pascal, Stendhal, Schopenhauer..., todos. Pero ahora que lo experimento, de todo mi ser surge una pregunta angustiosa: ¿Qué es amor? Explícamelo tú, que ya no amas.

JULIÁN. — Todavía... no puedo contestarte... *(Mutis rápido.)*



TELÓN

La caricatura en el extranjero



ASIENTO COMPLICADO

—¿Por qué está usted trabajando hasta tan tarde? ¿No le resulta el balance de sus libros?
—No es eso, señor gerente. Es que el "cadet" ha tragado una moneda de veinte centavos, de la caja chica, y no sé si hacer figurar esa suma en el renglón de Ganancias y Pérdidas o en el de Cuentas Corrientes.

(DE "GAIETY", LONDRES)



EN CASA DE LA ADIVINA

El inspector de policía.
—Vamos a ver si adivina usted para qué he venido.

(DE "LA VOZ", MADRID)



LA INFLUENCIA DEL CINE

La chica, al joven que acaba de pedirle casamiento.—¿Pero está usted en condiciones de mantenerme en la forma en que me ha acostumbrado el cine?

(DE "WEEKLY TELEGRAPH", LONDRES)



LAS CASAS BARATAS

—Ahora me toca el turno a mí de estar en el jardín, querida.

(DE "SONDAGSNISSE- STRIX", ESTOCOLMO)



LÓGICA INFANTIL

—Yo debo ser muy buena, ¿verdad, mamá?
—¿Por qué lo dices, hijita?
—Porque a las sirvientas las despides a cada rato, y yo ya hace años que estoy contigo...

(DE "LONDON OPINION", LONDRES)



UN BUEN MARIDO

—¿Entonces es cierto que usted dejó que el detenido asaltara brutalmente a su esposa, sin prestarle ayuda siquiera?
—Perdón, señor; yo creí que él no necesitaba ayuda.

(DE "THE HUMORIST", LONDRES)



INDISCRECIÓN INFANTIL

—Déjate de molestar al señor, Juancito.
—No te enojes por eso, María; no hago más que cumplir lo que te dijo ayer mamá, cuando te recomendó que no dejaras que se escapara como los otros...

(DE "MEGGENDORFER BLAETTER", MUNICH)



NIÑAS MODERNAS

—¡Pero, hija! Llevas solamente una combinación de seda delgada y un vestido de tul. Las chicas decentes no van así a las fiestas.
—Eso mismo es lo que estaba pensando yo, papá. ¿Cuál de las dos cosas te parece mejor que saque?

(DE "LIFE", NUEVA YORK)



CUESTIÓN SENCILLA

—Hija, ha venido un caballero a pedir tu mano y se la he concedido...
—Pero, papá, yo no quiero dejar a mamá...
—Si es por eso, no te aflijas, querida; yo te doy permiso para que te la lleves a vivir con vosotros.

(DE "LE RUY BLAS", PARÍS)



DELICADEZA PROFESIONAL

—Así que ustedes piden la supresión de las propinas y el aumento de sueldo, ¿verdad?
—Así es, señor; pero no crea que una vez que nos aumenten el sueldo, vamos a ofender a nuestros clientes rechazando las propinas.

(DE "LE RIRE", PARÍS)



AMOR CONSTANTE

—¿Y me querrás siempre, querida?
—Ya lo creo, encanto.
—¡Y también después de habernos divorciado!

(DE "GENTLEWOMAN & MODERN LIFE", LONDRES)



INCONVENIENTE

El niño de la casa, a la sirvienta:
—¿Tiene usted programa para salir esta noche?
—No, niño.
—¡Entonces, va a ser posible que me despierte usted mañana a las siete?

(DE "KLODS HANS", COPENHAGUE)



LOS GRANDES CONFLICTOS

La tragedia del hombre que tuvo que volver al restaurant a buscar un libro, después de haber dado una propina insignificante.

(DE "LIFE", NUEVA YORK)



EN LA SELVA

—Si quieres experimentar una verdadera sensación, querido, te recomiendo leer este libro...

(DE "JUDGE", NUEVA YORK)


Máscara de una mujer joven, muy habladora, y de espíritu poco abierto


Máscara que representa un personaje reservado, taimado, que ve todo sin ser visto


Máscaras por el profesor Medgyes para figurar una princesa del Indostán en una pieza del autor americano Allen Abott

Caprichos del snobismo

Por FRANCISCO MELGAR

(Para "El Hogar")


PARÍS, la villa de las transformaciones inauditas, la de los caprichos indefinibles, ha acogido con entusiasmo, para no faltar a la costumbre tradicional, las innovaciones excéntricas del "futurismo" que nos llegan apenas retocadas de las lejanías tumultuosas del oriente de Europa.

Hace poco oíamos encumbrar a la escultora y pintora rusa María Vassilieff, inventora de un nuevo estilo en la construcción del mobiaje.

En algunos almacenes lujosos de la capital podían verse algunos de esos muebles estrambóticos que recordaban, en sus líneas generales, figuras de Arlequín y de Pierrot, convertidos en butacas — bien poco confortables por cierto — o botellas de champaña simulando muebles de adorno.

No se han limitado los estragos del futurismo a la imitación, más o menos dolorosa, de los muebles familiares, a la deformación sabia y calculada del arte pictórico y de la belleza arquitectónica, sino que en el teatro mismo vemos florecer una nueva escuela, cuyos principios son de todo punto curiosos y originales.

El gran profeta de la nueva doctrina es el pintor húngaro Ladislas Medgyes, que logró retener la atención en la última exposición de Artes Decorativas de París con los bocetos escénicos de un gusto completamente nuevo que ofrecía a la admiración de las muchedumbres.

Hace pocos días este maestro en las artes de vanguardia daba una gran conferencia en la Sorbona a la que no dejaron de asistir los numerosos adeptos de todas las ideas nuevas.

Fué toda su peroración un verdadero himno en honor de la máscara, "imagen de Dios y del diablo, símbolo de la vida y de la muerte". Una pieza teatral no debe presentar al público un personaje, según se creía hasta ahora: lo que debe enseñarse es un tipo individual. Ahora bien: nada define mejor un tipo que una máscara, bajo la cual se halla oculto el actor revestido de un traje rígido para no perder la fuerza representativa de la figura que está llamado a encarnar.


Ladislas Medgyes, el fundador de la escuela de Máscaras Sintéticas para el Teatro con procedimientos ultramodernos

La colocación de la máscara, así como los juegos de luz, tan importantes en la moderna técnica teatral, crean fácilmente las distintas expresiones necesarias para el desarrollo del drama.

Es de notar que las máscaras creadas por la escuela del pintor Medgyes no tienden a la reproducción de una fisonomía como el común de los mortales se imagina cándidamente. Quieren representar una *impresión* por medio de una técnica plástica completamente nueva esbozada por las facultades imaginativas y picturales del creador de la máscara.

El efecto no puede ser más regocijante y puede admirarse en las fotografías que ofrecemos aquí a la estupefacción de nuestro amable público.

Lo más curioso del caso es el entusiasmo con que defienden estas teorías estrafalarias Medgyes y sus numerosos alumnos.

Aun si fuera uno solo... Podíamos creer que estaba algo enfermo de la cabeza o que quería, como en lenguaje criollo se dice, operarnos. Pero el caso es que se cuentan por millares sus fervientes admiradores.

Sucede también que en realidad Ladislas Medgyes ha logrado crear una nueva escuela próspera y floreciente, escuela en que domina el elemento femenino.

Es esto de la adhesión femenina una de las particularidades más dignas de notarse, porque confirma la tendencia de la mujer moderna a aceptar fácil y libremente las más extrañas innovaciones.

Pero ¿se trata de un movimiento sincero, de un movimiento destinado a renovar el arte teatral?

Nos resistimos a creer que lo sea y, más escépticos, hemos de ver en él una de las mil manifestaciones de la febrilidad de los espíritus ociosos, la última palabra, la suprema elegancia del castizo "snobismo".

París, mayo 1926.


Máscara representado a Jesucristo, símbolo de caridad y de dulzura


FOTOS TRAMPUS

Máscara creada por una de las alumnas eslavas del profesor Medgyes, representando "Camille" en la obra famosa de Alfredo de Musset "On ne badine pas avec l'amour"

"Pizzicando la mandola"

Un gran aguafuertista italiano: Celestino Celestini

Por

FOLCO TESTENA





HACER crítica de arte debe ser la cosa más fácil de este mundo, y, tal vez, del otro también, puesto que todos la hacen con una desenvoltura que asombra. Estando, como está, el mercado del trabajo intelectual, es de dificultad suma encontrar un empleíto de cronista de policía; pero cuando un director de diario no sabe qué hacer con un redactor, y no quiere despedirle, le encomienda "alguna notita de crítica de arte".

Los artistas se desesperan, el público lee con olímpica indiferencia, o no lee — y esto es lo más ventajoso para todos; — y el doctor Pangloss, incurablemente optimista, sigue afirmando que todo anda de parabienes en este mundo sublunar.

A mí las cosas fáciles me espantan. Tal vez unos treinta años atrás no me hubiese dejado crecer las barbas, de no haberme convencido que es demasiado fácil afeitarse. Puede que Esaú, el hombre piloso por antonomasia, experimentara la misma sensación. Y convencido estoy de que yo dejé de ser un ciudadano útil, o sea productor de cosas necesarias, y me entregué a este oficio de ensuciar papel, sólo porque, allá por los últimos años del siglo XIX, al ministro Crispi se le ocurrió meternos en la cárcel a todos los que no comulgábamos con su política: en la cárcel me obligaron a ser zapatero, a los seis meses me ascendieron a maestro en el arte de confeccionar botines; a los dos años, cuando nos soltaron, yo tenía en mis manos mi porvenir de hábil oficial en calzados; en cambio, la primera cosa que hice fué escribir una novela: con la primera edición gané cien liras y veinticinco ejemplares de la misma novela; con las cuatro ediciones sucesivas no gané nada, pues eran ediciones clandestinas, hechas por editores industriosos, aprovechadores y anónimos. Y yo continué cultivando la haraganería literaria.

Lo dicho arriba sirve para dejar bien sentado que escribiendo estos renglones sobre un artista de mi tierra, no entiendo, ni mucho menos, hacer crítica de arte: sería demasiado fácil.

FLORENCIA. Plaza Donatello, 10. Una "rez-de-chaussée", como dicen los franceses; o sea un departamento de la planta baja, desde cuyas ventanas de esquina se puede mirar y admirar la bella y silenciosa plaza de la Florencia moderna. Tres habitaciones, muebles abigarrados, mil almohadones, pocos cuadros, macetas florecidas, bronces, sahumador, luz, mucha luz; no puede caber duda: allí mora un artista, pero no mora solo: Adán tiene a su lado a Eva. Y la Eva del pintor Celestino Celestini lo era una muchachita fresca como un pimpollo, tan sencilla como elegante, tan ingenua como culta, cordial y simpática como lo son las mujeres que, sabiendo mucho, no nos acosan con la ostentación de su sabiduría y no intentan "nous épater", pregonando sus prendas.

La señorita es una alumna de Celestini; mientras él, encorvado sobre su lámina de cinc, traza con mano ágil y firme los levísimos surcos del buril sobre la cera, ella está pintando florecillas en un corte de seda. "Arte aplicado — nos dice; — arte para la vida. Hay que desterrar la aplastante uniformidad de los dibujos en los géneros que sirven para los vestidos de las mujeres. Hay que darle a cada mujer la posibilidad de armonizar las prendas de su traje con su cuerpo y con su cara, substituyendo la variada sencillez del arte a la aridez de los dibujos industriales"... No ahondemos. El bello trabajo de la señorita representa un episodio aislado de la lucha entre el arte espontáneo y el arte industrializado. En Italia, más que en otros países, hace años que se intenta reivindicar los derechos del arte contra las demasías utilitarias de la industria; los derechos del cuadro sobre los sacrilegios de la oleografía; los derechos de la mano sobre la prepotencia de la máquina: es la vieja alma del artesanado peninsular que insurge contra todas las abominaciones del automatismo mecánico, padre y engendro de todos los plagios. ¡Oh vieja y loca alma artística de mi tierra, qué mal te entienden los que se desviven por darte una sensibilidad cronométrica! Tú, oh vieja y loca alma artística de Italia, no te amoldarás nunca a las exigencias del siglo de míster Ford. El más completo de tus hidráulicos fué también el más completo de todos los artistas, y se llamó Leonardo; el audaz creador del método experimental escribió sus diálogos en prosa artísticamente perspicua, y se llamó Galileo; el más grande de los simplificadores de las disciplinas clínicas, escribe con la artística y sencilla evidencia de Leopardi, y se llama Augusto Murri. Hay canzonetas napolitanas, que emocionaron y siguen emocionando a todo el mundo, creadas por analfabetos, o por obreros, como Gambardella, quien componía silbando, pues ignoraba la música...

CON estas digresiones nos estamos olvidando que debemos hablar de Celestino Celestini; quien, si no como Giotto, zagal, fué campesino en los años de su mocedad. Nació en San Secondo, aldea cercana a Città di Castello, en el valle superior del Tíber, comarca franciscana por la apacible belleza del paisaje, por la melodía lenta del idioma, por las memorias históricas; hoy no me atrevería a agregar: "por el carácter de la población", pues los italianos — según dicen — ya no tenemos nada de franciscanos.

Celestino Celestini ejecutó sus primeros dibujos con la punta del índice, en la tierra; más tarde, progresando, con carbón y tiza, en los muros de las casas aldeanas; más tarde aún, poseedor de un lápiz, dibujó todo lo dibujable en cuanto pedazo de papel cayera en sus manos. Y fué en esta tercera etapa cuando fué descubierto por el conde Magherini, uno de los nobles eruditos que se pasan la vida entre los libros y las obras de arte; cerebros de humanistas y almas de Mecenas, ejemplares admirables de una especie que va desapareciendo.

En Città di Castello hay buenas escuelas de arte y hay, sobre todo, una larga y sólida tradición artística. El conde Magherini vió rápidamente las aptitudes del muchachón campesino y quiso desarrollarlas. Celestino Celestini fué a las escuelas; aprendió algo; pero, más que todo, aprendió a conocer que su vida se encontraba en una encrucijada, y no sobrábale el tiempo para elegir entre las dos sendas: o la senda corta, llana, geórgica del bienestar campesino — la misa de los domingos, la fiesta de las mieses y de la vendimia, los trabajos del campo, los amores agrestes, el matrimonio y una docena de vástagos, — o bien la senda del arte, cuesta arriba — la bohemia, los días magros, los meses de treinta ayunos, las decepciones, el jocundo trepar las alturas... — Eligió la senda del arte, asaltó con la fuerza de la voluntad y del talento todas las aulas, fué estudiante, entró en la "ménagerie" internacional que llena de bullicio los puentes florentinos; y un buen día, muy joven aún, sorprendióse amaneciendo profesor. El bueno y viejo conde Magherini, desde lejos, seguía siendo su buen ángel de la guarda, seguía siendo el consejero, el crítico, el animador, el padre espiritual; al mismo tiempo, el sabor de la tierruca, el recuerdo de la Umbría apenínica, el hálito franciscano que sopla dulce y constantemente a orillas del Tíber superior, iban formando la índole del artista, iba saturando su espíritu en la elaboración de su programa de vida y de arte: así Celestino Celestini eligió el aguafuerte como medio de expresión de su arte y el mundo franciscano como teatro de sus estudios.

Franciscano y etrusco, pues pocos artistas conocen, como él, todas las bellezas de las ciudades muertas; pocos artistas supieron, como él, reanimar a golpes de buril el silencio de los siglos y dar una voz, un canto, a un bastión antiguo de cuarenta siglos, a un resto abandonado en la desolación de la "Maremma" vigilada por la fiebre; pocos artistas tienen como él el arte de descifrar pictóricamente el misterio de las edades pretéritas. Excursionista incansable, Celestino Celestini es el rabdomante de las ruinas, y no hay rincón etrusco que su ojo de artista no haya descubierto y acariciado con mirada de amante.

PERUSA, la ciudad que es a la vez etrusca y franciscana, debía necesariamente ser la predilecta por este aguafuertista umbro de nacimiento y florentino de adopción. Entre



"Un rincón de Orvieto", aguafuerte de Celestini, existente en la Galería de Arte Moderno, de Florencia

(Continúa en la pág. 28)



"...pero Gabrielito seguía soñando..."

Entre dos cimas

Por

J. MENENDEZ AGUSTY

Ilustración de Donald Mackintosh





RIÓSE Gabrielito en pleno monte, bajo la inspección amante de toda su familia, que por fuerza debió ver en aquel retoño a un nuevo Mesías portador de grandes venturas, según la solicitud con que de día y de noche lo vigilaban y atendían, siempre al acecho del más leve síntoma de enfermedad. El chico, por su parte, era bueno, cariñoso y listo; nunca dió disgustos a nadie, ni apedreó a los perros, ni merodeó por los huertos vecinos en busca de fruta. Humilde, serio y pensador, fué desde pequeño un modelo de ciudadanos, en el cual casi casi se hubiera podido columbrar al hombre de genio, al grande hombre destinado a la inmortalidad. Sin ser precoz, prematuro desarrollo que suele dar funestos resultados, estudiaba con facilidad, comprendía las cosas en la primera explicación y observaba mucho, con una atención callada y sencilla que movía a respeto. A los doce años era la enciclopedia del pueblo, el sabio, hasta el juez; y como las consultas llovían a cualquier momento, sin orden ni consideración a la tierna edad del muchacho, fué preciso señalar horas de audiencia, durante las cuales recibía Gabrielito en su despacho, rodeado de libros y mapas, a todos los que deseaban hablarle. A éste le aconsejaba que comprase fosfatos para robustecer sus prados anémicos; al otro le redactaba una solicitud dirigida al ministro Tal para la pronta resolución de un complicado expediente; al de más allá le advertía que no tomase vinagre en las comidas por ser cosa indigesta y a la postre inútil, y afable con todos, infantil a pesar de su sabiduría, despedíase de sus clientes dejándose besar en ambos carrillos.

Todos los meses iba Gabrielito a la ciudad cercana, a comprar libros. Acompañábale el padre o la madre, según las ocupaciones de uno y otro. Un librero que le conocía íbale indicando las obras que debía comprar: pocas novelas y mucha física, química y matemáticas. "Las ciencias nunca son inútiles —decía el avisado industrial. — En cambio la literatura es un lujo casi siempre nocivo." Y Gabrielito fué atestando la casa de libros útiles, extensos y laberínticos los unos, compendiados los otros, todos ceñudos, austeros, incorruptibles. Nombres ilustres decoraban los lomos en pergamino, y observaban con su helada severidad de esfinges cuanto ocurría en el despacho, colocados en metódica fila, limpios e intachables; y cada vez que Gabrielito echaba mano a uno de ellos, temblaba y se ponía rojo, como si le avergonzase aquella intimidad con sabios tan empingorotados, entre los cuales había muchos ya fallecidos, que eran precisamente los que más azorado le ponían por creer que le estaban mirando al través de las hojas del libro, de sus cálculos y problemas.

Poco a poco se familiarizó con ellos, y con la familiaridad vino la calma. Los leía sin miedo ni rubor, pero, ¡ay!, tardaba en hallar la justificación de su fama, la substancia sabrosa de que los suponía repletos. ¿Por qué serían inmortales todos aquellos señores?... Una tarde, cansado de estudiar sin provecho, se quedó dormido sobre el binomio de Newton.

II

X... estaba asentado en la cima de una montaña siempre verde y florida, rodeada de bosques, amparada de los vientos por otro cerro enorme que coronaban tremendos bloques de granito. Por la parte meridional todo eran también cadenas de montañas formando colosal gradería de piedra, como un anfiteatro interminable. Manchas obscuras que debían ser pinares llenaban sus vertientes, y daban al contorno una plácida suavidad de líneas; otras manchas blancas parecían caseríos; el ferrocarril se deslizaba entre ellos representado por una nube gris y un bulto negro del tamaño de un escarabajo.

A X... no llegaron jamás ni el frío ni la nieve. Como desde las altas regiones septentrionales donde el invierno les daba suelta hasta la florida montaña de este relato la distancia era inmensa, y los obstáculos se sucedían sin descanso, cada roca, cada barranco y cada pinar quedábanse con un poco de frío, con un puñado de nieve, con un trozo de invierno, y claro está, a X... no le tocaba nada de los rigores invernales, lo que quiere decir que vivía en una eterna y alegre primavera.

Cuando Gabrielito llegó a los quince años y comenzó a darle por las excursiones solitarias, como cumplía a su temperamento reflexivo, eligió como lugar de meditación diaria, especie de retiro voluntario y apetitoso, una meseta que a dos kilómetros del pueblo se alzaba, y a la cual se subía por una rampa medio oculta detrás de un grupo de castaños. Desde allí se dominaban completamente todos los alrededores de X..., sus bosques, sus caminos, la polvorienta carretera que bajaba en espiral hasta el valle y luego se perdía en la sombra de una estrecha cañada que más parecía túnel; y por encima de la gradería de montañas, confundiéndose con el cielo bajo la forma de una niebla levísima, veíase también, aunque mejor será decir que se adivinaba, otra cima, la gran capital, la urbe todopoderosa, de la que hablaban en X... como de las maravillas de un cuento de hadas, apostólico el narrador y boquiabiertos los oyentes.

Bueno, pues; en aquel lugar comenzó Gabrielito a estudiar grandes y aun divinas cosas. Sirvióle de libro la inimitable Naturaleza, arrogante, gentil, con su cabellera de huertos y selvas tendida al viento; con la purísima mirada de sus ojos, que son los ríos; con la vida inagotable de sus senos, que son los campos; y día tras día, a fuerza de observar y de recibir intensas emociones, fuése acostumbrando a aquel sosiego virginal, como la belleza de un cielo sin nubes, y acabó por declararse a sí propio que sólo allí era posible la verdadera dicha, la dicha sencilla de los que no se queman en la fiebre de la ambición, la dicha de los parcos, de los buenos, de los espíritus superiores.

¿Sólo allí?... ¿Y aquella otra cima que se vislumbraba como una niebla en el horizonte? ¿Qué era? ¿Qué significaba? ¿Tenía allí el cielo igual diafanidad? ¿Oreaba el ambiente igual brisa templada y llena de aromas? ¿Estaba aquella cima más alta que la de X..., con sus bosques eternamente verdes? ¿Qué fondo de amarga verdad había en el fondo de aquellos relatos fantásticos que se hacían de la vasta urbe en el pueblo de Gabrielito?... Puede que todo fuese igual, y que también la verdadera dicha se aposentase en aquella niebla lejana. Pensándolo bien, no tenía Gabrielito ningún motivo para creer otra cosa. El mismo cielo cobijaba a las dos cimas.

III

DON Eduardo Gómez del Molar era un buen mozo robusto, barbudo e imponente, que más parecía militar que artista, si bien esto no quiere decir que los militares tengan la exclusiva de la robustez y de la barba. Este noble señor escribía magníficas novelas, llenas de vida calenturienta y de placeres endemoniados. Las páginas de sus libros evocaban el recuerdo de las más grandes tonterías que se han escrito con pretensiones de obras de arte, y, lo que es más peregrino, con arrogancias de fiel copia de la realidad. Como si en la realidad no hubiese cosas que de puro líricas parecen celestiales.



Una vez decidió este caballero retirarse temporalmente al campo, a un rincón ignorado y agreste, donde las cabras ramoneasen con la idílica tranquilidad de los viejos poemas; y busca por aquí, busca por allá en un descomunal mapa del país que en su estudio tenía, con objeto, sin duda, de dar más realidad a sus novelas, topó con el pueblo de Gabrielito, representado por un punto casi imperceptible en lo más intrincado de una provincia.

La entrada del señor Gómez del Molar, con sus maletas elegantes, sus baúles enfundados, su luenga barba y demás accesorios, en el tranquilo X..., produjo la consiguiente sensación, y en poco estuvo que tocaran a Gloria las campanas y se disparasen cohetes. Afortuna-

(Continúa en la pág. 51)

El arte de realizar elegancias económicas

Ideas sobre la manera de adornar los vestidos con bordados de lana

Por

MIGNON





INDISCUTIBLEMENTE, son los bordados los adornos que con mayor eficacia ponen de manifiesto los gustos personales de las mujeres elegantes. En esta página les presentamos a nuestras lectoras varios motivos, que pueden variar hasta lo infinito, y que son de una encantadora originalidad.

Nada más fácil ni más grato que realizar esas labores, que tanta belleza han de sumar a nuestras toilettes.

Se trata de bordados hechos a mano, con una lana gruesa, debiéndose preferir los colores en boga, y de éstos, aquellos que más armonicen con las tonalidades del vestido que se quiera adornar.

Nuestras elegantes, como todas las mujeres cuya feminidad es exquisita, son muy amantes de los bordados. De ahí que estemos segurísimas de que los modelitos que les presentamos han de llamarles la atención.

El primer modelo, que es de paño azul, presenta una ancha guarnición, que forma el peto y el cuello. Está bordada con lana verde y colorada, pudiéndose mezclar, si así se desea, unos hilos plateados. El efecto es monísimo.

El segundo modelito es de crêpe mongol color rojo, guarnecido también con bordados de lana alrededor del cuello, peto y puños.

En ese motivo armonizan admirablemente el azul de Francia y el ocre.

Unos hilos dorados o plateados, como en el modelo anterior, aumentan la vivacidad del adorno.

Los vestidos de tela estampada a lunares son realmente encantadores para ser lucidos bajo tapados de terciopelo o de pieles.

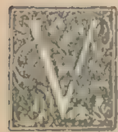
Pero si son bonitos y elegantes, mayores son su hermosura y chic, como lo demuestra nuestro tercer modelo, si se los adorna en el cuello, alrededor de la torera y en los puños con esos motivos originales de bordados en lana.

El modelito que figura en cuarto término es tan bello como práctico. Tanto es así, que en un momento dado ese vestido puede transformarse en dos. El de abajo es de tela estampada de vivos colores, y el de arriba es de terciopelo negro, adornado con esos deliciosos bordados de lana.

El último modelo, sumamente juvenil, es de taffetas escocés adornado con taffetas liso. Presenta bordados de lana en el cuello, en el jabot y en los puños.

La influencia de esos encantadores bordados no se limita tan sólo a los vestidos. También son susceptibles de ser aplicados en los tapados, sombreros, almohadones, etc., siendo su misión, en cualquier caso, la de embellecer y causar un efecto de vivacidad y armonía.

La Tierra y la presión de la luz



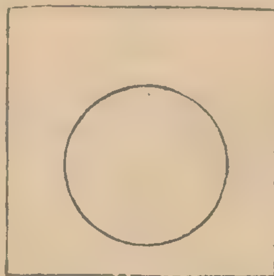
UNO de los campos de observación más fértiles recientemente descubiertos es, quizá, el relativo a la presión de la luz, entendiendo por tal presión de la luz la fuerza impulsora ejercida por los rayos de luz emanados del Sol.

La luz se halla compuesta de ondas, y dichas ondas, como ocurre con las del agua, empujan suavemente cuantos objetos hallan a su paso. La fuerza de este impulso es tan pequeña, si se la compara con la inmensa fuerza de la gravitación, que sólo puede ser apreciada por los más sutiles análisis. De su existencia nos dan razón el cálculo matemático y los sistemas experimentales.

Merced a ellos sabemos que la presión total ejercida sobre la Tierra por la luz solar es de unas setenta mil toneladas, o sea una cifra irrisoria al lado de los millones de toneladas que representa la fuerza de gravitación que nos sujeta al Sol.

Ahora bien: si la Tierra en vez de tener un diámetro de doce mil setecientos treinta y tres kilómetros fuera un corpúsculo cuyo diámetro estuviera representado por una milésima de milímetro, la impulsión de las ondas luminosas desviaría al microscópico planeta del Sol, como se ha probado que desvía a las partículas de una cola cometaria. El eminente astrólogo inglés Poynting, en un reciente trabajo, demuestra de qué modo se efectuaría esa dispersión de los átomos terrestres.

Hay que recordar, para comprender las curiosas teorías del sabio británico, que la fuerza de la gravitación se ejerce sobre cada uno de las partículas que componen un cuerpo y a través de su entera masa. En cambio, la presión de las ondas luminosas sólo actúa sobre la superficie.



La Tierra sin dividir

Recordaremos, también, que la masa de un cuerpo es proporcional al producto de sus tres dimensiones, en tanto que su superficie es solamente proporcional al producto de dos dimensiones (longitud y latitud). En otro términos: si comparamos dos esferas de diferente volumen, sus masas serán proporcionales a los cuadrados de sus diámetros. Si una de ellas posee doble diámetro que la otra, será ocho veces mayor en su masa y cuatro en su superficie.

Supongamos ahora que nos fuera posible apoderarnos del globo terráqueo y hacer con él ocho globitos pequeños..., relativamente hablando.

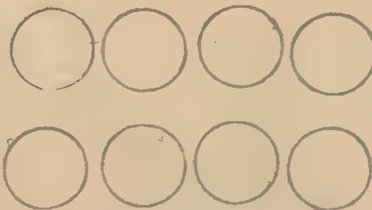
Cada una de esas esferitas tendría la mitad del diámetro y la cuarta parte de la superficie del globo indiviso. Pero la masa total de los ocho sería exactamente igual a la masa del globo primitivo; de modo que la total atracción del Sol sobre las ocho esferas se ejercería de igual suerte que si se tratase de un todo compacto.

Teniendo cada una de las ocho esferas la cuarta parte de superficie de la original, todas ellas juntas sumarían doble superficie que la que poseían al constituir un globo único.

Por tal razón, las ocho esferas, consideradas en conjunto, ofrecerán doble resistencia a las ondas luminosas que el globo que nos sirvió para fabricarlas. En este caso, tendremos que la presión luminosa se ha doblado, mientras que la fuerza total de gravitación continúa siendo la misma.

Tomemos, ahora, las ocho esferitas y partamos cada una de ellas en otros ocho globillos.

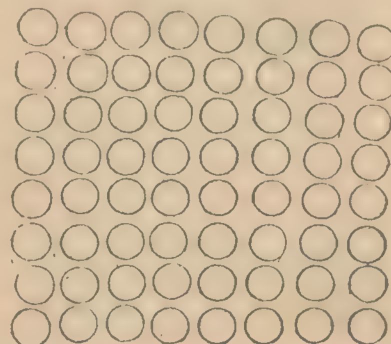
Las nuevas esferas tendrán una cuarta parte del diámetro de la Tierra y 1/16 de su superficie. Su masa total será, sin duda, idéntica a la del planeta originario, y, por consiguiente, la fuerza de atracción del Sol seguirá siendo la misma que antes de la división.



La Tierra dividida en ocho partes iguales

Y como tenemos sesenta y cuatro esferas, cada una de las cuales posee 1/16 de la superficie terrestre, resulta que su superficie total será cuatro veces mayor que la del globo primitivo; por tanto, cuadruplicará también la presión de las ondas luminosas.

Continuando nuestra división del globo terráqueo, llegaría un momento en que las partes en que desmenuzáramos a la Tierra fueran tantas y tan diminutas que su total presión luminosa se igualase con la fuerza de gravitación.



La Tierra dividida en sesenta y cuatro partes iguales

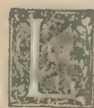
Queda así demostrada la relación en que una y otra fuerza se encuentran respecto a nuestro planeta.

Si pasáramos de dicho límite e hiciéramos otra nueva subdivisión, la presión de la luz sobrepujaría a la fuerza de gravitación, y la Tierra, reducida a un polvillo finísimo, se dispersaría ante las ondas luminosas, como los granos de polen ante la brisa matinal.



Flores de begonia — Flores masculinas de sauce — Flores masculinas y femeninas del avellano — Flores de ambos sexos de castaño — Flores femeninas de sauce

El sexo y las plantas



La mayor parte de las flores gozan del privilegio de no necesitar una pareja para tener descendencia. Un pensamiento, por ejemplo, está completo, desde este punto de vista, puesto que reúne ambos sexos en sí mismo. Pero esta ley tiene sus excepciones; hay especies vegetales en que los sexos están separados, y en este caso es muy interesante conocer quiénes son ellas y quiénes ellos.

Miremos, por ejemplo, una rama de un avellano en flor; de ella penden aquí y allá unas como espigas tiernas o diminutas guirnaldas, "amentos", como los llaman los botánicos. Estas son colonias de flores masculinas, los representantes del sexo fuerte entre los avellanos, y están formadas por una serie de minúsculas florcitas, compuestas sólo de estambres cargados de polen, y dispuestas en espiral alrededor de un eje flexible. ¿Y las femeninas? No están muy lejos; en la misma rama se ven unas como yemas o botones, que difieren, sin embargo, de las yemas verdaderas por un pincelillo rojo que sale de su ápice. Estas son las flores femeninas; con su pincelillo recogen el polen que el aire hace caer de los masculinos; estos últimos se marchitan y se desprenden, cumplida ya su misiión, y lo que parecía una insignificante yema, se hincha, se desarrolla y se transforma, al llegar el otoño, en una avellana.

Lo mismo ocurre con los nogales, las encinas y los castaños. En estos últimos, la pareja floral es muy singular. Los masculinos forman amentos muy largos, flexibles como plumas; las femeninas, situadas junto al pie del amento masculino, forman grupos de dos o tres, son redondas y están cubiertas de una funda espinosa, como un pequeño erizo. Dentro de esta misma envoltura se forman los frutos, y cuando están maduros, la cubierta se abre y las castañas caen al suelo.

Las coníferas, o sean los pinos, abetos, cedros, etc., tienen también dos géneros de flores: las masculinas, dispuestas en amentos, y las femeninas, formadas por escamitas superpuestas, bajo las cuales se ocultan las semillas. A estas flores femeninas dáseles, por la forma que muchas de ellas tienen, el nombre de conos, de donde se deriva el de coníferas o plantas portadoras de conos. En el pino, la separación de sexos va algo más allá; nunca se encuentran los dos juntos; al extremo de una ramita habrá flores de un sexo, y al extremo de la siguiente flores del otro; pero unas y otras no se reúnen jamás en el mismo punto del árbol. Esta independencia es más acentuada aún en el sauce. En estos árboles, cada uno tiene flores de un solo sexo; más todavía: es corriente encontrar grupos de sauces compuestos exclusivamente de árboles masculinos o de árboles femeninos. Los masculinos se conocen por sus flores dispuestas en amentos dorados, cuya forma recuerda la de una diminuta palma, o más bien la de un abanico de pluma de aquellos que usaban nuestras tatarabuelas para ir al sarao. La flor de sauce femenino se acerca, por su aspecto, a los amentos masculinos de otros árboles, y es de un color entre verdoso y plateado. También se observa esta división de sexos en los álamos, siendo, como en los sauces, constante, es decir, que el árbol que da flores masculinas un año, seguirá dándolas toda su vida. Lo más singular es que, cuando no están en flor, no es posible distinguir el sexo de uno de estos árboles; nadie puede decir qué clase de flores llevará un árbol dado, ni hasta ahora se sabe qué fuerza ni qué leyes determinan el sexo.



Flores de ambos sexos de pino. (Abajo aparecen dos flores femeninas en detalle)

Otra rareza de estos vegetales, es que las flores femeninas son más tempranas que las masculinas, fenómeno que se observa también en aquellos que, como el avellano, presentan y unas y otras en la misma rama. De aquí que el polen que viene a fecundar la florescencia femenina de un árbol no proceda casi nunca de las flores de otro sexo del mismo, que aun no están desarrolladas, sino de un árbol distinto, desde el cual trae el viento aquel fertilizador polvillo. Véase por donde, en el mundo de las plantas, es un hecho lo del cruce de sangres. Bien — se dirá, — y las flores femeninas del primer árbol, del primer sauce, por ejemplo, que florece en una estación, ¿qué flores masculinas las fertilizan? Sencillamente, las de un árbol de especie distinta, aunque parecida, que florezca más temprano. Esta es la explicación de que sean tan frecuentes los híbridos en el reino vegetal.

Suele creerse que las flores de sexos separados no son nunca tan hermosas, ni tienen tan lindos y vivos colores como aquellas que reúnen ambos géneros; así sucede, en efecto, en la mayoría de los casos, pero no siempre. A las flores del pino o del sauce apenas nos atrevemos a llamarlas flores; en cambio, las de la begonia figuran entre las más admiradas, y, sin embargo, también existe en ellas la separación de sexos.

En cada grupo de tres flores de begonia, la del centro es siempre masculina, y se reconoce por sus estambres amarillos; las de los lados son las femeninas con pistilos verdes y un pequeño depósito de simientes detrás de los pétalos.

Como se ve, no puede ser más interesante el estudio del sexo de las plantas y de la fuerza y las leyes que lo determinan.



El santo de Catalina

Por

ANATOLE FRANCE

SON las cinco de la tarde. La pequeña Catalina recibe sus muñecas: es el día de su santo.

Las muñecas no hablan. El genio que las creó les otorgó la sonrisa, pero les negó el uso de la palabra. Esto fué un bien para la sociedad: si las muñecas hablaran, no se oiría sino a ellas.

Sin embargo, la recepción está muy animada. Catalina habla por sus muñecas, lo mismo que por cuenta propia. Ella hace a la vez las preguntas y las respuestas.

—¿Cómo sigue usted, señora?

—Perfectamente. Ayer me rompí un brazo, al ir a comprar unos pasteles; pero ya estoy restablecida.

—Tanto mejor.

—¿Y cómo sigue la pequeña?

—Está muy acatarrada.

—¡Qué desdicha! ¿Y tose mucho?

—No, señora; es un catarro sin tos.

—¿Pero no lo sabe usted, señora?

—¿Qué cosa?

—La semana pasada tuve otros dos hijos.

—¿De veras? Con éstos, serán ya cuatro.

—Cuatro o cinco, no lo sé a punto fijo. Cuando se tienen tantos, se olvida una con facilidad.

—Lleva usted un traje magnífico.

—Tengo en casa otros mejores.

—¿Va usted con frecuencia al teatro?

—Todas las noches. Ayer estuve en la Ópera. Polichinela no trabajó porque el lobo se lo había comido. Pero creo que trabajará esta noche.

—Pues yo voy diariamente a algún baile.

—Se divertirá usted mucho.

—Sí, muchísimo. Me pongo un traje azul y bailo con lo mejor de la buena sociedad, con generales, príncipes y confiteros.

—Es usted muy hermosa.

—Lo debo a la Primavera.

—Sí, pero ¡qué lástima que esté nevando!

—A mí me gusta mucho la nieve, porque es blanca.

—Pero ¿hay nieve negra?

—Sí, pero es nieve de mala calidad.

La conversación no puede ser más interesante. Catalina la sostiene con gran viveza. Le haré, sin embargo, una observación: habla sin cesar con la misma muñeca, que es muy hermosa y va admirablemente vestida. Hace muy mal en ello. Una buena ama de su casa debe ser igualmente amable con todas las invitadas. Debe tratarlas a todas con solicitud, y si puede establecer alguna diferencia, ha de ser en favor de las más modestas y menos dichosas. Hay que adular a la desgracia. Es la única adulación permitida.

Pero Catalina lo ha comprendido perfectamente al fin, adivinando el verdadero sentido de la cortesía. El corazón la inspira.

Sirve el te a las invitadas, y no se olvida de ninguna de ellas. Insiste, por el contrario, cerca de las muñecas a quienes tiene por pobres, tímidas y desgraciadas, para que tomen pasteles invisibles y "sandwichs" hechos con dominós.

Catalina tendrá algún día un salón, en el que florecerá la antigua cortesanía francesa.

El R. P. José A. de Laburu en Buenos Aires

(Continuación de la pág. 6)

(El Padre Laburu no se atreve siempre a llamarlos *experimentos de hipnotismo*. Los llama de *acinesia*, que significa *parálisis de los movimientos*, pero que, en resumen, viene a ser lo mismo.)

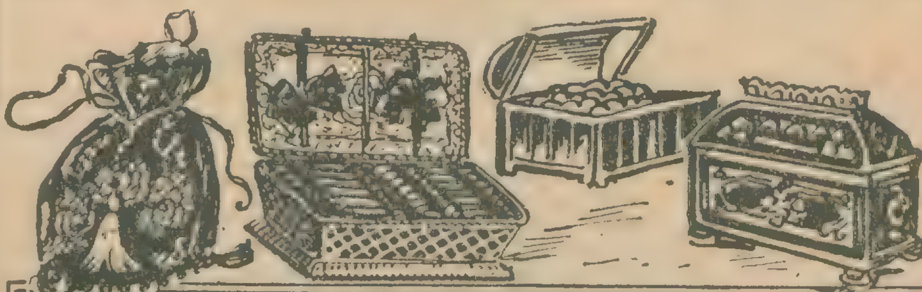
—Otro tema de estudio que tal vez resulte interesante—agrega el Padre Laburu—es el *eidetismo*. He realizado estudios psicológicos experimentales en mi laboratorio con sujetos normales y anormales. Ustedes saben que el eidetismo—y no sé si digo en Buenos Aires una palabra nueva—consiste en la facultad, más o menos aguda, que tienen muchas personas de retener las imágenes. Veamos un ejemplo de imagen visual, ya que también tenemos imágenes gustativas, auditivas, táctiles, musculares y olfativas... Se le muestra a un sujeto una estampa cualquiera. Una fotografía. Una estatua... El sujeto la mira, cierra los ojos, y al instante la imagen le queda grabada en los centros nerviosos. Abre los ojos nuevamente, y fija la vista en la pared o en el techo. La imagen se le aparece en el techo o en la pared, a veces de tamaño normal, y otras veces más grande o más pequeña. Es decir, el sujeto ve la imagen con los ojos abiertos cuando ya la imagen no está frente a sus ojos. Ahora bien: esa imagen se graba en algunos sujetos tan profundamente, que interesa su afectividad, y la imagen se convierte en una milagrosa aparición de vida real. Estos fenómenos de eidetismo ofrecen a los hombres de ciencia, a los criminalistas y a los psiquíatras, motivos de meditación, aprovechables para la ciencia penal.

El Padre Laburu fué discípulo del gran biólogo español R. Turró, cuya teoría sobre los orígenes del conocimiento, y cuyo *imperativo trófico*, que según Rosés Lacoigne "puede colocarse al lado del imperativo categórico de Kant", hicieron de él uno de los genios científicos más grandes del principio de siglo. Turró negaba a menudo los milagros de la fe.)

—¡Turró!—exclama el Padre Laburu.—Era un talento colosal. Su muerte, inadvertida para muchos, fué una pérdida para la ciencia universal. Era para mí más que un maestro. Era un amigo. ¡Era un padre!... La última carta que me mandó la dictó en su lecho de agonía el mismo día en que murió. Era una carta en donde el sabio me escribía, lleno de esperanzas, haciendo proyectos de trabajos para cuando pudiera levantarse. ¡Pobre gran hombre! Lo curioso es que un médico tan sabio como él, el más grande ojo clínico que conocí en mi vida, no haya podido apreciar el peligro de su propia enfermedad. ¡Se moría, y hacía proyectos para el porvenir!

—*Sería la fe*—pensamos nosotros, recordando las afirmaciones de Turró.

Nos pusimos de pie. Y estrechamos con admiración la mano del Padre Laburu—sacerdote, cristiano, humilde y estudioso,—que habrá de revolucionar con sus ideas científicas nuestro ambiente eclesiástico.



El buen humor de los demás

HUMORISTAS DEL VERSO

ENRIQUE REOYO

DIÁLOGOS TRASCENDENTALES

DON BENITO Y DON JUAN

DON JUAN

¿Por qué Ruiz, el quincallero
de Astorga, siendo usurero
pasa por ser generoso,
y diz que tan dadivoso
no hay hombre en el mundo entero?

DON BENITO

¿No lo comprende, don Juan?
Pues, sin duda, es que en Astorga,
esa fama le darán
recordando aquel refrán
que dice: "Quin-calla", otorga.

MANOLO Y SU PRIMA

ELLA

¡Mira qué bonito es
el cielo, primo Manolo.

ÉL

Mucho, primita, aunque sólo
lo vemos por el revés.

DOÑA SEGUNDA Y SU DOCTOR

DOÑA SEGUNDA

¡No insista; no cederé!
¡En la famosa vacuna
yo no tengo fe ninguna!

DOCTOR

¿Y puedo saber por qué?

DOÑA SEGUNDA

A mi sobrino Quirino
un doctor lo vacunó,
¡y a los tres días murió
mi pobrecito sobrino!

DOCTOR

¡Eso es imposible!

DOÑA SEGUNDA

¡Vaya!
A la mar se fué a bañar,
y no sabiendo nadar,
ya "en jamás" salió a la playa.

DOCTOR

Sin embargo...

DOÑA SEGUNDA

¡No, señor!
yo no dudo de su ciencia,
pero..., ¿y la triste experiencia
de mi sobrino, doctor?

DON ROQUE Y DOÑA CLEMENCIA

DON ROQUE

¿Sabe usted nadar, Clemencia?

DOÑA CLEMENCIA

Sí, señor, ¡en la opulencia!



UN PARTIDO... POR LA MITAD

— Caballero, si su situación financiera es tan desastrosa, puede usted dar por no escrita la carta en que contesté a su aviso matrimonial...
— Perfectamente, señorita. Pero..., ¿quién paga ahora el café?

CURSO LIBRE DE CHISTOLOGÍA

En los comienzos del mundo, le dijo Dios al demonio:
— Prepárate, que voy a hacer un hombre.
El demonio se echó a reír, y respondió:
— ¿Y eso a mí, qué? Con hacer yo otro...
Se pusieron los dos a la tarea, y el hombre que hizo el Señor, salió blanco; pero el hombre que hizo el demonio, salió negro. Cuando se lo presentó, nuestro Señor soltó la carcajada.
— Anda — le dijo, — quita eso de ahí.
Y le aplicó al negro tal puñetazo en la boca, que desde entonces todos los negros tienen los labios hinchados.

Se celebra un gran banquete. Y el señor Salmón, que rabia de hambre, consigue deslizarse entre los invitados sin que nadie lo advierta.
Se sientan todos. Se sienta el señor Salmón. Delante de su cubierto cuenta cinco copas. Se acerca un camarero y le ofrece vino.
El señor Salmón le presenta la copa más chiquita.
— Perdone usted, señor — le advierte el mozo, — pero este es vino ordinario.
— Sí — le responde Salmón, — la copa grande la reservo para los vinos de marca.

Se examina Querubín de medicina. El profesor es discreto y bondadoso, le han recomendado mucho a Querubín, y le hace una pregunta muy fácil...
— Vea usted ese señor — le dice, — repare usted en que tiene una pierna más corta que la otra, y por tanto cojea. ¿Qué haría usted en este caso?
Y Querubín con toda ingenuidad:
— Yo creo que cojearía también.

Se le muere su esposa a don Severo, y el pobrecillo quiere consolarse acompañándola hasta el camposanto.
La entierran, y él se aparta a un rincón con un amigo. Éste quiere consolarle, le da unas palmaditas en el hombro, y le dice de esta suerte:
— Ahora a distraerse, amigo mío. Para usted el ejercicio será una gran cosa.
— Sí, cierto, sí — le responde don Severo, — este paseíto me ha sentado muy bien.

— Hace dos años que yo no hablo una palabra a mi mujer — decía un marido.
— ¿Y por qué? — le preguntan.
— Por no interrumpirla.



— ¡Qué cosa tan original! "En Armenia, la unidad monetaria es el huevo de gallina." ¿Cómo harán para pesarse en las balanzas automáticas?

HUMORISTAS CONTEMPORÁNEOS

JULIO CAMBA

UNA MEDICINA QUE NO ES PARA ENFERMOS

De las declaraciones hechas por un técnico resulta que, aparte sueros, vacunas y productos opoterápicos, circulan actualmente en el mercado español unos catorce mil específicos. ¡Catorce mil específicos de los que ninguno se limita a combatir una sola enfermedad, y cada uno de los cuales pretende destruirlas todas! Yo tengo a veces un ligero dolor de cabeza o un vago dolor de estómago, algo de gripe o un poco de reuma; pero, por desgracia, estas dolencias suelen presentárseme alternativamente, y, pudiendo curarlas a todas ellas de un modo simultáneo con un solo específico, me parece que perdería dinero curándolas por separado, y espero a que se me presenten juntas. Es el inconveniente comercial de unos medicamentos tan universales; pero, ¿qué importa un inconveniente al lado de mil ventajas?

Los específicos farmacéuticos se venderán cada vez más, así como se venden cada vez más las comidas en conserva, las ropas hechas y el calzado hecho. Ya sé que las enfermedades teóricas son una cosa y otra las enfermedades prácticas, y que si teóricamente hay, por ejemplo, una enfermedad llamada pulmonía, en la práctica no hay más que las pulmonías de Fulano, Mengano, Zutano y Perengano, cada una de las cuales debiera ser tratada de un modo individual; pero, ¡qué le vamos a hacer! Uno no siempre puede usar los trajes a la medida de su cuerpo, paladear las salsas a la medida de su gusto, ni tomar las medicinas a la medida de su pulmonía, ya que vivimos en unos tiempos donde, desde las leyes hasta los zapatos, todo se hace al por mayor, con arreglo a las dimensiones arquetípicas de esa entidad vaga que se llama Humanidad, y en la que nadie se reconoce, pero la que nos representa a todos del mismo modo que si la suma del negro, el blanco, el rojo y el amarillo fuese el verde, representaría un hombre verde a los distintos hombres amarillos, rojos, blancos y negros que pueblan el mundo.

Por lo demás, la mayor excelencia de los específicos consiste, precisamente, para mí, en lo que para el técnico citado más arriba consiste su mayor inconveniente; esto es, en que le permite al enfermo prescindir del médico. Los enfermos no han creído en los médicos más que cuando los médicos creían en la Medicina; es decir: cuando la Medicina era un arte taumatúrgico que curaba las enfermedades, y no esta ciencia fría que las estudia, sin ningún poder sobre ellas, así como la Botánica estudia la vida de las plantas. La Medicina actual será muy científica, pero no es una Medicina para enfermos. No les extrañe, pues, a los médicos el que los enfermos los abandonen y el que procuren curarse por sí solos, con un poco de fe y otro poco de agua destilada.

Se encuentran casualmente dos amigos que hace ya mucho tiempo que no se ven.

—¡Hola, hombre! ¿Cómo te va? —pregunta uno.

—No muy bien — dice el otro. — Desde que tú no me has visto me he casado.

—¡Vaya, buena noticia!

—No muy buena, porque mi mujer ha resultado una bribona.

—Vamos, tanto peor...

—No tanto peor, porque llevaba diez mil pesos de dote.

—Caramba, eso ya es un consuelo!

—No tan consuelo, porque los empleé en ovejas, y en una epidemia se me murieron todas.

—¡En fin, una desgracia!

—No tanta desgracia, porque vendí las pieles y saqué más de lo que valían las ovejas.

—En ese caso te indemnizaste.

—No tanto como indemnizar, porque guardé el dinero en mi casa, sobrevino un incendio y lo perdí.

—¡Oh, qué desdicha tan grande!

—No tan grande, no tan grande, porque la casa se me quemó toda y estaba dentro mi mujer.

Sánchez está apenadísimo porque se ha muerto su suegra. Va a casa del marmolista para encargarle una lápida, y el marmolista le pregunta así:

—¿Ya ha pensado usted lo que le van a poner?

—No, señor, todavía no.

—Hay varias expresiones consagradas; por ejemplo: "Rogad por ella", "Descanse en paz..."

Sánchez se queda meditabundo, y luego dice:

—Ponga usted sencillamente: "Su yerno reconocido."

Interpela un diputado a uno de sus compañeros, cuyo desaseo es casi popular.

—Yo pudiera decirle — afirma — lo que ha comido usted hoy.

—A ver, ¿qué he comido?...

—Tortilla.

—Tortilla. ¿Y en qué lo conoce?

—En que todavía tiene un resto en la barba.

El otro reflexiona, y al fin replica:

—¡Ah, pues se equivoca usted! La tortilla hace ya cuatro días que la comí.

El maestro de Villa de Abajo explica a sus alumnos una lección de agricultura, y le pregunta a uno de ellos:

—Vamos a ver, monín, ¿cuál es el tiempo mejor para recolectar las manzanas?

—Pues el tiempo mejor — responde el niño, — el tiempo mejor es cuando no está el perro.

Visitaba un inglés la catedral de Sevilla acompañado del cicerone consiguiente. Examina todas las curiosidades y tesoros que en la catedral existen, y de pronto repara el inglés en una calavera colocada encima de un altar.

—¿Y de quién es esta calavera? — le pregunta al cicerone.

—De San Isidro.

Continúan su inspección, y de pronto repara el inglés en otra calavera muy chiquita:

—Y ésta, ¿de quién es? — pregunta.

—De San Isidro también, cuando tenía dos años.

Don Nemesio Brizuela, amateur de arte, viaja por Italia, y quiere adquirir un cuadro que pueda producir en Buenos Aires verdadera sensación. Un anticuario le muestra un Perugino.

—Vea usted: un Perugino indiscutible. Fecha, 1520. Precio..., una ganga, no se quejará usted, diez mil pesos.

Los entrega don Nemesio sin discutir; pero él sabe que la ley italiana prohibe que pasen la frontera las obras maestras de la antigüedad, y que no hay quien pueda con los aduaneros.

Mas don Nemesio es hombre de recursos, y manda que le pinten sobre el Perugino de 1520 el retrato del rey Víctor Manuel. Los aduaneros lo ven, sonríen, saludan y dejan pasar el cuadro.

Una vez en Buenos Aires, don Nemesio borra cuidadosamente la pintura. Desaparece el retrato... Pero desaparece también el Perugino de 1520, y surge debajo de él la cara de Garibaldi.

La censura

(Continuación de la pág. 11)

hace más de dos siglos, revisado por la censura, o, como dice la diligencia que lo previene: "Expurgado por el Indice del Sto. Ofo. de 1707..." Curioso documento, que es además una valiosa edición de las poesías de Quevedo, editadas en Amberes en el año 1699...

Más de cincuenta años habían transcurrido desde la muerte del autor, y hacíase inútil una limpieza de carácter político. Los expurgos, pues, se limitan en este libro a asuntos de índole religiosa, dejando en libertad las demás licencias de que tan pródigo fué don Francisco.

Así vemos íntegramente eliminado el inocente madrigal que se titula "A un bostezo", al que sin embargo hemos podido descifrar por haber empalidecido la tinta con que fueron tachados los versos. Júzguese, con la linda poesía restaurada, todo lo infinitamente pueril del criterio que dirigió el expurgo.

He aquí el madrigal:

A UN BOSTEZO

Bostezó Floris, y su mano hermosa,
cortésmente tirana y religiosa,
tres cruces de sus dedos celestiales
engastó en perlas y cerró en corales,
crucificando en labios carmesíes,
o en puertas de rubíes,
sus dedos de carmín y casta rosa.
Yo, que alumbradas de sus vivas luces
sobre claveles rojos vi tres cruces,
hurtar quise el engaste de una de ellas,
por ver si mi delito o mi fortuna
por mal o buen ladrón me diera una,
y fuera buen ladrón robando estrellas.
Mas no pudiendo hurtarlas,
y mereciendo apenas adorarlas,
divino humilladero
de toda libertad, dije: — Yo muero,
si no en cruces, por ellas, donde veo
morir virgen y mártir mi deseo.

Esto, naturalmente, se hacía con las obras impresas en el extranjero. Con las impresas en el país se era más expeditivo, pues no podían aparecer sin "licencia", y ésta no se otorgaba sin haber cortajeteado de lo lindo. Era un derecho arbitrario que todos los gobiernos de Europa se adjudicaban en aquella época, y que yo, en mis años de candidez, creía ya suprimido sobre el haz del planeta, desde que se proclamaron los derechos del hombre, etc., etc.

La humanidad se rehace no sé cada cuántos años. Está bien. Pero lo malo es que no siempre se rehace para mejorar. La humanidad se repite, estaría mucho mejor, y los hombres que la dirigen deberían formarse con el estudio de su historia un profundo tacto filosófico. Pero los hombres que gobiernan son, por lo general, ignorantes. Y de este modo el viejo error, como la materia — que dijo el poeta, — cambia de formas pero nunca muere...

LA BAKELITA, NUEVO GÉNERO DE RESINA

En la industria ha comenzado a emplearse en gran escala una resina artificial llamada bakelita. Este producto, inventado por el americano Bakleand, del cual toma su nombre, se obtiene fácilmente haciendo reaccionar el formol sobre el fenol. Las propiedades de este cuerpo son a propósito para multitud de aplicaciones técnicas. La bakelita se emplea, particularmente, en la fabricación de juguetes y objetos de adorno, a causa de su bello aspecto, que semeja el del ámbar y el carey.

Se hacen con este producto cigarreras, brazaletes, peinetas, broches, etc. Ofrece gran facilidad para trabajarlo, pues se le puede taladrar, pulir, grabar, estirar, pulverizar, aglomerar e impregnar papel con él, para hacer papel aislador.

Otros campos de aplicación se le ofrecen; por ejemplo: la impregnación de las maderas comunes para transformarlas en verdaderas maderas de lujo.

Nostalgias

Por AMALIA MARMOL



EL sentimiento de la nostalgia no es puramente el que se experimenta cuando se está ausente de la patria. En ciertos casos, a los que podríamos llamar "estados de alma", el espíritu evoca países imaginarios. Todo ser humano lleva en sí el sentimiento de una patria imaginaria. En ella, sentado a la sombra del jardín de Academus, el filósofo crea su más sabia doctrina, el poeta sus mejores versos, el músico sus más bellos poemas musicales.

Leí una vez unos versos muy hermosos, de un poeta cuyo nombre no cito por no caer en un error, en los que se adivina ese delicado sentimiento de la nostalgia por los países que jamás se han visto.

Este dulce poeta evocaba la melancolía de las regiones del Norte, donde vuelan los alciones sobre el mar, y más tarde con los países ardientes y sus tiendas nómadas, donde la vida guarda el opio del vivir...

Anatole France tiene un admirable relato que titula "El mundo desconocido". Es un recuerdo vívido de su infancia. Aparece en él guiado de la mano por la vieja aya, paseando por las calles del pueblo. Su fina curiosidad infantil le hacía suponer que detrás de aquellas humildes casas, apiñadas como un ramillete silvestre, encontraría un mundo desconocido, ese mundo desconocido que llevamos dentro y que nos parece que lo hallaremos en cualquier recodo del camino.

Sucede en casos excepcionales que una puesta del sol transforma un paisaje, haciéndolo completamente nuevo.

Este paisaje nos es conocido, tan conocido que podríamos jurar que lo hemos visto otra vez; pero, es imposible toda asociación de ideas, y todo esfuerzo mental es nulo cuando falta el origen de una realidad. Este paisaje, que brilló por un momento con un resplandor fugaz, nos ha dejado en el alma la nostalgia de recuerdos imprecisos, afectos jamás sentidos pero adivinados, palabras jamás oídas aunque familiares, música jamás escuchada, y, sin embargo, conocida. Este fenómeno no es más que un simple reflejo del paisaje interior que coloreó por un momento el cielo de la patria imaginaria.

CÓMO definir la obra de Petruccelli della Gattina y del conde de Volney? Ambos sintieron la infinita nostalgia de los pasados esplendores. No tan documentado como Renán y Strauss, la cultura histórica de Petruccelli della Gattina no es la cultura fría, rígida, de los historiadores: es la cultura honda del pensamiento que vive épocas y costumbres y crea almas. Añorar otras edades, que para el artista encierran un romanticismo que se aviene más a su temperamento, evocar ciudades muertas, antiguos esplendores, rencores viejos, y culpas absurdas que seguirán siendo culpas mientras pasan los siglos, todo eso es nostalgia. Amar el pasado y revivirlo, unirse a él por una necesidad espiritual, por un afán quizá de perfeccionamiento.

¿Cómo negar que Petruccelli della Gattina no ha sido más de una vez el héroe de su misma novela? Sus ojos han visto una tarde del mes de Thirsi la fiesta de los Tabernáculos, y la ciudad llena de extranjeros que venían de los confines de Judea, Galilea y de las ciudades griegas y romanas. Más allá el Moriah salpicado de oro bajo el manto violeta de la tarde, mientras la hora quinta sonaba en la bocina de cuerno sobre los terrados del templo, anunciando que el sábado empezaba...

Suya es esta magnífica evocación:

"Las noches de Bethlehem han resonado con la canción de David, el gemido de la bella moabita, el rugido de Saúl; su silencio incubaba los terrores de Samuel y Jeremías. En esa tumba se arrodilló Saúl, para levantarse rey. Por ese valle del Cedrón se salvó David, escapando a la rebelión de su hijo Absalón..."

Volney, junto a los muros silenciosos donde una vez resonaron los ecos de las artes y el grito de las festividades, lloró el triste destino de los mármoles abandonados que formaron sólidos palacios, de las columnas caídas que fueron el majestuoso adorno de los templos, de las galerías destruídas que rodearon las plazas públicas...

Bajo la sombra de estas sagradas ruinas se sumergió en sus profundas meditaciones. Su imaginación lo transportó a los lejanos tiempos en que esas ruinas asombraron al mundo con su esplendor. Vió concurrir al pueblo devoto que iba a llenar los deberes de su culto. Reunirse allí la industria de todos los países, donde se cambiaban los finísimos tejidos de la Cachemira, los chales que el profeta Ezequiel conoció quizá con el nombre de Choud-Choud, por los soberbios tapices de la Libia, el ámbar del Báltico por los perfumes árabes, el oro de Ofir por el estaño de Tulé.

¿Acaso ese fantasma que se le aparece en medio de su interrogación y que supone un espíritu sagrado de las ruinas, no es el fantasma gris de su pensativa nostalgia? La sed de justicia, el deseo de buscar en el pasado los males que afligen a los pueblos modernos, el porqué de aquella grandeza y poderío, la felicidad de aquellos pueblos que fueron felices en su comercio y en sus cultos, despertaron en su alma la infinita nostalgia del filósofo que sueña con una humanidad superior.

"Cuando estas comarcas disfrutaban de lo que constituye la gloria y la felicidad de los hombres — dice en su meditación, — eran pueblos infieles los que la habitaban: eran los fenicios, sacrificadores homicidas de Molok, que reunían en estos muros las riquezas de todos los climas; eran los caldeos, prosternados delante de una serpiente, que subyugaban ciudades opulentas y despojaban los palacios de los reyes y los templos de los dioses; eran los persas, adoradores del fuego, que recogían los tributos de cien naciones; eran los habitantes de esta misma ciudad, adoradores del sol y de los astros, los que elevaban tantos monumentos de prosperidad y de lujo... Ganados numerosos, campos fértiles, cosechas abundantes, todo cuanto debiera ser el precio justo de la piedad se hallaba en poder de estos idólatras; y ahora que los pueblos creyentes y santos ocupan estos sitios, todo se ha convertido en desierto y esterilidad. La tierra sólo produce espinas y abrojos bajo estas manos benditas. El hombre siembra con afanes y sólo cosecha inquietudes y lágrimas; la guerra, el hambre y la peste le acometen por todas partes. Y, sin embargo, ¿no son éstos los hijos de los profetas? Este musulmán, este cristiano, este judío, ¿no son, por ventura, los pueblos elegidos del Cielo, colmados de gracias y milagros? ¿Por qué, pues, no gozan de los mismos favores estas castas privilegiadas? ¿Por qué estas tierras santificadas con la sangre de los mártires se ven ahora privadas de los beneficios precedentes?"

De pie, absorto en la contemplación de aquellas ruinas, frente al fantasma gris que razonaba, pasó la sombra de Platón, que, sin duda, le inspiró aquellos Principios físicos de la moral que, en 1793, aparecieron con el título de "Catecismo del ciudadano francés".

HAY males que sólo son propios del país en que se ha nacido, y, por tanto, es imposible hallar para ellos medicina en tierras extrañas.

Ausias March tiene sobre esto unos versos admirables; dicen así:

"Al vizcaíno enfermo que algún día
Viene a encontrarse en tierras de Alemaña,
Ninguna medicina dar sabría
El médico alemán que no vió a España.
El español su mal conocería
Mejor que el que ha nacido en tierra extraña..."

Este es el mal de la nostalgia, y el mal de la nostalgia sólo se cura con la misma palabra de la patria. Todo médico, por sabio que sea, no podrá nunca hallar el origen del mal que abate a un extranjero.

Noticiario de arte y literatura

Por

ENRIQUE ESPINOSA

Una reforma necesaria

El concejal doctor don NICOLÁS CORONADO piensa presentar en breve al cuerpo colegiado de que forma parte un proyecto de reforma a la ordenanza sobre premios a la producción literariomunicipal.

Otra reforma importante

La Sociedad de Escritores, que preside el poeta Fernández Moreno, someterá en breve, por intermedio del diputado VÍCTOR JUAN GUILLOT un petitorio colectivo referente a la proyectada ley de propiedad literaria. También solicitará representación en los jurados nacional y municipal, representación que, en verdad, le corresponde con más derecho que a la Facultad de Filosofía y Letras.

Horacio Quiroga es considerado en Inglaterra, Francia y Estados Unidos como un Kipling argentino

En un artículo de "Les Nouvelles Littéraires" del 8 de mayo, FRANCIS DE MIOMANDRE se ocupa de lecturas francesas para los niños, y dice, textualmente: "Nous n'avons chez nous, malheuresement, ni un J. M. Barrie, ni une Selma Lagerlof, ni un Horacio Quiroga, un romancier argentin auteur d'un adorable livre *Contes de la Forêt Vierge.*"

M. de Miomandre se refiere al libro "Cuentos de la Selva" que escribió para los niños el autor de "El Salvaje". Y, a ejemplo del traductor inglés Arthur Livingston, que bautizó su versión con el nombre de "South American Jungle Tales" (Nueva York y Londres 1922-1923), el escritor parisiense llama también los "Cuentos de la Selva" de Horacio Quiroga con un título digno de Kipling.

El inventor del psicoanálisis se propone venir a Buenos Aires

En carta particular a un amigo y colega argentino, el célebre teorizador del psicoanálisis, HERR PROFESOR SIGMUND FREUD, anuncia su próximo viaje a Buenos Aires. El sabio vienés se propone dictar entre nosotros un ciclo de conferencias en castellano, si bien usando, como es su especialidad, chistes alemanes.

Una originalísima revista internacional aparecerá próximamente en la Italia de Mussolini

La antigua editorial "La Voce", fundada por Papini y Prezzolini, en Florencia, anuncia, después de un largo período de esterilidad, su mudanza a Roma y la inmediata reanudación de actividades bajo las órdenes de Curzio Malparte Suckert, uno de los más audaces teóricos de la actual política italiana. Para empezar la nueva campaña va a aparecer una revista de vanguardia, con el original título de "900". Esta publicación será dirigida por MASSIMO BONTEMPELLI, y aparecerá cuatro veces al año. El primer número verá la luz el 21 de septiembre próximo, estará redactado enteramente en francés y comprenderá la colaboración de los más originales escritores del mundo. La revista "900" será antilírica, antipsicológica, etc., y... horriblemente tendenciosa.

La "Fedra" de Gabriel D'Annunzio es representada en el Constanzi de Roma por una actriz rusa, con letra francesa y música suizoalemana

Con motivo de la primera representación en Roma de la "Phædre", musicada por Honegger y con Ida Rubinstein como protagonista, "el divino Gabriel del ojo herido" envió al director de escena el telegrama siguiente: "Habéis realizado un nuevo prodigio consiguiendo que auditores italianos acojan un gran poema itálico traducido en vuestra lengua. Con renovada admiración y reconocimiento os abrazo."

La conversión de Jean Cocteau y el éxito editorial de Santo Tomás en París

La librería Stock, de París, que inauguró, en 1922, una vidriera exposición dedicada a las obras, manuscritos y retratos de Anatole France, expone actualmente, en el mismo escaparate, con motivo de las cartas católicas de JEAN COCTEAU y Jacobo Maritan, una gran figura de Santo Tomás, pintada por Maurice Denis. Además, todas las obras referentes al tomismo. Pero en esa exhibición, que podría llamarse de los conversos, brillan por su ausencia las magníficas prosas del "More Nebuchim" o "Guía de los descarriados" de Maimónides, llamado el Aristóteles español. Moisés ben Maimún es, según Fitz Maurice-Kelly, nada menos que "padre intelectual de Alberto Magno y Santo Tomás de Aquino.

De vivir aún el viejo Anatole France en París, diría, a buen seguro, que la leyenda de Jesús se repite.

Emilio Becher es confundido con un general antibolchevique por los telegramistas de "La Nación"

El escritor español JOSÉ MARÍA SALAVERRÍA, antiguo vecino de estos barrios, acaba de publicar en Madrid, bajo el título común de "Retratos", cinco ensayos diversos sobre Regoyos, Unamuno, Baroja, Ortega y Gasset y Emilio Becher. Este último trabajo, que cierra el libro, lo intitula el escritor vasco: "Emilio Becher o el genio fracasado". Título que a través del telégrafo se convierte para los periodistas de "La Nación" en "Emilio Lechter o el general fracasado". Y, así, los informados lectores dominicales creen ahora que se trata de algún nuevo Dénikin o Peltiura refugiado en España y entrevistado por el señor Salaverría... Y a los telegramistas de "La Nación" tampoco se les ocurre pensar que Emilio Becher, como el Cid, puede ganarles batallas hasta después de muerto, mediante una simple aclaración de EL HOGAR.

Una edición anotada de las poesías líricas de Lope de Vega

La Biblioteca "La Lectura" de Madrid, que desde hace más de diez años está empeñada en una edición completa de los clásicos españoles, acaba de publicar el primer tomo de las poesías

(Continúa en la pág. 49)

Un gran aguafuertista italiano: Celestino Celestini

(Continuación de la pág. 16)

sus aguafuertes descuellan, en efecto, las inspiradas por la ciudad güelfa. "A porta Borgna", "A porta Sant'Angelo", "Case di poveri", "I bastioni", "Il Convento di San Francesco, son, cada una una maravilla de fidelidad y de ejecución. Entendámonos en esto de la fidelidad, pues se puede incurrir en la blasfemia de esos novísimos estetas, quienes afirman la superioridad de la fotografía y deducen de esa presunta superioridad la casi superfluidad del arte, sin reparar en que un caserío, un rincón de bosque, un palacio pueden ser reproducidos fidelísimamente por la fotografía, pero no nos dicen nada en su frialdad de las superficies; el arte, en cambio, seguramente menos fiel, nos revela el alma de las cosas.

Es lo que hace Celestino Celestini en sus aguafuertes: buscar, encontrar, revelar el alma de las cosas. Una torre no es, no puede ser otra cosa que una torre: ladrillos apiñados con más o menos gusto arquitectónico. Pero la torre, que no nos sugirió nada durante el día, se vuelve elocuente, risueña o trágica si un rayo de luna hace resaltar un capitel, un arco, una "bífora", y, de repente, a través de aquella visión se alegran o gimen los más lejanos recuerdos.

Llevado por sus tendencias y sus afectos, Celestini fué también a buscar los secretos del arte flamenco en las aldeas de los Países Bajos, y del arte medieval, en Bretaña; e hizo, allá también, obra de arte selectísima. Pero su alma está encadenada al centro de Italia, en las tierras que bajan al mar desde las cumbres de los Apeninos, entre el Monte Amiata y el istmo del Monte Argentario, entre el Arno y el Tíber, en la playa etrusca donde palpita aún

"...il fremito
Del mar tosco, e la terra
Dove in gran solitudine
L'ombra di Populonia e il nome sta..."

En Alemania, en Francia, las aguafuertes de Celestino Celestini gozan de la hospitalidad de los más famosos museos; y, aunque es siempre verdadero lo de que "nemo propheta in patria sua est", hasta en los museos italianos han sido acogidas. Por ser desconocido o casi desconocido el nombre de este óptimo artista italiano en la República Argentina, me pareció oportuno escribir estas líneas.

El hombre de la plancha

(Continuación de la pág. 9)

plancha, mientras que lo ayudaba a ponerse la ropa despedida:

—Ahora, afloje usted, y todo queda arreglado.

El personaje lo pensó un poco. Luego levantó las manos y se limitó a exclamar, con los ojos entornados y cierto aire de solemnidad:

—¡Lo que no quiero que sufra es mi apellido! ¡Eso es sagrado!

—Vaya tranquilo — le dijo el vigilante.

Sin embargo, aquí conviene anotar que la tranquilidad del personaje se vió en seguida alterada por una circunstancia fortuita, y fué que cuando el vigilante logró dispersar la gente aglomerada, la plancha del individuo no aparecía por ninguna parte.

El vigilante le preguntaba:

—Pero, usted, ¿dónde la dejó?

—¡Aquí! ¡Aquí! — decía el hombre, señalando con el pie.

Al final tuvo que irse sin la plancha. Cuando se retiraba, calle abajo, sacudía la cabeza, como diciendo:

—¡Buena la hago si entrego la cartera!

Y yo me quedé pensando:

—Ahora ya no cabe duda de que Montevideo es una población con temperamento.

Montevideo, julio de 1926.

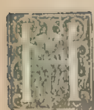


"...se la llevó a Nuestra Señora de Loreto..."

El carillon de Nuestra Señora de Loreto

Leyenda

Por JAN NERUDA



HACE cientos de años, o cerca de ellos, que vivía en el "Nuevo Mundo" (1) una pobre viuda.

¿De qué le servía ser laboriosa y económica si tenía muchos hijos?

Todos saben que el campanario de Nuestra Señora de Loreto abriga un gran número de campanas: esta viuda tenía justamente el mismo número de hijos; por eso ella los llamaba "las campanas de Nuestra Señora de Loreto".

En ese tiempo, las campanas en su atalaya no cantaban aires; se contentaban con sonar en las distintas etapas del día: las grandes daban las horas, las pequeñas los cuartos. La viuda decía que en su casa sucedía con sus campanas algo semejante: las grandes sabían esperar, pero las pequeñas reclamaban a cada instante alguna cosa.

El único tesoro de la pobre viuda era un collar hecho de piezas de plata, tantas en número como los hijos que tenía. Ella lo había recibido de su rica madrina, y lo guardaba para sus hijos; destinándoles, en recuerdo, una para cada uno de ellos.

Una epidemia sobrevino en Praga. Ella se encarnizó, sobre todo, en la gente pobre; y ésta, en su desesperación, creía que los ricos la habían causado para abatirlos. El contagio ganó, a su turno, a la familia de la viuda. El mayor de los niños cayó enfermo. La madre estaba desesperada, porque ella amaba igualmente a todos sus hijos, y no pensaba que con uno menos muchos serían los cuidados y ocupaciones que desaparecerían. Ella no podía pagar a un médico, y, por otra parte, sabía que estaban tan ocupados, que ninguno de ellos acudiría. Dos horas apenas habían corrido, y el niño se disponía a partir al otro mundo. La desgraciada madre, viendo que todos sus cuidados eran inútiles, tomó su collar de piezas, sacó la más grande, y se la llevó a Nuestra Señora de Loreto.

Un rato después, la campana más grande de Nuestra Señora de Loreto se puso a sonar: el niño acababa de apagarse...; era su toque de agonía.

En ese momento, los coches mortuorios recorrían Praga; cada casa los llenaba de cadáveres, y cuando estaban llenos, iban a vaciarlos en las fosas del cementerio.

Al día siguiente de la muerte de su hijo, la pobre viuda seguía a uno de los coches, para saber al menos en qué hoyo se posaría su tesoro.

Cuando volvió a su casa encontró a su hijo segundo, una gentil niña de cabellos claros, ya roja y ardiendo en las fiebres malas. Dos horas no habían transcurrido, cuando la madre, provista de la segunda pieza de plata, se la entregaba a Nuestra Señora de Loreto. Y fuí así cada día; las piezas eran sacadas una después de otra, y en Nuestra Señora de Loreto las campanas sonaban por orden, de acuerdo con su tamaño.

La madre estaba abrumada de desesperación; ella seguía, muda, al coche mortuorio, y regresaba del cementerio para cuidar algún otro moribundo. Su silencio fué roto por la muerte del último, del más pequeño de sus hijos, casi un niño de pecho. Cuando la campana más pequeña de Nuestra Señora de Loreto se puso a sonar, la madre creyó que su corazón iba a romperse. Ella seguía al convoy de su último hijo, y sentía que la enfermedad, a su turno, la había tocado. Se extendió en la cama en donde todos sus tesoros se habían disipado. La pobre viuda estaba acostada sin ningún socorro, sin nadie para darle ni un poco de agua. Su sola consolación era que al menos no sobreviviría mucho tiempo a sus hijos.

Una fiebre indecible quemaba su cuerpo; luego sintió que una extraña debilidad la tomaba, y que, miembro por miembro, se moría.

— ¡Ah, mis queridos hijos! — suspiraba ella. — Yo os cuidé, nadie por mí hace nada; ye he hecho sonar el toque de agonía para ustedes, ¿quién lo hará sonar por mí?

Apenas hubo acabado estas palabras, cuando todas las campanas de Nuestra Señora de Loreto se hicieron oír, y sus sonidos, de más en más potentes, se hundieron en un aire hermoso y encantador, en el que se dice los ángeles mismos cantaban.

— El alma de mis hijos — murmuraba la viuda, moribunda. Y su vida se apagó...

Es desde ese tiempo que canta el carillón de Nuestra Señora de Loreto.

(1) Barrio de Praga situado detrás de la iglesia de Nuestra Señora de Loreto.



La fotografía artística

El rincón de las palomas, en Palermo

Diversas notas del extranjero



FOTO CENTRAL PRESS

Como un estímulo para desarrollar en el pueblo inglés la afición al canto, la Asociación de Cantores de la Comunidad de Londres ha resuelto organizar, dos veces por semana, audiciones públicas de canto en las plazas de la capital, a la hora del lunch. Esta fotografía reproduce uno de esos actos, en que Mr. Godley dirige un coro de entusiastas cantores de ambos sexos en un paraje cerca de St. Martins-in-the-Fields



FOTO SPORT & GENERAL

Véase cómo en el Daly's Theatre de Londres se trata de reemplazar el servicio de "grooms" por medio de receptores de radio. La actriz londinense Miss Ivy Tresmand escucha por medio de uno de dichos aparatos la representación de "Yvonne", en que actúa de protagonista, y regula así por sí misma el momento de su entrada en escena



FOTO HENRI MANUEL

Vista del pabellón argentino que figuró en la feria de Burdeos celebrada últimamente



FOTO CONSORCI

Las hermanas Dolly, que han obtenido un gran éxito en el concurso de elegancias femeninas celebrado en el parque Las Acacias, de París



Ronda nocturna

El hombre del farol

Por BOY

Ilustración de López



CUANDO sólo tenemos cinco o seis años, la presencia de este hombre del farol, que pasa todas las noches con el farol encendido, edifica poco a poco en nuestra mente un mundo de sugestiones emocionales que luego influirá, andando el tiempo, en nuestra orientación espiritual. Lo típico del hombre del farol es que será un individuo alto y de paso lento, con botas de montar llenas de barro, ropa velluda con botones gruesos y barba un poco áspera y enmarañada. Además, cuando logremos analizarle prolijamente, notaremos que los dedos de su mano izquierda los tiene retostados por el cigarro, lo mismo que el extremo de su bigote y los pelos que le salen de la nariz.

Para nosotros, durante largo tiempo, este hombre del farol será idéntico en todos los países, en todos los pueblos, en todas las regiones, y desde la primera vez que se nos aparece lo incorporamos al repertorio de las figuras predominantes en el mundo de los sueños y de los cuentos que nos cuentan junto a la cama, especialmente durante las convalecencias. El farol, siempre colgante de este hombre, sube y baja por paredes de altos castillos, y parpadea en callejones, en sotabancos, en cuevas. Ahora es blanco, ahora es rojo, ahora es verde.

Y ahora, ¿de qué color es?

Pero nadie contesta a esta pregunta. Nuestro hermanito mayor, se ha dormido. El más pequeño, también. Manuela, la vieja criada, ha traído su colchón a rayas azules y lo ha tendido en el suelo, entre nuestras camas. En consecuencia, ha terminado el cuento de cada noche. Uno se sacude y piensa: "Ya estoy soñando". Manuela se inclina y dice:

— Duerme que es tarde, querido.

Y uno se duerme. Pero se duerme pensando que el día siguiente podrá poner en claro lo del color del farol, porque en cuanto la noche se aproxime uno se sentará a la puerta de la casa, y allí permanecerá, en acecho, hasta que pase el hombre con sus zancadas lentas y su farol colgando.

Nosotros siempre sabíamos cuando el hombre iba a pasar, por el alboroto que armaban los perros del vecindario.

— Ahí se acerca el hombre del farol — decíamos los tres corriendo hacia la calle.

Verdaderamente, no dejaba de ser curioso aquello de que los perros nunca se acostumbrasen a ver tranquilos al hombre del farol. Toda la vida viéndolo y toda la vida ladrándole. Sobre todo, los pequeños — esos perritos pequeños que se meten por entre las piernas, y que si uno los amenaza se esconden detrás de la puerta para ladrar desde allí, — armaban un escándalo en el barrio cada vez que pasaba aquel hombre. A nosotros, que sin saber por qué nos parecía que los perros debían ser amigos del hombre del farol, aquello nos dejaba algo confusos, y muchas veces le preguntábamos a Manuela:

— ¿Por qué le ladrarán?

Pero Manuela no nos contestaba, o lo hacía de un modo vago y poco satisfactorio. Parecía que la vieja criada mostraba cierto interés en mantener rodeado de misterio para nosotros todo cuanto se relacionaba con la existencia del hombre del farol, tal vez porque aquel respeto que nos infundía le servía a ella para disciplinarnos en algunos momentos de rebelión doméstica. A causa de esto, nunca pudimos tener conocimiento de la función específica del hombre del farol. Sabíamos lo que hacía el herrero, lo que hacía el carpintero, lo que hacía el hojalatero, y hasta lo que hacía otro sujeto también un poco misterioso, que solía pasar con un gato metido en una bolsa; pero lo que hacía el hombre del farol, no lo supimos jamás.

MANUELA solía decirnos:

Anda buscando a los chicos que se quedan dormidos por los rincones.

Nosotros no queríamos creerlo. Nos mirábamos los tres, y había uno que exclamaba:

— ¡Qué paparrucha!

En el fondo, sin embargo, no estábamos muy seguros de que el hombre del farol no busca lo que Manuela nos decía. Al fin y al cabo, pensábamos que si un hombre anda con un farol es porque busca algo, y que si aquél no buscaba a los niños que se quedan dormidos por los rincones, ¿qué iba a buscar entonces? Pero cuando el problema se complicaba para nosotros y adquiría cierto fondo enigmáticamente obscuro y tenebroso era cuando nos poníamos a discurrir sobre lo que el hombre del farol haría con los niños que encontrase. Un día nos confabulamos para saberlo de una vez.

— Te atreverías a preguntárselo?

¿A quién? ¿Al hombre?

— Sí.

— Como ustedes se atrevan, me atrevo yo.

— ¿Vamos a preguntárselo esta noche?

— Bueno, vamos.

Nos pusimos a imaginar el episodio. Uno dijo de pronto:

— Falta una cosa.

— ¿Qué?

— ¿Cómo se lo preguntamos?

— Los tres a un tiempo, agarrados de la mano.

— Sí, pero, ¿qué le decimos?

— Primero lo llamamos: "Oiga, señor." Entonces se parará con el farol. "¿Es verdad lo que dice esta mujer?" Manuela estará sentada junto a la puerta.

Ensayamos la escena varias veces, y nos pareció muy bien. Pero aquella noche, cuando las botas del personaje empezaron a sonar en las baldosas, entre ladridos de perros, y a poco apareció con el farol dando zancadas, su figura nos resultó más imponente que nunca, y los tres nos quedamos como petrificados, pegaditos a la faldas de Manuela. Manuela dijo al verlo:

— ¡Pobre hombre! Tiene una hija que se le está muriendo.

ESTUVO varias noches sin pasar. De pronto se oyó decir que al hombre del farol se le había muerto la hija. Nosotros nos lo imaginábamos en el entierro, caminando detrás del carro fúnebre, con sus enormes botas de montar y su farol colgando de la mano. Nos parecía que debía de haber cambiado, y lo esperábamos al anochecer, llenos de curiosidad. ¿Cómo se habría quedado el hombre del farol? ¿Cuándo volvería a pasar? ¿Caminaría como antes? ¿Le ladrarían todavía los perros?

Yo recuerdo que esta idea nos contrariaba mucho. Pero la noche en que los pasos del hombre del farol sonaron nuevamente en las baldosas, los perros del vecindario guardaron un silencio sepulcral. Nosotros lo seguimos hasta la esquina, fijándonos en él minuciosamente, y regresamos haciendo comentarios sobre el tamaño del pañuelo negro que llevaba anudado bajo la barba. Comprobamos, además, que le habíamos perdido todo el miedo. Todo.

Era como si en nuestra alma hubiese fulgurado la seguridad de que un hombre que pierde su hija no puede hacer nada malo con los chicos que se quedan dormidos por los rincones.

¡Ah, no!

Montevideo, julio de 1926.



"...Lo típico del hombre del farol es que era un individuo alto y de paso lento..."

Notas de la semana

VISITA OFICIAL A UNA ESCUELA DE ARTES Y OFICIOS





El día 26 del mes pasado se inauguraron, con asistencia del señor ministro de Instrucción Pública, doctor Sagarna; del intendente municipal, doctor Casco; algunos miembros del Concejo Deliberante y un selecto número de invitados, las clases de las escuelas de artes y oficios "Lorenzo Raggio" y "María Celle de Raggio", establecidas en esta capital, de cuyo moderno establecimiento reproducen estas fotografías las clases de tejidos y de carpintería, en el día de su inauguración



FOTO CABADA

La clase de escultura de la referida escuela, en el acto de ser visitada por el ministro doctor Sagarna, las autoridades municipales y algunos invitados

EXPOSICIÓN DE ARTE



"Inspiración"



FOTO WITCOMB

El pintor cordobés Miguel Ángel Álvarez, que inaugurará el día 23 del corriente, en el salón Witcomb, su primera exposición de cuadros, y a quien pertenecen las dos adjuntas reproducciones



"La vuelta de los campos"

Las actrices bonitas



FOTO F. BIXIO Y CÍA.

Nilda Duplessy, dama joven de la compañía francesa que actúa en el teatro Cervantes

De la capital y del exterior

CAPITAL



Recepción ofrecida el 16 del mes pasado en los salones del Plaza Hotel por el encargado de negocios del Perú, don Emilio del Solar, con motivo de ausentarse para Europa, y a cuyo acto concurrieron el ministro de Relaciones Exteriores, doctor Gallardo, y otras personalidades de nuestro mundo diplomático



Señorita Martha Bosch Pagés y señor Saturnino Zemborain (hijo), cuyo enlace fué bendecido el 1º del mes pasado

ASUNCIÓN DEL PARAGUAY



FOTO MAS

Los estudiantes del Colegio Nacional reunidos en una asamblea en que decretaron la huelga general como protesta contra un profesor del establecimiento

MONTEVIDEO



FOTO ADAMI

El doctor Juan Carlos Garay, pronunciando una conferencia en el Centro Gallego

MONTEVIDEO



Parte de la concurrencia femenina al baile celebrado en los salones del Club Francés, festejando la fecha patriótica del 14 de Julio



FOTO ADAMI

La educacionista española, doctora Maeztu, dando, en la Universidad, una conferencia sobre el tema "Problemas actuales de educación"

Nuestro gran mundo

Niñas presentadas recientemente en sociedad



FOTO VAN RIEL
Señorita Martha Bosch Alvear



Señorita Magdalena Bosch Alvear
FOTO VAN RIEL



Señorita Susana Bosch Alvear
FOTO VAN RIEL

Las últimas novedades del mundo cinematógrafico



El director cinematográfico Edmund Goulding y la conocida actriz Norma Shearer acompañados por las Sras. Bearing y Loughborough, visitando a Hollywood

FOTO METRO-GOLDWYN-MAYER



FOTO METRO-GOLDWYN-MAYER

Uno de los momentos de "Madame Sans Gene" en que entra mayor número de personajes, dando al conjunto un bonito efecto escénico

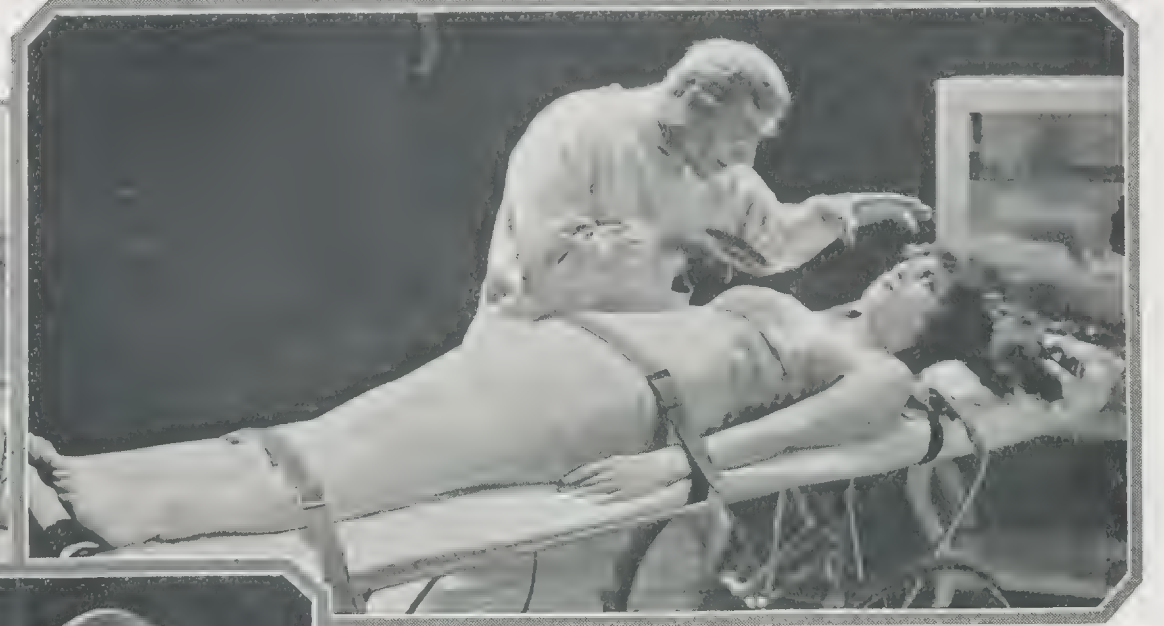


FOTO METRO-GOLDWYN-MAYER

Lon Chaney y Gertrude Olmsted en "El Monstruo", película del Programa Extra, que nuestros aficionados a los espectáculos cinematográficos podrán apreciar en breve



FOTO METRO-GOLDWYN-MAYER

Norma Shearer, en una escena de "Su Secretaria", una de las últimas películas de la Metro-Goldwyn-Mayer



FOTO METRO-GOLDWYN-MAYER

La misma actriz, Norma Shearer, en otra parte de su última producción, "Su Secretaria". Será estrenada en breve entre nosotros



Otra pose de Gertrude Olmsted, la protagonista de "El Monstruo"

FOTO METRO-GOLDWYN-MAYER



FOTO H. N.

Una escena del "film" "En la cuerda floja" en que aparecen Johnny Hines y Mildred Ryan, quienes tienen a su cargo los papeles principales en la mencionada producción estrenada hace poco



William Fairbanks y Virginia Lee Corbin en una escena de "Tan galán como valiente", que ha sido pasada recientemente por nuestras pantallas

FOTO H. N.



FOTO METRO-GOLDWYN-MAYER

Tal es la popularidad de que goza Ramón Novarro en todo el mundo, que una joven de diez y seis años, Gladys Chilcott, de Nueva Zelandia, impresionada por la interpretación del conocido actor en la película "Scaramouche", ha dibujado su retrato, enviándoselo a Los Angeles, donde causó mucha sorpresa a Novarro, a quien vemos aquí contemplándolo



FOTO PARAMOUNT

Gloria Swanson y Warwick Ward, los dos protagonistas de la película "Madame Sans Gene", que recientemente fué dada a conocer en nuestros salones por la Compañía Paramount



FOTO METRO-GOLDWYN-MAYER

Joyce Coad, una niña sueca, que ha sido adoptada por la conocida actriz de la pantalla Lillian Gish, a quien se ve con su protegida en esta fotografía. La pequeña Joyce Coad interpretó recientemente un papel infantil en una película con Lillian Gish



FOTO FIRST NATIONAL PICTURES

Pertenece esta escena a la producción cinematográfica "La Parisienne", de la que es protagonista Constance Talmadge, famosa intérprete de la Compañía First National, acompañada en su labor por Ronald Colman

De las provincias

NOTAS SOCIALES Y ARTÍSTICAS DE TUCUMÁN





FOTO MARTIN

Varios grupos, tomados en los intervalos del baile de El Círculo, que se celebró el 14 de julio festejando la conmemoración patriótica francesa



FOTO MARTIN

Una escena del segundo acto de la ópera incaica "Corimayo", del maestro tucumano Enrique M. Cassella, con libreto del doctor Luis Pascarella, que se estrenó con éxito el día 15 del mes pasado en el teatro Alberdi



FOTO MARTIN

Señorita María Lelia Posse y mayor Luis J. Berard, cuyo enlace fué bendecido recientemente

DE QUILMES. — ACTUALIDAD SOCIAL Y DEPORTIVA



Después de la danza de los faroles, en el gran baile que se realizó en el salón de la Municipalidad, patrocinado por la sociedad El Círculo



El equipo "Blancos", del Club Atlético Quilmes, recientemente constituído



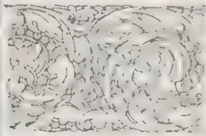
FOTO DE LA FUENTE

Equipo "Azules", constituído por socios del mismo club atlético

Informaciones diversas

DE LA VIDA SOCIAL METROPOLITANA









Señorita Teodolina Lezica Alvear y señor Fernando Carabassa, al salir del templo el día en que fué bendecido su enlace

FOTO CAB DA

Señorita Ernestina Fernández Górgolas y señor Jack S. Taylor, cuyo enlace fué bendecido recientemente en esta capital

ACTUALIDADES DE MONTEVIDEO



Enlace Acosta y Lara - Piñeyrúa Saavedra



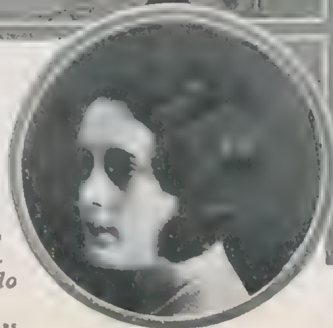
Grupo de concurrentes al acto de la inauguración del nuevo local de la Sociedad Odontológica del Uruguay



FOTO ADAMI

Enlace Barriere-Castellanos Villarnobo

SAN JUAN



Señorita Amelia Segovia, que contrajo enlace el 19 de julio con el señor Fernando Dupuy de Lome

FOTO ARS

El chic femenino

Otra vez los pantalones







FOTO HENRI MANUEL

La gran novedad en materia de chic femenino está constituída por un ceñido pantalón que hace juego con el vestido, y que cubre totalmente la rodilla

Tal como queda el nuevo pantalón con la figura de pie

FOTO HENRI MANUEL



FOTO HENRI MANUEL

Otro interesante modelo de pollera pantalón, en crepe de Chine, con broderies cabochons oro viejo





Un detalle de la última novedad parisiense, cuyo éxito será muy discutible entre nosotros

FOTO HENRI MANUEL



En todas las colecciones se ve triunfar la suprema elegancia de las capas

Por BIJOU



CUAL un eco de las elegancias transoceánicas, en nuestros centros de distinción cada vez se hace más popular la boga de las capas. Por una paradojal tendencia de la moda, en pleno invierno, cuando la niebla y la humedad nos envuelven con sus frías caricias y el asfalto reluce cual un mar misterioso, hacen su aparición los graciosos trajes ligeros, los rientes sombreritos, los tules, los encajes; en cambio, cuando el sol nos inunda con sus rayos implacables, el capricho del hada poderosa dispone que sean los terciopelos, las sedas profundas y las pieles las que hagan su aparición, junto con las mil galas más de los días invernales. Es así cómo los grandes modistos, interpretando quizá una innovación parisiense, ya en los meses estivales preconizaron el triunfo de esa capa suntuosa y señorial que hoy, en plena boga, vive un momento de esplendor, que la resarce ampliamente del olvido en que por un tiempo fué tenida.

Encantador complemento de las elegancias femeninas, esa prenda se lleva por la mañana, por la tarde, por la noche; se ve en todas partes, de terciopelo, de taffetas, de broche, de lamé, de telas escocesas, de telas dégradées, de granité; en todas partes se la ve brillar recamada de strass, lentejuelas, perlas y cristal, que rutilan su fondo, haciéndola adquirir magnificencia y belleza.

Interpretada en los estilos más diversos, la mujer no resiste a la sugerente elegancia de sus pliegues envolventes y acariciadores, que definen la silueta sin imprimirle rigidez. Las telas empleadas son de una encantadora flexibilidad, que da prestancia a la figura sin restar ni un átomo a su gracia natural. En cuanto a sus coloridos, la moda los acepta todos, a condición de que armonicen entre sí y con las tonalidades de la toilette.

La capa tiene, por otra parte, un mérito que ninguna otra gala femenina puede discutirle: es su adaptabilidad a todas las siluetas. Toda mujer, sea alta o baja, gruesa o delgada, puede lucirla, para subrayar su propia hermosura y contribuir a la estética del ambiente.

Las capas de hoy se caracterizan por sus formas originales, que determinan un gracioso movimiento de amplitud, pero respetando siempre la esbeltez de la silueta. Para acompañar a los trajes de gran vestir se han hecho realmente imprescindibles.

Vestidos maravillosamente graciosos, salpicados de joyas chispeantes y cuajados de pailletes, hacen resaltar su hermosa suntuosidad bajo capas de lamé con incrustaciones de terciopelo, o bajo capas de broché o de taffetas adornadas de strass, lentejuelas, perlas. Los flecos de efectos dégradés figuran también entre sus adornos más preciados. Algunos modelos, fruncidos en torno a los hombros, son rectos y amplios.

En las horas de la tarde, esa prenda, que la moda nos brinda con todos sus favores, tiene un papel destacadísimo. Se combina con los vestidos, formando

(Continúa en la pág. 52)



Tapado capa de cibelina, cuya mayor originalidad consiste en los bordes irregulares de la capa



Elegante capa para la noche, de terciopelo verde forrado de lamé. Un gran cuello de piel contribuye a su belleza



Capa de taffetas con frunces. Su suntuosidad aparece realzada por un regio cuello de piel de zorro


No. 4711.

De Francia

MONUMENTO A CHOPIN


FOTO HENRI MANUEL

Dentro de pocas semanas será inaugurado en Varsovia un monumento a Chopin, obra del escultor Szymanowski, vaciado recientemente en París por el fundidor Barbedienne. En esta fotografía se ve al escultor al pie del monumento, que afecta la forma de un arpa, con la figura del famoso compositor y un sauce con las ramas inclinadas

FIESTA DE ARTISTAS EN SAINT-HONORÉ


FOTO MARIRUS

En los establecimientos comerciales de la antigua puerta de Saint-Honoré se efectuó el día 18 de mayo último la venta pública de mercaderías realizadas por las principales "vedettes" y artistas de "music-hall" y cinematógrafo de París, a beneficio de la caja de seguros de la Unión de los artistas. Estas fotografías reproducen escenas de dicha venta



Alrededor de un Chopin ignorado

(Continuación de la pág. 12)

Hizo rápida carrera en el gran mundo, según algunos. Difícil es separar en esto. como en otros detalles de su vida, la verdad de la leyenda.

Karasowski cuenta que después de dar un concierto, el 26 de febrero de 1832, le sobrecogió tal desaliento que pensó emigrar a América, como hacían muchos jóvenes polacos de su tiempo. Sus padres opusiéronse a este viaje, y le indicaron permaneciera en París o volviera a Varsovia.

Toda esta historia parece haber sido inventada, agregándose que el día mismo en que Chopin se proponía salir de París encontró al príncipe Valentín Radziwill que le llevó a casa de los Rothschild.

"En los brillantes salones del rey de la Bolsa — escribe Karasowski, — el artista a quien toda esperanza había sido negada, halló reunida la alta categoría de París.

"Rogado por la dueña de casa, Chopin sentóse al piano y ejecutó como nunca lo había hecho. A partir de ese momento cambió su situación como por encanto. El porvenir le sonrió de nuevo y el sol brilló en su horizonte. Durante la velada recibió muchas solicitudes para dar lecciones en las mejores familias, con lo cual cambió su situación económica y ya no necesitó que la familia le enviara recursos."

Tal vez esta narración sea puramente novelesca, pero es indudable que Chopin fué recibido y mimado por las clases elevadas de París.

En una de sus cartas al amigo Dziewanowski, dice:

"Frecuento la alta sociedad, mezclándome con embajadores, príncipes y ministros.

"Ignoro cómo lo he conseguido sin habérmelo propuesto ni un segundo. Actualmente, constituye una necesidad para mí, puesto que de ese medio sale el buen gusto.

"Se nos atribuye más talento después de oírnos en una "soirée" del embajador de Inglaterra o de Austria, y la ejecución mejora si se cuenta con la protección de la princesa Vaudemont."

Berlioz ha trazado un bonito retrato de Chopin en el gran mundo:

"Un reducido círculo de auditores selectos, entre los cuales estaba seguro, existía el deseo real de oírle, podía solamente impulsarle a sentarse al piano. ¡Cuánta emoción despertaba entonces! ¡En qué ardientes y melancólicos sueños sabía desdoblar su alma! Generalmente, esperaba medianoche para librarse a su inspiración, cuando las grandes mariposas del salón habían desaparecido..., cuando se estaba fatigado de la prosa. Entonces, obedeciendo a la muda plegaria de algunas inteligencias exquisitas, se convertía en poeta y cantaba amores de los héroes de ensueño, las alegrías caballerescas y los dolores de la patria ausente..."

George Sand finaliza el cuadro, diciendo:

"Era por excelencia un hombre de mundo, pero de mundo íntimo, reducido, de salón de veinte personas, de la hora en que la muchedumbre se aleja y unos pocos "habitués" se congregan a su alrededor para arrancarle, con amables importunidades, lo más puro de su inspiración. Entonces daba todo su genio, todo su talento. Entonces también, después de sumergir a los oyentes en recogimiento de profunda tristeza, dábase vuelta repentinamente como para borrar la impresión de amargura, se miraba a hurtadillas en un espejo, arreglaba su cabello y su corbata, para mostrarse súbitamente transformado en flemático inglés, en viejo impertinente, en inglés sentimental y ridículo o en sórdido judío... Todas estas cosas sublimes, encantadoras y originales le hacían alma de la sociedad de elección."

PARA aumentar los recursos familiares, el padre de Chopin tomaba alumnos en su casa. Como pupilos estuvieron Antonio, Casimiro y Félix Wodzinski, quienes tenían una hermanita, llamada María, que solía visitarlos

(Continúa en la pág. 58.)

Cuidado con la tos

Cada acceso de tos es un aviso, un llamado que Vd. no debe desoír si no quiere que el mal sea irremediable. Las afecciones de la vías respiratorias son todas benignas en sus comienzos; de aquí que las más de las veces no nos preocupan, ignorantes de que pronto toman proporciones y ponen en serio peligro al más fuerte organismo.

Para curarlos conocemos, por fortuna, el tomillo erytroso, remedio casero alemán, cuya eficacia nunca ha defraudado a nadie, uniendo a ello la ventaja de ser completamente inofensivo para el más delicado organismo y de muy grato sabor a todos los paladares. Como complemento de este tratamiento se recomiendas las pastillas de tomillo erytroso, que mantienen la acción curativa del producto en la calle, en la oficina, viajes, etc. Ambos productos se pueden obtener en cualquier farmacia.

NO SE DESCUIDE UD.

Los varios síntomas de una condición debilitada que toda persona reconoce en sí misma, es una advertencia que por ningún concepto debería pasar desapercibida, pues de otra manera los gérmenes de enfermedad tomarán incremento con gran peligro de fatales consecuencias. Los gérmenes de la tisis pueden ser absorbidos por los pulmones a cualquiera hora echando raíces y multiplicándose, a no ser que el sistema sea alimentado hasta cierto punto que le facilite resistir sus ataques. La **PREPARACION de WAMPOLE** que contiene una solución de un extracto que se obtiene de Hígados Puros de Bacalao, combinados con Jarabe de Hipofosfitos Compuesto y Extracto Flúido de Cerezo Silvestre, fortifica el sistema contra todos los cambios de temperatura, que producen invariablemente Tos, Catarro, Asma, Bronquitis, Pulmonía, Influenza, Gripe, Tisis y todas las enfermedades emanadas por debilidad de los pulmones y constitución raquítica. Tomada a tiempo, fortalece el organismo para que no adquiera la tisis. El Dr. Guillermo F. Lucas, Ex-interno de los Hospitales de Clínicas y San Roque, de Buenos Aires, dice: "Certifico haber utilizado la Preparación de Wampole y creo es una preparación eficaz y agradable, con éxito seguro en su empleo." Es tan sabrosa como la miel y no importa qué clase de tratamiento haya tenido mal éxito en el caso de Ud., no se desespere hasta que la haya probado. Basta una botella para convencerse. La original y genuina Preparación de Wampole, es hecha solamente por Henry K. Wampole & Cía., Inc., de Filadelfia, E. U. de A., y lleva la firma de la casa y marca de fábrica. Cualquier otra preparación análoga, no importa por quien esté hecha, es una imitación de dudoso valor. De venta en todas las Boticas.

El capitán Nemo, el héroe de Julio Verne

UNA noticia estupenda corre por todo el mundo naval. En distintos mares casi a la vez, tan pronto junto a las costas de Europa como en la inmesidad del Pacífico, se ha visto una cosa inexplicable, un ser extraño que resplandece de noche y sopla como un cetáceo de día, que nada con rapidez vertiginosa y hiende con fuerza terrible las planchas de blindaje de los grandes transatlánticos. Los marinos, los periodistas y los sabios discuten acaloradamente sobre lo que aquello pueda ser; unos pretenden que se trata de una isla flotante, otros que es un cetáceo de especie desconocida, algunos lo consideran como un pulpo gigantesco, descendiente del legendario Kraken...



Al fin, uno de los naturalistas encargados de determinar la especie a que aquel monstruo extraordinario pertenece, va a parar encima del monstruo mismo, y, por suerte o por desgracia, penetra dentro de él y ve que el monstruo es de acero y encierra potentes máquinas, porque el cetáceo misterioso, el temible Kraken, no es sino un buque submarino, el submarino del capitán Nemo.

¡El capitán Nemo! ¿Quién que haya leído su historia (y todos la hemos leído alguna vez) no recuerda su figura arrogante, su rostro melancólico a la vez que enérgico, su carácter tan pronto sentimental como terriblemente iracundo? ¿A quién no le trae a la imaginación su nombre negativo brisa marina, y olor de algas, y destellos de noctílucos, y colores encendidos de coral y de actinias, amortiguados por la penumbra verdosa de las grandes profundidades?

Impenetrable, misterioso, como el barco singular en que voluntariamente se ha desterrado, el capitán Nemo es un hombre reñido con los hombres, un ser para quien la vida en tierra firme es imposible e insoportable. Él mismo se llama un miembro de la raza de los oprimidos, un habitante del mundo de los muertos. Su pecho encierra un secreto, el recuerdo de un pasado espantoso que quiere olvidar con el espectáculo de la magia sorprendente que oculta al fondo de los mares.

El sabio que ha caído en el submarino como por milagro, no se cuida de averiguar el secreto del extraordinario personaje. Naturalista al fin, le interesan mucho más las madréporas y las medusas, las anémonas de mar y los pulpos, los escualos y los torpedos, los grandes cetáceos y los deformes crustáceos, que pasan ante su vista durante aquel recorrido fantástico de veinte mil leguas por el fondo del mar. Para él el capitán Nemo no es más que un carcelero; en todo caso, un carcelero atento y educado que le muestra complaciente las mil maravillas que rodean la cárcel, pero un carcelero al fin.

Y el sabio, en cuanto puede, burla su vigilancia y huye de la flotante prisión.

Pero no importa. El secreto se resuelve por sí solo allá en el fondo de un volcán apagado de una isla misteriosa.

El capitán Nemo, el indio culto, europeizado, a quien los enemigos de su raza arrancaron pedazos del alma en lo que más quería en el mundo, agoniza en su submarino, después de haber sepultado a sus hombres, uno a uno, en el poético cementerio de coral. Y al morir, él mismo piensa si no habrá llevado su odio y su venganza demasiado lejos.

Viniendo a cuentas, ¿conocía ya este secreto el novelista cuando creó el tipo del misterioso capitán? ¿Había pensado ya entonces los hechos que habían de justificar su amor al misterio y sus deseos de destrucción y de venganza? Probablemente, no. Por lo menos, la historia del capitán, tal como se cuenta en "La isla misteriosa", no satisface a los que trabaron conocimiento con el héroe en "Veinte mil leguas de viaje submarino".

Pero de todas maneras, el capitán Nemo es uno de los más grandes héroes de la fantasía, y al concebir su figura enigmática, Julio Verne creó un genio, que se adelantó a su época en dos cosas que hoy nos parecen casi familiares.

El capitán Nemo es el verdadero inventor del submarino.

El extraño propietario del "Nautilus" es el primer cultivador de esa ciencia que hoy protegen príncipes y sabios y que se llama oceanografía.

Noticiario de arte y literatura

(Continuación de la pág. 27)

líricas de Lope de Vega con prólogo y notas de José F. Montesinos. El estudio del señor Montesinos está dedicado a don Américo Castro.

"What o' Clock" se llama el libro póstumo de la célebre poetisa americana Amy Lowell

Con motivo de cumplirse el primer aniversario de la muerte de Amy Lowell, la genial poetisa neoyorquina que murió en Brooklyn, donde había nacido el 9 de febrero de 1874, se han publicado en volumen sus versos póstumos. Amy Lowell era la creadora y jefe de la escuela imaginista y el más alto valor de la lírica americana de su generación.

Carlitos Chaplin antes y después de la guerra

El notable cinematografista JEAN EPSTEIN publicará próximamente en París un libro titulado mitológicamente "El cinematógrafo visto desde el Etna". La obra de Jean Epstein contendrá entre otros estudios uno dedicado a Carlitos Chaplin, antes y después de la guerra. División exactísima porque, en verdad, los europeos comprendieron que Carlitos era un genial humorista sólo después de ver lo que hacían por la civilización los personajes serios de la gran tragedia mundial. En Nueva York el famoso autor de "España virgen", Mr. Waldo Frank se adelantó en tal sentido con un magnífico ensayo que figura ahora en su libro "Salvos". Pero Waldo Frank es también un precursor en muchos otros puntos de vista.

Al cine yanqui le interesa una vigorosa novela de la vida chilena

Una empresa filmadora de Estados Unidos acaba de adquirir a precio de oro los derechos para adaptar al cinematógrafo las vigorosas escenas de la novela titulada "Montaña Adentro", de que es autora la señorita MARTA BRUNET, uno de los valores más importantes de la literatura chilena contemporánea.

Las obras completas de Gabriel Miró serán editadas por la Biblioteca Nueva de Madrid

La "Biblioteca Nueva" de Madrid ha iniciado la publicación de las obras completas de GABRIEL MIRÓ. He aquí el orden en que serán editados los libros del exquisito novelista español:

I "Del vivir", II "La novela de mi amigo", III "Las cerezas del cementerio", IV "Dos novelas", V "El abuelo

(Continúa en la pág. 52)

damente, el ilustre artista era modesto, y no consintió en que por su culpa pesasen sobre el erario municipal gastos imprevistos y además superfluos. Eso sí, pidió que le pusiesen en relaciones con las principales familias del lugar, y como entre ellas se incluía siempre a la de Gabrielito, he aquí por dónde entabló amistad con un grande hombre el barbilimpio pensador.

Una tarde, después de varias disquisiciones de índole vulgar, en las cuales estuvo Gabrielito muy oportuno, disparóle el otro a quemarropa la siguiente pregunta:

—¿Y qué opina usted del mundo, mi joven amigo?

Gabrielito se puso pálido, abrió la boca y no atinó a contestar. ¡Qué iba a saber del mundo aquel pobre muchacho! De X... sí que sabía mucho, quizá demasiado; pero del mundo... ¡Ay! X... no era el mundo, era un puntito casi imperceptible perdido entre los vericuetos de la provincia. El mundo era otra cosa, de la que podía dar una idea aproximada aquella otra cima lejana que con el horizonte se confundía.

Gabrielito habló de ella, y el novelador invitóle a subir a contemplarla. Aquel día estaba el cielo limpísimo, transparente, y lo que otras veces parecía una nube, mostraba entonces las líneas perfectamente apreciables de una montaña real. En su falda, no apoyándose, sino sosteniéndola, estaba la capital del país, la urbe todopoderosa, una reducción fotográfica del mundo.

—¡Ah, si usted supiese lo que es aquello! — exclamó el señor del Molar con un magnífico gesto de comediante. Allí, allí se vive, allí se padece la fiebre de la vida, con sus ratos de estúpido decrecimiento y sus horas de radiante delirio. La tranquilidad de estos sitios es allí cosa anormal, inverosímil, y las gentes se ponen tristes y temerosas el día que no ambicionan nada, el día que no luchan, que no se queman en la fiebre general. La carrera es loca, impía, cruel; pero el premio lo indemniza, lo justifica todo. ¡Ah, qué premio! El cielo en la tierra.

Gabrielito soñaba despierto. Aquella noche soñó dormido y entrambos sueños lo transformaron.

IV

ESTOY muy triste, Gabrielito. Se me figura que esa enorme población te va a tragar o a dejarte por lo menos cojo o manco. No sé qué demonio, maldito, te inspiró la idea de salir de X..., y meterte en estos trotes de escribir libros y echar discursos, que después de todo no te servirán de nada, porque tú no eres entrometido ni audaz, y me da el corazón que estas dos cosas son imprescindibles para conseguir lo que deseas. Eres un tonto si te figuras que la laboriosidad y la buena fe son armas bien templadas, ni siquiera armas son, y estoy viendo que van a pasar todos sobre ti, pisoteándote a su gusto para quitarse de encima un competidor. Sí, Gabrielito de mis culpas, te hablo llena de amor y de lástima. No es que te quiera para mí sola, ni que tema el olvido de la promesa que me hiciste... Es que me causas mucha pena, como me la causan los pobres cieguecitos que no saben dónde ponen el pie y a lo mejor lo ponen en el vacío y se estrellan. Como soy mujer, me negarás competencia en estos asuntos... Claro está. ¡Qué sabemos nosotras de esas luchas por la gloria! Nada, ¿verdad? Pues, mira, estoy conforme. Carezco de competencia para darte consejos, no entiendo nada de la lucha en que te has metido; pero presiento que saldrás derrotado. En esto de presentir somos maestras las mujeres, y cuanto más enamoradas, más maestras.—Tu *Lola*."

V

REGRESÓ Gabrielito a X..., no vencido precisamente, pero sí muy cansado. Tenía el rostro cejijunto y sombrío, impresas en él las huellas de la terrible fiebre, que agosta las mejillas, quema los labios y dobla la espalda. Sus manos temblaban y sus piernas no podían estarse quietas, síntomas ambos de grande excitación nerviosa; y al hablar, brillábanle inquietos los ojos, como acostumbrados a la perenne investigación, al azoramiento y al recelo. No eran ya los ojos del hombre fuerte, tranquilo y satisfecho siempre de sí mismo, sin locas ambiciones ni sueños de grandeza... Gabrielito se había transformado. ¡Oh, la urbe todopoderosa!

Entre dos cimas

(Continuación de la pág. 17)

Cuando entró en su casa y sentóse en el antiguo comedor, cerca del hogar, en el que ardía un verdadero montón de leña, cuéntase que suspiró larga y profundamente, y respondió a las preguntas de su padre con estas frases amarguísimas:

—Sí, tiene usted razón; aquí se vive muy bien, envidiablemente bien; pero una vez empezada la lucha hay que proseguirla hasta vencer. ¡Ay de los que se retiran a mitad de la jornada!

La dulce Lola oyó también estas palabras, y no pudo por menos de estremecerse de frío y de terror. ¿Para qué suicidarse cuando tan risueña y apacible existencia le brindaba el humilde X..., con su eterna y simbólica primavera? Luego que cedieron el terror y el frío, surgió en su lugar un alto anhelo, el de salvar a Gabrielito, convirtiéndolo de nuevo a la vida de campo, echándolo otra vez en los brazos amantes de la Naturaleza, principio y fin de la belleza y la felicidad. Y aquella misma tarde lo llevó de paseo, no a la tentadora meseta desde la cual se veía el mundo, sino al valle, donde los hombres trabajaban la tierra y los árboles daban sus mejores frutos.

Sentáronse a la sombra de un castaño secular. A pocos pasos, cantaba un arroyo su eterna y dormilona canción; más lejos, chirriaba una noria; a la derecha, laboraban pacientemente dos yuntas; a la izquierda, dormía un rebaño de cabras. Todo era paz sobre aquel rincón del planeta, la paz de la dicha y del sosiego. Vivamos en reposo y viviremos bien... Pero Gabrielito seguía soñando, indiferente y mudo ante la plácida hermosura del paisaje... Al cabo de un rato se levantó sin decir palabra, y emprendieron juntos el regreso al pueblo.

Después, durante varios días, viósele seguir humildemente a Lola, dejándose llevar por ella a cuantos sitios se proponía, y empezando a participar poco a poco de su admiración por aquellas perspectivas lozanas, en las cuales se iba prolongando la vida con ardorosos y sucesivos rejuvenecimientos. Quedábase ensimismado a ratos, y de pronto rompía a charlar sin tino, lleno de alborozo, pegado a Lola, que parecía simbolizar en aquellos instantes a la Ventura encarnada en el Amor, con los ojos deslumbradores y los rojos labios ofreciendo mieles sin cuento.

Y vean ustedes cómo ocurren las grandes conversiones: Una pareja de palomas, cosa sencillísima y vulgar, acabó con las dudas de Gabrielito y sus peligrosos volatines en la cuerda floja de la vacilación. Sin duda debió ver algo sublime en aquel idilio al aire libre, por cuanto alzándose brioso y decidido, exclamó así ante la estupefacta Lolita:

—Abrázame, muchacha. Has triunfado. Entre las dos cimas, me quedo con ésta, menos elevada, pero sin tempestades.

En todas las colecciones se ve triunfar la suprema elegancia de las capas

(Continuación de la pág. 44)

conjuntos llenos de graciosa elegancia. Tantas son las simpatías de que gozan, que muchas elegantes renuncian a sus abrigos de pieles para adoptar las capas abrigos, que son realizadas en terciopelo inglés o lanas. Algunas elegantes aceptan la combinación de un abrigo liso y una capita de tela escocesa.

Lo único que en verdad diferencia a éstas de las reservadas para circunstancias de mayor solemnidad son las telas y los adornos.

En los campos deportivos la capa ha substituído a los abrigos. Se ven muchos modelos en telas escocesas, que se sujetan por medio de bridas que se atan adelante.

La boga de las capas es, pues, general. Y no sólo se refiere a esas prendas independientes en las que las mujeres se envuelven con un gesto encantador, sino que también a esas capitas colgantes, que hacen juego con el abrigo, al que se sujetan mediante botones.

Antes de finalizar esta crónica nos permitimos llamar la atención de nuestras gentiles lectoras sobre los modelos que les presentamos, seguros de que tendrán la virtud de interesarlas, no sólo por su originalidad, sino también por su elegancia.

Uno es de terciopelo verde, forrado de lamé, con un gran cuello de piel; otro, que es de taffetas, con frunces aparece con su suntuosidad subrayada por un regio cuello de piel de zorro. El tercero, que es un tapado capa de cibelina, ofrece la nota original de sus bordes irregulares.

UNA LINDA NOVEDAD

De tal puede calificarse a ese chal écharpe que ha aparecido, y que parece estar llamado a un éxito. En realidad, su belleza y su elegancia son admirables, más aún si se imaginan los gestos graciosos que facilitarán a las mujercitas coquetas.

Para que nuestras lectoras se den una idea de lo que representa esa novedad, vamos a reseñar dos modelos. Uno es de laminado verde, encarnado y oro sobre fondo negro. Dijérase una gloriosa puesta de sol, encuadrado por un ancho borde de muselina de seda negra. El otro es de seda a cuadros rojo y oro, con bordes de velo encarnado.

Noticiario de arte y literatura

(Continuación de la pág. 58)

del rey", VI "Libro de Sigüenza", VII "Cuentos", VIII "El humo dormido", IX "Nuestro padre San Daniel", X "El obispo leproso", XI 'Años y Leguas", XII "La hija de aquel hombre".

Además, una "Colección de estampas" que comprenderá siete tomos: "Figuras de Patriarcas y Jueces", "Figuras de Reyes y Profetas", "Figuras de Bethlem", "Figuras de la Pasión de Nuestro Señor" (dos tomos), "Figuras de Discípulos" y "Figuras de Santos".

Ricardo Viñes hace conocer la música sudamericana en París

Un crítico musical francés, André George se ocupa de "La Musique d'Amérique du Sud" que declara conocer a través de Ricardo Viñes "un incomparable traductor". Esto en el buen sentido de la palabra, dicho sea en honor a la verdad, y a fin de evitar equívocos. Pero M. George no es de los que se conforman con hablar por boca de ganso. Se explaya de inmediato en consideraciones propias. Naturalmente, la embarra al asombrarse de que "ces libres enfants de l'Amazones, de la Pampa, de la Cordillère, se soient venus enfermer rue de Madrid et, plus encore, dans la cloître de la rue de Saint-Jacques". Como si los señores Alberto Williams, José André, Broque, Allende, todos citados por M. George no conocieran París y la música francesa tan bien como él mismo. Pero esto último lo advierte con bastante perspicacia el crítico al escribir de los músicos sudamericanos: "Qu'ils aient subi, encore la fascination debussyste, c'est trop evidente", etcétera.

Guía de la mujer práctica

Las ideas prácticas

Completamos hoy el tema de los echarpes, dando a conocer nuevos modelos que, por lo prácticos y elegantes, serán de seguro adoptados por algunas de nuestras lectoras.

Se trata de dos lindos modelos que, como puede observarse por los grabados en que se reproducen, sirven perfectamente, por su disposición, para el doble uso de echarpes confortables y al mismo tiempo de cuello para la toilette.

Estas fantasías nuevas están llamadas a prestar grandes servicios en los vestidos de media estación.

El modelo 2 se compone de una banda de crêpe que mide 1 metro y 35 centímetros de largo por 35 centímetros de ancho. Se cierra por medio de una costura que une los dos lados a

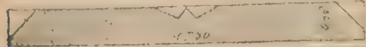


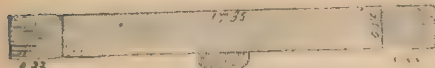
Figs. 1 y 2. — Cuellos echarpes, la última novedad en materia de echarpes, que son de una gran utilidad práctica

todo lo largo, no sin haber colocado antes sobre la parte de adelante entre los dos bordes de la tela la pieza del plegado, bien al medio de la tela.

Este plegado se compone de un trozo de muselina de seda cortado a hilo derecho, sobre un lado que tendrá 0.66 cm. de largo; su ancho, al medio, es de 10 cm., y 3 a cada extremidad. El lado opuesto al hilo derecho se corta formando una curva. Se pliega este trozo en forma que venga a tener un largo de 22 cm. Y es así cómo se coloca al medio del echarpe antes de cerrar las costuras.

A cada extremidad del echarpe se dispondrán dos bandas también plegadas de una altura de unos 22 cm. y de un ancho de 48 cm., lo que, una vez plegado quedará reducido a 16 cm. Se cerrarán las dos extremidades del echarpe a puntos ligados. Los bordes





Esquemas que facilitan la confección de los dos cuellos echarpes

de la muselina de seda serán ribeteados con una vainilla a máquina cortada muy a la orilla, lo que formará un borde sólido y coquetón a la vez.

Para ejecutar el echarpe de la figura 1, hacen falta dos telas diferentes: satin obscuro liso, y una tela estampada para el adorno y el forro.

Mide 1.50 de largo por 0.16 cm. de ancho y se contará 1 cm. de más en todo el contorno para las costuras.

Se dispondrán por el derecho del satín, los adornos que se cortarán dejando al borde un excedente para pequeñas dobleces. Los reversos, cortados el uno sobre el otro, medirán, una vez así colocados, 13 cm. de largo y 5 en la parte más alta. En los ángulos de abajo: 2 triángulos de 17 cm. de base por 8,5 de alto. Se cose a puntos perdidos todos los bordes que no podrán ser tomados en las costuras que reunirán la parte de afuera y el forro; se pone entonces la tela de arriba y el forro, derecho contra derecho, se pasa una costura a máquina y se le hace un punto atrás sobre tres lados solamente, dejando abierto uno de los pequeños costados para lo cual se vuelve el echarpe del derecho. Se cierra después a puntos ligados este último costado después de haber replegado los bordes muy cuidadosamente.

Los almohadones artísticos

He aquí dos modelos de almohadones de un efecto lindísimo, de ejecución fácil, que deseamos poner en conocimiento de nuestras lectoras. Los dos están adornados con pétalos de seda.

Para ejecutar el de la figura 1 se necesita cortar primeramente una envoltura de tela de algodón, para contener el relleno, y una cubierta de la misma forma, compuesta de tres trozos.

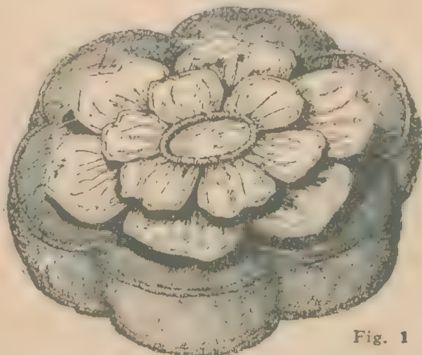


Fig. 1

Veamos cómo se cortan estas tres piezas. Es preferible hacer un molde de papel, a fin de rectificar, si hace falta, la parte de la cubierta. Dibújese un redondel de sesenta centímetros de diámetro, y trasladando el lápiz unos treinta centímetros sobre la circunferencia, se marcan seis puntos equidistantes, y se hace en este lugar una muesca profunda de cinco a seis centímetros, en forma de V cuyos lados son curvos, y repitiendo seis veces esto se obtiene la silueta de la cubierta recortada en seis pétalos.

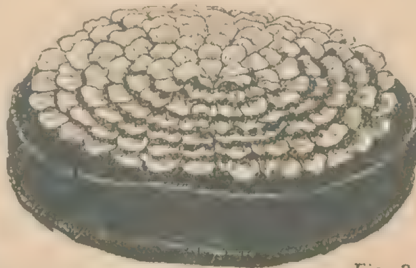


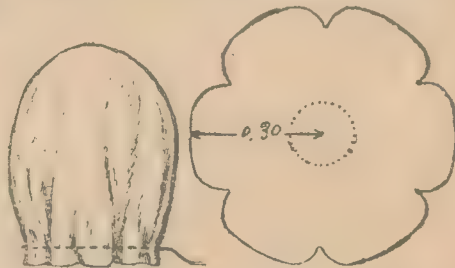
Fig. 2

Se cortan por el mismo molde la cubierta y el forro, y después dos trozos de velours (fig. 1). Se mide cuidadosamente el redondel de este trozo, para conocer el largo de la banda derecha que formará el espesor, y cuya altura ha de tener de diez a doce centímetros.

Se cose esta banda todo alrededor, siguiendo la forma de los huecos de cada diente, donde se evitará estirar la tela. Se une de la misma manera el trozo del fondo. Para la parte de arriba se unirá la banda lateral dos centímetros más alta que la del forro.

Una vez armado el almohadón, sólo falta preparar el adorno, compuesto de pétalos, dispuestos regularmente. Se cortan seis grandes y seis chicos. Su silueta es semejante a la de los bordes del almohadón.

Estos pétalos deben ser de tafetás con preferencia, porque una tela rígida conviene mejor. Se les festonea la orilla o bien se les ribetea con un bies de la misma tela. Se puede, también, hacerles una vainilla a máquina, que se corta formando una especie de picot.



Pequeño pétalo fruncido — Esquema mostrando la disposición de la primera vuelta de pétalos

Una vez terminados los doce pétalos, se colocan los seis grandes. Se co-

locan sobre un círculo de un radio de unos seis centímetros con el borde inferior doblado y fruncido, y después cosido a puntadas largas, colocando en el centro otro redondel de seis centímetros de diámetro. Después se reúnen en un pequeño galón de veintiséis centímetros de largo, cerrando en redondo los seis pequeños pétalos, cuyo borde inferior va fruncido, como el anterior.

El modelo de la figura 2 se hace en velours, adornado de pétalos de seda. La parte interior se hace de dos redondeles de sesenta centímetros de diámetro, reunidos por una banda derecha de seis a siete centímetros de altura. Se monta como el almohadón anterior. La cubierta, de seda o velours, se corta como la parte interior, destinada al relleno, con algunos centímetros de más.

El adorno está hecho con pétalos dispuestos como los de una dalia. Se les



Las dos piezas del pétalo van cosidas por el revés



Montaje de la banda del contorno

elige de colores que contrasten. Por ejemplo: rosa, amarillo sobre gris o azul marino; anaranjado sobre negro o violeta. Se necesitan ciento treinta y cuatro, dispuestos en siete hileras, que se dibujarán con jaboncillo o por un hilván, o con alfileres, para que tengan una disposición regular sobre el almohadón. Cada uno de los pétalos corta-



Cómo se montan los seis pétalos del centro

dos según la dimensión indicada en el grabado respectivo, se corta doble, reuniendo los dos trozos con una costura, y se hacen muescas antes de volver la tela, que se frunce en la base, dejando el hilo libre para poder estrechar o ensanchar al cerrar la fila de pétalos. La primera y segunda fila cuentan veintiocho pétalos, siendo más fruncidos y cerrados los de la segunda fila. Las sucesivas comprenden: veinticuatro, veinte, diez y seis, doce y seis pétalos.

Estos pétalos pueden ser hechos en taffetas, crêpe, etc., empleando tonos "degradés".

Consejos y observaciones Para lavar convenientemente el crêpe de Chine, es necesario, primero, estar cierto de su buena calidad. Sólo con esta condición guarda la tela, después del lavado, un grano flexible y brillante.

Se echan raspaduras de jabón en agua tibia, que se bate vivamente hasta obtener una espesa espuma de jabón. Después se sumerge la tela en la espuma y se frota, también, rápidamente, tanto como sea posible, y se pasa después a un agua de enjuague, a la que se ha adicionado bastante sal de cocina.

Una vez enjuagado, el crêpe de Chine debe ser, no tendido, sino enrollado en una tela esponja. Se plancha después, estando todavía húmedo, con una plancha a calor moderado.

— Los vestidos de franela fina deben ser planchados con una plancha apenas caliente, y por el revés. Si se pasa, por error, sobre esta tela excepcionalmente frágil una plancha demasiado caliente se verá que la franela pierde en seguida su flexibilidad y se vuelve seca y dura.

— ¿Tiene alguna de nuestras lectoras en su habitación unas cortinas de tul blanco que le resultan un poco antiguas? Póngale en el borde de su volante un fleco de cuentas de cristal irisado, y quedará sorprendida de la hermosa nota moderna que pone en la habitación ese nuevo destellante adorno.

Para la casa El oro está tan de moda que tiene ya su intervención en el adorno de la casa. Se emplea en borlas de almohadones, de espejos ovalados, se les ve asimismo tiñendo frutas raras sobre corbeilles también doradas, etc., etc.

Sin embargo, su lugar más indicado es en los abat-jours. Realza muy delicadamente un abat-jour de seda lisa, bajo la forma de una redecilla fina o de estrechos galones. Nada más sencillo y nada más lindo, por tanto.

Se aconseja el oro mate para una habitación de estilo antiguo, y el oro brillante para una decorada a la moderna.

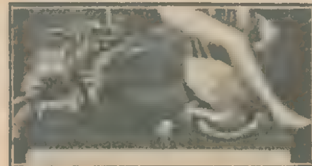
— Si se quiere dar a una ventana el aspecto del vidrio esmerilado, basta hacer una cola de almidón ni muy espesa ni muy clara y pasarla por el vidrio por medio de una muñeca de trapo o la extremidad de un pincel. El resultado será perfecto si se tiene cuidado de proceder con golpecitos minuciosos.



El león vigilante, de Canova



Níobe desolada



El león durmiente, de Canova

Las estatuas improvisadas del dolor y de la muerte



TODAS nuestras fibras musculares, así las que obedecen al dictado de la voluntad, como las independientes de ella, son sacudidas, aun en el estado de reposo, de una ligera contracción continua, prontas a replegarse o distenderse enérgicamente al impulso de las emociones. Éste es el llamado "tono muscular" de los fisiólogos, que han tomado esa frase de los músicos. Esa leve contracción proporciona cierto relieve a las masas musculares bajo la máscara indiferente de la piel facial o bajo la piel de todo el resto del cuerpo, la cual por sí misma no tendría mayor realce que el de un vello o un lienzo ajustado. Cuando baja el tono muscular, la modelación característica se aplana, como sucede en el sueño, de tal modo, que el retrato de un hombre dormido se diferencia bastante del retrato del mismo hombre en estado de vigilia.



Representación inesperada de la atonía muscular en el sueño. (Miguel Ángel)

Es interesante observar cómo esa molicie real del sueño, esta atonía, ha podido ser entendida y traducida por el arte, valiéndose de la piedra y del bronce. Las garras de los conocidos leones del escultor Canova, uno en acecho y otro durmiente, bajo el arca del Papa Rezzónico, podrían ilustrar un libro o una lección de fisiología para imprimir bien en el cerebro de los estudiantes el aspecto exterior de los miembros animales, con tono en la vigilia y atónicos en el sueño.



El minero, de Butti. — Atonía muscular por fatiga

Nadie, sin embargo, ha superado desde este punto de vista a Miguel Ángel, que no fué sólo el gran anatómico de los músculos, sino el intérprete más sutil de sus funciones: el que mejor supo fijar sus encrespamientos, sus distensiones, sus variaciones más pequeñas de morbidez y densidad. A través de su obra escultórica o pictórica, es posible construir toda la escala de tonos por que pueda pasar la dureza de una tensión muscular; desde la hipertonía de los brazos amenazadores en el Juicio Final de la Capilla Sixtina, a la placidez de todo el cuerpo de Cristo muerto en la "Piedad"; desde el tono normal y general de los músculos en la composición de "David", a la difusa y mesurada tonalidad de cada fibra en la meditación del "Pensativo".



Rigidez de las piernas en el delirio del éxtasis

Pero el estado que Miguel Ángel representó con más prodigioso arte, fué la pérdida del tono en el sueño. La "Noche" sobre el sepulcro de Julián de Médicis es una prueba de este aserto.

La postración del tono en los grupos musculares, no es exclusiva del sueño, se observa también en muchas condiciones especiales de salud o enfermedad, y tampoco este fenómeno pasó inadvertido a la sagaz mirada del arte, como lo prueba la representación plástica de la atonía muscular en la fatiga y la representación gráfica de la relajación muscular en los sufrimientos aniquiladores que producen el desmayo.

Como se sabe, la resolución de la tensión muscular llega a su máximo en el cadáver, y todos los transfiguradores de la muerte se han aplicado a reproducir ese carácter fundamental. Van Dyck, con el "Entierro de Jesús", de la galería Borghese, y el autor del grupo de "Menelao y Patroclo" en la logia de Lanzi, se elevaron a las cimas del arte al representar el cuerpo humano falto de toda pulsación.

La rigidez cadavérica producida por la coagulación de la miosina, hace que el difunto conserve la expresión que tenía en el momento mismo de perder la existencia; de ahí la marca del terror en muchos asesinados, del furor en no pocos combatientes. Pero los ejemplares clásicos de improvisaciones estatuarias, están custodiados en las vitrinas del museo de Pompeya. Las huellas de las víctimas, impresas en las lavas y reconstruídas con escayola por el arqueólogo Fiorelli, son verdaderos documentos humanos en el sentido más estricto.

Después de casi dos mil años, los mismos gestos convulsivos de desesperación se reproducen en las víctimas y en los cadáveres desenterrados en Mesina. En ellos se encuentran, como en los moldes sepulcrales de Pompeya, las espasmódicas contorsiones de las manos, armas impotentes en la lucha desigual contra la Naturaleza. En algunos desórdenes neuropáticos se observan rigideces musculares muy parecidas a las que ocasiona la muerte. Justina, una reclusa de la Salpetrière, cuyo caso motivó una monografía del profesor Janet, conturbada por un cambio de habitación, soñó toda la noche que caminaba sin descanso; hizo durmiendo, los movimientos que hasta cierto punto formaban la correspondiente pantomima, y por la mañana se despertó con las piernas y los brazos contraídos espasmódicamente. Otra noche soñó que tocaba el piano, haciendo esfuerzos por abarcar todas las teclas de una octava, y al despertar tenía las manos rígidas en esa posición.

Una enferma, bastante joven, víctima del éxtasis cataléptico, tomó el nombre de la penitente Magdalena y estuvo obsesionada por la idea fija de que sería arrebatada por los aires como por una levitación si no hiciera continuos esfuerzos para adherirse al suelo; de entonces hasta su muerte no caminó sino a saltitos sobre las puntas de los pies; cuando se detenía necesitaba buscar un apoyo y al sentarse elevaba las piernas, que se ponían rígidas.

Se ve, pues, por lo que dejamos expuesto, que la Naturaleza tiene una propensión escultórica de la que todas las obras de arte no son sino débiles imitaciones.

La semana musical

Por BERNARDO IRIBERRI

SI Constantino Gaito no mereciera nuestro respeto por la copiosa e importante obra que lleva escrita, no vacilaríamos en decirle que la ópera que este año ha dado a la escena es un trabajo que no le hace honor alguno.

Examinando la obra del maestro nos encontramos con una producción digna y abundante en belleza. Quien haya seguido su carrera de compositor habrá podido comprobar que nuestro músico ha estado colocado siempre en un plano superior. Sus obras anteriores, si no son expresiones de un arte nuevo y original, llevan el sello de distinción requerido para consagrar la personalidad de un músico que tiene talento y sabe aprovecharlo.

Después de oír el cuarteto incaico, de un colorido y un sabor admirables, creímos poder asistir, oyendo su "Ollantay", al esfuerzo más sensible realizado entre nosotros por conseguir aclimatar la música de giros y carácter quechuas. La leyenda que ha servido para componer el libro es hermosa y tiene situaciones verdaderamente poéticas como para llegar a hacer un trabajo artístico y original. No ha sido así, sin embargo, debido, quizás, a la falta de habilidad en el libretista para preparar situaciones al músico, o a que éste no ha sentido el ambiente o no ha encontrado en él materia suficiente para llenar los tres actos y un prólogo que tiene su ópera. Hay, indudablemente, en ella momentos deliciosos; todos los críticos han señalado algunos de ellos, pero, en conjunto, la obra se resiente de una falta de comprensión del carácter que debía informarla. En vez de la obra americana que esperábamos, hemos oído una ópera italiana con algunas pinceladas agradables de ambiente nacionalista.

No comprendemos ese afán de nuestros músicos por llegar a la cumbre de su carrera artística con el aporte de un drama lírico. O lo hacen por congraciarse con el grueso público, que prefiere esta manifestación musical a otras más puras y más en armonía con el gusto moderno, o, únicamente, les guía el interés de verse en posesión del premio que la Municipalidad instituye anualmente para esta clase de composiciones.

Tampoco comprendemos por qué ha de ser una ópera lo que nuestra comuna premie más largamente. Para ella, por lo visto, es el género de música más completo y difícil, siendo así que es el que ofrece más recursos a un compositor para salir airoso. No debería premiarse a la mejor ópera: debería, por el contrario, alentarse a los jóvenes compositores a que escriban algo original como espectáculo, con prescindencia de las normas y cánones establecidos hasta ahora en el drama lírico. Hay que dar más realidad a las situaciones, olvidándose de escribir para lucimiento de cantantes bien dotados. La coreografía, inteligentemente empleada, el cinematógrafo y las masas corales pueden dar motivo a un compositor de talento para llegar a hacer obra original y artística.

Y, volviendo a "Ollantay", debemos manifestar nuestro agrado por la buena interpretación que ha tenido.

El maestro Santini ha conducido bien el espectáculo, respondiendo la orquesta y los cantantes a su inteligente dirección. Claudia Muzio dió relieve a su papel de Cusi-Coillur, lo mismo que Luisa Bertana, que estuvo acertada en el suyo de Salia. El tenor Pertile, el barítono Franci y el bajo Pinza, de voces agradables y potentes, pusieron de su parte el entusiasmo necesario para salir airosos. En cambio, el inteligente Nardi hizo una caricatura de su papel de Piki-Chaki. Los bailes, detestables, dignos únicamente de un cabaret de arrabal o de una barraca de feria.

EN la presentación que de Jane Bathori y Jean Aubry hizo el doctor José Miguens, presidente de la sociedad "Diapasón", tuvo la buena ocurrencia de dirigirse a las sociedades musicales en demanda de la unión y solidaridad necesarias para poder llevar al cabo la obra de cultura, tan necesaria en el país. No podemos menos que aplaudir tales palabras, ya que ellas vienen a ser una repetición de algo por lo que venimos bregando, desde hace algún tiempo, en las columnas de EL HOGAR. A raíz de una crónica aparecida el año pasado, la Sociedad Cultural de Bahía Blanca tomó por su cuenta nuestra iniciativa y se dirigió a las sociedades musicales del país, en demanda de una unión que permitiera una mayor inteligencia y una más grande capacidad financiera para contratar a algunos artistas de fama que hasta ahora permanecen desconocidos para el público argentino. No pudo llegarse a nada práctico, quizá porque algunas creyéronse rebajadas al aceptar una invitación ajena. No estaría de más, sin embargo, que alguien insistiera, y que, de común acuerdo, se celebrase una reunión, para tratar un asunto que puede resultar de gran trascendencia. Si "Diapasón" con su solo esfuerzo ha podido contratar el año pasado a Ricardo Viñes y a dos artistas distinguidos como Bathori y Aubry, en el presente, es de imaginarse adónde podría llegarse con el esfuerzo unido de las sociedades de la capital y del interior.

En las audiciones conferencias celebradas hasta la fecha por los artistas cuya presentación hizo el doctor Miguens, ha estado presente todo lo más distinguido de nuestra intelectualidad musical.

El señor Aubry hace de cada disertación una charla agradable. Es ameno e interesa la atención de los oyentes con frases e imágenes ingeniosas sugeridas por el asunto que expone. Su facilidad de expresión y su profundo conocimiento de la música moderna le permiten explayarse ampliamente, comunicando en forma poética la esencia y la belleza de las obras que examina. Se nos antoja, sin embargo, que algunas veces alarga excesivamente el comentario, lo cual perjudica a algunos oyentes, que en razón de la hora avanzada deben abandonar la sala sin poder escuchar las últimas composiciones del programa.

La señora Bathori tiene del canto la idea más elevada. Oyéndola podría decirse que ni la voz hace falta para cantar bien. Se nota en ella reminiscencias de un órgano sonoro privilegiado, pero, perdido éste en parte, llega la artista, en expresión, adonde difícilmente cantantes bien dotados consiguen llegar. Cuando se acompaña en el piano, se establece la más perfecta armonía y comunica toda la belleza que encierra la poesía de las obras que ejecuta. Es, en fin, la recitadora más fiel del sentimiento que los autores han querido expresar. Las grandes dificultades, casi insalvables para muchos, son un juego de niños para ella. Si esta artista tuviera la voz de algunas de las celebridades que han pisado nuestra escena lírica, el oírla cantar sería la perfección más grande unida a la emoción más pura y a la musicalidad más perfecta. Más que su inteligencia admírase en Bathori su cultura y buen gusto. Gracias a ellos ha llegado a poder dar la importancia necesaria a ligeros diseños y a ciertos acentos, que para la mayoría de los cantantes pasan inadvertidos.

En algunas composiciones interviene en calidad de acompañante Rafael González, pianista de una exquisita sensibilidad y de una rara musicalidad.

NO puede negarse que Arturo Rubinstein sigue siendo uno de los pianistas preferidos por nuestro público entre todos los que hasta ahora nos han visitado. Se recuerdan bien sus éxitos de las temporadas anteriores y se han seguido sus triunfos europeos, a través de los comentarios de la prensa.

(Continúa en la pág. 67)

Alrededor de un Chopin ignorado

(Continuación de la pág. 48)

en la pensión, acompañada por la madre. Así conoció a Federico, cuya amistad se narra así:

Tenía cinco años la niña y diez Chopin. Era una chiquilla con ojos negros, magníficos, y cabellera obscura, con tintes cálidos del Mediodía.

La abuela, de origen italiano, pertenecía a la familia Orsatti, cuyos antepasados abandonaron sus palacios de Milán para radicarse en Polonia.

Conservaba así como un reflejo de la tierra clásica del arte.

Esto explica el motivo que distanció a los jóvenes cuando a veinte años hicieron juntos el bello sueño jamás realizado.

Los Wodzinski habitaban la residencia de Slusewo e invitaban con frecuencia a Federico. Los jóvenes cultivaron una simpatía que no tardó en convertirse en amor, pese a la previsión de la señora Wodzinski.

Alejados durante un tiempo, sostuvieron correspondencia, hasta que en julio de 1836 Chopin encontró a madre e hija, a quienes acompañó hasta Dresde. La víspera de su partida, hacia la oración, preguntó a María si quería ser su esposa, pidiendo el consentimiento de la madre para realizar esta unión. Ambas contestaron afirmativamente, pero la señora Wodzinski exigió el más absoluto secreto. Por eso llamaron "El crepúsculo" a su compromiso matrimonial.

¿Quién puede develar el secreto de los corazones? Creemos de buena fe a esta madre, pero, suponemos, vió claramente la suma de obstáculos opuestos a esta boda. Previó tal vez que la prometida alianza no tendría consecuencias futuras. Por eso no quiso hablar de "El crepúsculo" ni a los padres de Chopin.

El primer inconveniente grave era la salud de Chopin. Se le prescribían cuidados serios, beber agua solamente y no hacer vida nocturna. María, que le bordaba zapatillas, tenía la precaución de hacerlas grandes, para permitir el uso de medias de lana.

El segundo consistía en el humilde origen de Chopin.

En Varsovia mostróse a María la desigualdad del casamiento proyectado, y la madre, comentando los prejuicios de clase reinantes, exclamaba:

—¡Qué perspectivas para la pobre María! ¿Cómo estará dentro de un año?

No fueron necesarios doce meses para separar a la joven de su prometido. Las cartas se espaciaron, primero; se hicieron indiferentes, como atestigua esta, que no está fechada, en la cual María agradece a Chopin un cuaderno obsequiado, y es de insignificancia cruel:

"Creed en mis sentimientos de gratitud y en la amistad de toda esta familia, particularmente de vuestra peor alumna y amiga de infancia."

Tales cartas son por demás significativas. La proyectada boda quedaba destruída sin ruptura alguna. Chopin se encerró como de costumbre en completo mutismo. La señora Wodzinski le escribió dos veces más, para informarse de su salud. Finalmente, Chopin hizo un paquete con las cartas de María, atólas con una cinta rosa y le puso esta inscripción: "Mi desgracia."

Sentíase muy apenado. Para distraerlo de sus tristezas Camilo Pleyel y Estanislao Kozmian lo llevaron a Londres, donde estuvo once días. Condujéronle de incógnito a casa de Broadwood, el fabricante de pianos, pero le conocieron en seguida. No vió a nadie, creyéndosele gravemente enfermo.

Moscheles anota en su "Diario":

"Chopin, que ha permanecido en Londres algunos días, es el único de los artistas extranjeros que no ha visitado ni deseado recibir a nadie, pues la menor conversación agrava su dolencia de pecho."

(Extracto de una conferencia de Henry Bidou.)

Su única ilusión

Por

M. ROMERO DELGADO





AQUEL día fué el día del juicio final en la mísera existencia de Victorino Pimentel. Así pensaba él, sonriendo sarcásticamente, cuando subía la escalera de la pensión, con las manos hundidas en los bolsillos del pantalón y el viejo chambergo tirado sobre la frente.

—Esto se acabó—monologueaba interiormente;—he aquí "le mot de la fin".

Sentía una angustia terrible, que le oprimía el pecho y la garganta; una angustia que por momentos parecía querer resolverse en una carcajada enorme, universal, y a la vez le llenaba los ojos de pequeñas lágrimas ardientes.

La pensión estaba en el tercer piso de una casa vieja, casi de la época colonial, de la calle Defensa. La escalera de madera, estrecha y retorcida, ascendía sumida en una obscuridad casi impenetrable, pues sólo recibía la luz por los ventanucos de los rellanos. Victorino subía con lentitud, parándose a veces en algún escalón, absorto en su mudo soliloquio.

Tenía miedo de llegar arriba, a su cuarto, y de encontrarse entre aquellas cuatro paredes de un blanco dudoso, y de sentarse en su cama, y de preguntarse: "¿Y qué?"

Esta pequeña interrogación, que le había seguido toda la vida como su propia sombra, y que él había creído muerta para siempre, ahora resucitaba de pronto, triunfadora y aplastante.

Sin embargo, siguió subiendo, y llegó a su cuarto, y dejó caer su cuerpo, todo desmadejado, sobre el lecho, y se preguntó, irremediablemente: "¿Y qué?" En efecto: ¿y qué?, ¿qué pensar?, ¿qué hacer? Sobre todo, ¿qué hacer? Y comenzaba a pensar. Allí, al lado, en el cajoncillo del velador, guardaba un revólver Colt, de seis tiros; no tenía más que alargar la mano, contemplar un momento el arma, que estaba un poco corroída por el orín, y estremecerse, como hacen los autores de cinematógrafo; y luego, con mano segura, apoyar el caño en la sien, oprimir el disparador. Nada más. Cuestión de segundos. ¡Ah, en la sien! Quería destrozarse los sesos, convertírselos en papilla. En el corazón, no; sólo de pensarlo le daba un escalofrío. Su mal estaba en la frente; el corazón no le había hecho nada. Y cerraba los ojos, y se daba a imaginar las escenas en sus menores detalles. Tomaba el revólver...



"...llegó a su cuarto..."

Pero, en seguida, le ocurría que el revólver no era el medio más expeditivo para eliminarse. El disparo, o los disparos—porque no sabía aún si se pegaría uno o varios—alarmarían a todo el barrio. Se oirían las pitadas de los vigilantes; los transeúntes se apiñarían a la puerta de la casa. (Los comentarios: El chico del almacén, con el canasto colgado del brazo, pregunta: "¿Qué pasó?" "Un hombre—responde alguien que no sabe nada—se ha suicidado. Dos tiros en la frente: ¡pim!, ¡pum! ¡Qué animal!" El audaz que se mete en todas partes, volviendo de adentro: "Todavía no ha muerto; la bala le entró por la frente y le salió por el cogote." Luego, el descontento, que nunca falta: "Pero, ¿qué hace la Asistencia? Hace media hora que la llamaron y todavía no viene. Siempre ocurre lo mismo. El otro día..." Y cuenta, con pelos y señales, lo que sucedió el otro día. Por fin, desembocaba la ambulancia en la cuadra, sonando nerviosamente su campana. ¿Llegaría a tiempo? No. Naturalmente, llegaría tarde. ¡Cómo se reiría él del practicante imbécil que le auscultaría y le tomaría el pulso! Pero, ¿cómo iba a reírse si estaba muerto? Bueno, ya vería la manera de hacerlo cuando llegara el momento.)

Resueltamente, no se pegaría un tiro. No sería él quien serviría de pasto a la curiosidad del chico del almacén; no sería él quien despertaría la impaciencia del señor descontento. Sin duda, existían otros procedimientos más... aristocráticos; era cuestión de buscarlos. Como, por ejemplo, tirarse al río en un paraje solitario, donde nadie lo viese—en el fondo se resignaba de muy buena gana con algún espectador inevitable,—o colgarse del gancho del plafond, o abrirse las venas, o...

¿Qué hacer? Se tendió en la cama y encendió un cigarrillo.

Era la hora del crepúsculo. La obscuridad se hacía cada vez mayor en la habitación. Y a medida que la obscuridad aumentaba se iba suavizando su dolor, como bajo la acción de un paliativo.

Luego, confusamente, comenzó a recordar. Había ido a la casa de ella a la hora del te, como hacía todos los domingos y jueves desde el día en que la había conocido—mes y medio atrás.—En la sala había otra visita: un teniente de caballería, muy estirado en su chaquetilla, con unas botas de charol relucientes como un espejo. Ella se lo presentó: "El teniente Rómulo Liberato... El señor Victorino Pimentel, el poeta de quien le hablé ayer." ¡Ah, el teniente la había visitado ayer también! Eran ami-

(Continúa en la pág. 64)

Curiosidades

Muchos animales pueden ser reconocidos por sus huellas

Es interesante para el hombre observador, sobre todo para el que habita en el campo o se dedica a la caza, reconocer la presencia de ciertos animales por la impresión que sus patas dejan en el terreno. De este modo, con un poco de costumbre, se determina la especie, la talla, el sexo del animal y hasta el tiempo que ha transcurrido desde su paso.

Este conocimiento es relativamente fácil en los países en que escasean las especies zoológicas, por ejemplo, entre los esquimales; pero en comarcas más ricas en especies hay que tener mucha práctica para no caer en confusiones.


Pie posterior del jabalí

Ante todo, no hay confusión posible entre las huellas de animales de cascos y la de mamíferos carniceros.

Tomemos cuatro especies de estos últimos: en el tejón y la nutria, que son plantígrados, la huella marca los cinco dedos de cada pie: en cambio, en el gato y el zorro, que son digitígrados, sólo cuatro dedos quedan marcados en el suelo.

Si la marca plantígrada lleva la señal de uñas cortas, apenas indicadas, pertenece a la nutria, mientras la del tejón muestra, delante de una especie de mano, uñas largas y muy claramente indicadas.

En cuanto al gato y al zorro, el primero no deja ninguna señal de uñas delante de su pie, mientras el segundo marcará bien las suyas, derechas y extendidas.

La huella de la pata de un zorro se parece mucho a la de un perro de corta talla, por ejemplo, un "Verrier"; pero en este último caso, si las huellas son muy claras, el espeso revestimiento de pelos colocados entre los almohadillados en el zorro, sirve de precisa indicación, porque el perro apenas tiene pelos en el mismo sitio. También tiene analogías con las patas de la marta y de la fuina; pero estas dos especies son menores, y sus huellas son notablemente más prolongadas y estrechas.


1, Pie anterior del tejón; 2 y 3, pie anterior y pie posterior de la nutria; 4 y 5, pie anterior y pie posterior del gato salvaje

En los roedores, la impresión marcada en el suelo presenta, cuando es neta, cuatro dedos. En particular, el pie de la liebre es ovalado y peludo. Su forma se indica muy bien sobre un terreno blando, pero sobre un terreno seco sólo aparece marcada la punta del pie con la señal de las uñas, generalmente muy visible sobre la parte delantera. Cada animal tiene, pues, su huella particular, pero la edad y la talla producen ciertas variaciones que de ninguna manera escapan a la mirada del experto.

Es también interesante poder saber en qué momento el animal ha marcado su paso por el terreno. Si, por ejemplo, ha metido la pata en un charco o en un arroyo, y si el agua está todavía turbia, el paso es de seguro muy reciente; si el agua rezuma todavía sobre la impresión marcada en un suelo húmedo, el paso se verificó hace pocas horas; si el barro está seco sobre los bordes de la huella, el paso se remonta a mayor tiempo.

Las mismas observaciones se aplican a los mamíferos de cascos o pezuñas, como el ciervo, el corzo y el jabalí. El pie del último se parece al del cerdo, pero en éste se marca mucho el talón, y en aquél, por el contrario, la parte anterior.


1, Pie anterior y posterior de la marta. 3, pie posterior de la liebre

Además, delante de la pezuña, la impresión del pie de jabalí lleva también dos agujerillos, cuya profundidad permite apreciar la edad del animal.

REGLAS DE CORTESÍA

Se ha dicho que la cortesía es el respeto que se debe a la personalidad humana. La descortesía resulta porque pensamos exclusivamente en nuestras personas, sin preocuparnos ni importarnos la sensibilidad de los demás. El deseo sincero de proporcionar el mayor placer y el menor sufrimiento a todos aquellos con quienes tenemos relación contribuirá grandemente a que sean nuestros modales políticos y cultos. El hombre y la mujer verdaderamente bien educados tratan de que todos a su rededor se encuentren contentos. Sólo las personas vulgares encuentran placer en mortificar la sensibilidad de aquellos con quienes tienen que tratar.

No han de establecerse diferencias o grados en la cortesía porque la persona con quien tratamos sea pobre o rica, ignorante o educada; todas, como prójimos, tienen derecho a nuestra simpatía y a nuestro respeto. Tanto la arrogancia como la bajeza son indignas de una persona bien educada. La sencillez y la dulzura y un respeto sincero por los derechos de nuestros prójimos son señales distintivas de nobleza y carácter.

Temas escolares

Por LA SRTA. PALOTES

GRADOS INFANTILES

Para ejercicio de observación



Fig. 1

1. — Indicar el absurdo contenido en la figura 1.



Fig. 2. — Fases de la luna

2. — Escribir el significado de los siguientes dibujos, de acuerdo con el calendario.

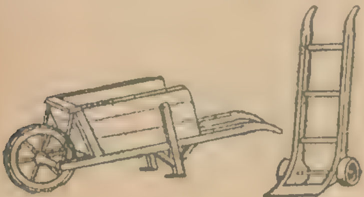


Fig. 3

3. — Enumerar las diferencias observadas entre estos dos instrumentos.



Fig. 4

Fig. 5

4.—Mirar esta veleta y determinar de qué lado sopla el viento.

5. — Dibujar la lluvia en este grabado incompleto.

La naranja

Estamos en la época de esta fruta. Fácil será procurarnos algunas naranjas y mandarinas, que se reparten a la clase.

Comparación entre la naranja y la mandarina.

Entre la naranja y el limón.

La forma de la naranja es redonda,



Naranja. — Interior de una naranja

algo achatada en su unión con el tallo y en el extremo opuesto. La mandarina, de forma semejante, es más pequeña.

Hacer distinguir, con los ojos cerrados, una y otra fruta, mediante el olor. El perfume de la mandarina es más fino, y más fuerte el de la naranja.

Quitar la cáscara de ambas y comprobar que la piel de la mandarina está menos pegada a la pulpa que en la naranja.

Separar en gajos una naranja y una mandarina. La segunda presenta nervaduras más finas que la primera. Mirando al trasluz un gajo de naranja o de mandarina se ven las semillas. Cortar los gajos. La naranja tiene de ocho a doce gajitos.

La pulpa de la mandarina es más dulce que la pulpa de la naranja. Ésta es ácida y menos aromática.

Mirando con atención un gajo de naranja se verá que está compuesto por vesículas y celdillas que contienen el zumo.

Por el sabor de este zumo, las naranjas pueden ser *dulces* y *agrias*. Estas últimas tienen la corteza más gruesa, son, a veces, amargas, y se emplean solamente para fabricar dulces, licores y esencias.

Observar el color de la naranja, que va desde el rojo amarillento pálido hasta el rojo amarillento subido, que da el color típico *anaranjado*.

Construir un disco de cartón cuya mitad esté pintada de rojo y de amarillo la otra. Hacerlo girar para ver el color anaranjado.

Mezclar pintura roja y amarilla, sea disuelta, o valiéndose de lápices de color sobre un papel *blanco*.

Presentar a la clase numerosos objetos de colores, papeles, lanas, hilos, botones, etc., para que vayan separando los de color anaranjado.



Rama florida de un naranjo. — a) flor

— ¿De dónde se sacan las naranjas?

— Del árbol llamado *naranjo*, cuya flor es tan conocida como la fruta misma: el azahar.

— ¿Hay naranjos en nuestro país?

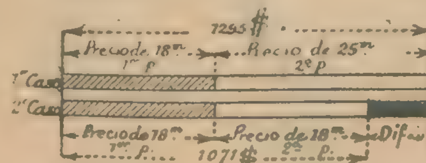
Existen estos árboles en nuestras huertas y jardines. Se llenan de flores y frutos. Pero las naranjas que compramos en el mercado vienen de la provincia argentina de Corrientes, del Paraguay y del Brasil. Especialmente, el Paraguay hace un activo comercio con las naranjas, que son de buena calidad y abundan muchísimo en ese país.

GRADOS SUPERIORES

Problemas

Nº 1. — *Dos piezas de género que miden: la 1ª, 18 metros, y, la 2ª, 25 metros han costado juntas $ 1295. Si la segunda pieza tuviera la misma longitud que la primera, no habrían costado más que $ 1071. ¿Cuánto vale el metro de cada pieza?*

Objetivación:



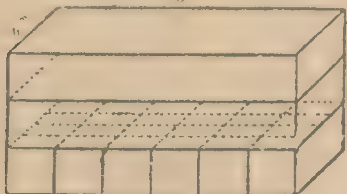
Fácilmente se observa que la diferencia entre los valores totales: 1295 — 1071 = $ 224, proviene de la diferencia de longitud en la segunda pieza (2º caso) 25 m. — 18 m. = 7 m. Estos 7 metros valen $ 224.

Luego, un metro de la segunda pieza cuesta $\frac{224}{7} = \$\ 32$, y toda la pieza $32 \times 25 = \$\ 800$.

La primera pieza valdrá, pues, pesos 1295 — 800 = \$ 495, y un metro de la misma tiene un costo de $\frac{495}{18}$ = \$ 27,50.

Nº 2. — *El salón de clase mide 6 metros de largo, 4 de ancho y 3 de altura. ¿Qué capacidad tiene dicho salón?*

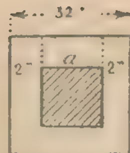
Objetivación:



Marcando sobre el piso los metros cuadrados de su superficie encontraremos que son: (6×4) m.² Sobre cada uno de estos metros cuadrados podemos colocar un cubo de 1 m. de arista, o sea un metro cúbico. Tendremos así una capa de 1 m. de altura conteniendo (6×4) m.³ Encima de esta capa disponemos otra igual, y otra más todavía, hasta llegar al techo. En total tendremos 3 capas de (6×4) m.³ cada una, o sea $3\ (6 \times 4)$ m.³ Esta última expresión significa el volumen interior o capacidad de la clase, que es de 72 metros cúbicos.

Nº 3. — *Alrededor de un jardín cuadrado se ha trazado una avenida de 2 m. de ancho. El jardín tiene 32 m. de lado. ¿Qué superficie queda libre para cultivo?*

Objetivación:



La parte destinada a cultivo está representada por el cuadradito en sombra.

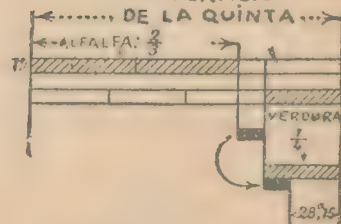
$a \times a$ nos dará su medida.

$a = 32 - 2 \times 2 = 28$ m.

Por consiguiente, $28 \times 28 = 784$ metros cuadrados es la parte que queda para jardín.

Nº 4. — *Los $\frac{2}{3}$ de una quinta están sembrados de alfalfa, el $\frac{1}{4}$ de verduras, y el resto de papas. La 2ª sobrepasa a la 1ª de 28 áreas 150. ¿Qué extensión tiene la quinta, en metros cuadrados?*

Objetivación



Las dos primeras siembras forman los $\frac{2}{3} + \frac{1}{4}$ o sean $\frac{8}{12} + \frac{3}{12} = \frac{11}{12}$ de la quinta.

La tercera parte destinada a las papas comprende: $\frac{12}{12} - \frac{11}{12} = \frac{1}{12}$ del terreno.

La segunda plantación sobrepasa a la primera, de: $\frac{3}{12} - \frac{1}{12} = \frac{2}{12}$ o sea $\frac{1}{6}$ de tierra y mide 28 áreas 150.

La quinta medirá, pues, 28 a. 15×6 = 168 a. 90, equivalentes a 16.890 metros cuadrados.

Su única ilusión

(Continuación de la pág. 59)

gos. ¡Sí, sí; amigos de la infancia!

El teniente venía de una provincia lejana a pasar una larga licencia en la capital. Era un hombre apuesto, fanfarrón; pronunciaba veinte palabras por cada una que decía Victorino.

Victorino se sintió acoquinado, pulverizado por el teniente. Experimentaba una comezón casi irresistible de salir disparando, aunque fuera dejando el sombrero, para no volver más a la casa de la infiel. ¡Pero estaba tan bonita con aquella blusa blanca y vaporosa!

— Tome usted un bizcocho, Victorino

— Con mil amores, Rosita.

Y pronunció Ro-si-ta, mirando de soslayo al teniente. Pero el teniente estaba muy ocupado en la confección de un emparedado de mermelada, para sentir el pinchazo.

Con tono indiferente le preguntó:

— ¿Así que usted hace versos?

— Sí, señor; tengo esa debilidad. Pero soy un irresponsable, soy un poeta nato. — Y sonrió de su ocurrencia.

— Pues, vea usted, en seguida que le vi entrar, me dije: "Aquí tenemos al poeta". Lo conocí en la corbata. Sólo un poeta puede lucir una corbata como ésa. — Y dejó el emparedado sobre la mesa, para reconcentrar toda su atención en el examen de la corbata roja, de forma plastrón, que era todo el orgullo de Victorino.

Entonces fué cuando Rosita lanzó una carcajada burlona, y dijo:

— Sí; el pobre Victorino no está muy enterado de la moda.

Y nada más. Después, el teniente y Rosita habían tenido un diálogo chispeante, interminable. Parecía que se olvidaban de su presencia, aunque a veces, le dirigían alguna pregunta de esas que no tienen respuesta. Él recordaba, lleno de ira y de despecho, la dulce intimidad de los días pasados, que aquel tenientillo de botas relucientes venía a destruir para siempre.

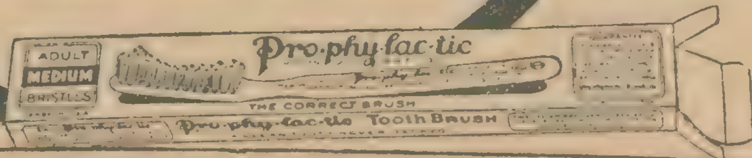
Por fin, se levantó y salió.

¡Su corbata, su corbata, se habían reído de su corbata! Nada; aquello no tenía remedio; no volvería a ver a Rosita, en su vida. Había vivido un mes y medio de ilusión; ya era hora de despertar del tedio de su vida de siempre: absurda, sin objeto. Y otra vez pensó en el revólver, en el río, en el gancho del plafond.

Unos golpecitos que dieron en la puerta, le volvieron a la realidad. Era la sirvienta: "Niño, a comer". Aquellas palabras le irritaron de una manera terrible. Por un momento estuvo a punto de responder con la palabra definitiva de Cambronne. Pero, no lo hizo porque tenía hambre, y la patrona le había dicho aquella mañana: "Esta noche tenemos empanadas de las que a usted le gustan, Victorino".

Se levantó, encendió la luz; estiró un poco su ropa ante el espejo. Y, por última vez, se preguntó: ¿Y qué?

Y, en seguida, entró en el comedor



Para la gente menuda

Por LA ABUELITA

LOS CINCO TERNERITOS

EL peón de una chacra encargado de cuidar los animales fué a dar una noticia a su patrón. La vaca blanca había tenido cinco hermosos terneritos. Encontró a la familia de su patrón almorzando, y, naturalmente, no le ofrecieron ni un trago de agua.

Todo el mundo quedó asombrado ante la nueva, y el amo dijo:

—¡Vaya una cosa fastidiosa! Cuatro terneritos podrán mamar muy bien, pero ¿y el otro?

—¡Oh! — dijo el peón. — Hará lo mismo que yo, se conformará con mirar.

EL LOBO Y EL ZORRO

UNA vez, el lobo y el zorro entraron a una iglesia para comer miel. Tanto comió el lobo que no pudo luego pasar por el agujero que les había dado acceso al interior del templo.

— Tienes que hacer esto — díjole el zorro: — cuélgate de la cuerda de la campana y suena. Alguien acudirá para ver lo que pasa. En seguida que la puerta se abra, te escapas.

Cuando el sacristán oyó la campana corrió a la iglesia y la abrió. El lobo saltó con gran agilidad, pero la puerta cerróse demasiado pronto y aprisionó la cola del animal.

Todos cuantos veían pasar al lobo sin cola se pusieron a gritarle, burlándose de su desgracia.

— No te aflijas — decíale el zorro. — Allí veo unas cardadoras de estopa, les robarás un puñado y con ella te fabricaré una cola nueva.

Luego gritó con todos sus pulmones:

—¡Un lobo! ¡Un lobo!

Las cardadoras huyeron despavoridas, y fácil les fué apoderarse de la estopa que necesitaban.

Pero cuando la gente vió al lobo con una cola de estopa lanzó grandes carcajadas.

— Veo unos pastores haciendo fuego — dijo el zorro; — tenemos que arrimarnos para chamuscar la estopa y hacerla negra. — Y en seguida, gritó:

—¡Un lobo se come las ovejas!

Los pastores salieron corriendo, y el fuego quedó a disposición de los dos amigos.

Cuando la gente vió al lobo con la cola chamuscada, le armó tal silbatina, que la bestia, ya enfurecida, se dirigió al zorro y le dijo:

— Tú tienes la culpa de todas mis desgracias y me las pagarás. Quiero comerte.

Oír eso el zorro y decirse "patitas para qué te quiero", fué todo uno. Se metió en una cueva, pero como el lobo lo seguía de cerca, le apretó una patita.

La cueva estaba obscura y el lobo nada veía.

—¡Ya te tengo! — articulaba jadeante.

— Estás equivocado — añadió el zorro; — lo que tus patas apresan es una raíz.

El lobo se dejó engañar y soltó lo que creía una raíz. El zorro se perdió bajo la tierra. Con su astucia había vencido una vez más al temible lobo.

NUESTRO JUGUETE SEMANAL

UNA CANOA INDÍGENA

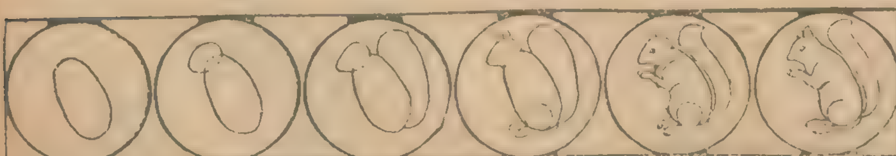


He aquí un bonito modelo que proporcionará gran diversión a mis nietecitos.

La primera operación consiste en pintar con brillantes colores el bote y a los salvajes. Pegarlos en seguida sobre cartón y recortarlos. Doblar las aletas y pegar las partes como enseña el diagrama. Cada indio tiene su asiento determinado en la canoa, donde irá pegado. El bote se dobla por la línea de puntos. Se toman luego dos trozos de corcho, y haciéndoles una hendidura en el centro se adaptan en el fondo de la canoa, como puede verse en el grabado. Esto permitirá al juguete flotar en el agua de un estanque.

SECCIÓN RECREATIVA

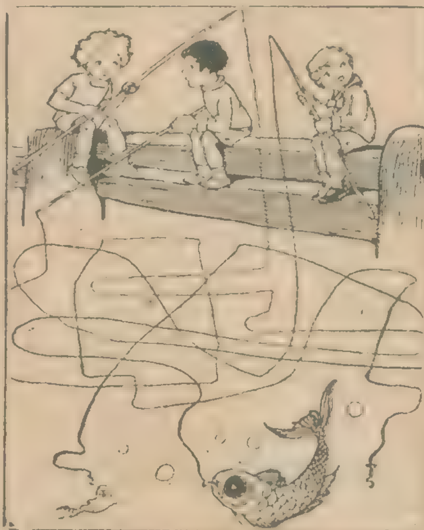
DIBUJAR UNA ARDILLA



Este gracioso animalito es fácil de retratar. Basta trazar líneas siguiendo los pasos dispuestos a continuación, y al llegar al sexto la ardilla queda terminada.

SECCIÓN RECREATIVA

Pescador afortunado



Entre tres niños hay uno que tiene mucha suerte en la pesca. En su anzuelo hay un pez de gran tamaño. ¿A cuál corresponde la privilegiada caña? Es lo que deben averiguar los inteligentes lectorcitos de "El Hogar".

La buena pipa





Pasar tinta o pintura negra sobre las líneas blancas del grabado, hasta dejar solamente la figurita graciosa que está a su lado.

El paseo de Lilí



Es un cuadrito para mis amables nietecitas de "El Hogar". Deben pasarle grandes pespuntes con seda de color por los puntos señalados en el contorno de las figuras y resto del grabado.

Historia de un comerciante original, que trajo al Río de la Plata, las primeras obras artísticas

(Continuación de la pág. 8)

el buen gusto a través de las obras artísticas.

Marchóse a Europa y se trajo cuadros de Michetti, Mancini, Sottocomola, Castiglione, Guido Reni, Franceschini, Palma el viejo, Bellini, Ricci, Pippi, etc. La sala donde exhibía sus espejos fué transformada en un mágico salón de museo. La gente acudía a admirar aquellas obras con ansias de aprender. El ambiente — antes reacio a las cuestiones de belleza — se llenó de inquietudes y de curiosidades. Aparecieron los primeros pintores nativos, y Maveroff los ayudó a triunfar, cediéndoles el salón gratuitamente y dándoles telas, pinceles, pinturas y marcos.

El éxito de su primera introducción de cuadros europeos lo impulsó a realizar otros viajes a Europa para traer obras nuevas, de autores ya célebres como Sorolla, Barbudo, Pradilla, Alma Tadema, Michetti, etc. Pero la base de su colección fueron los cuadros antiguos que heredó de su familia, y que trajo de Gonzaga — su ciudad natal — con la documentación de su autenticidad.

Ocurrió algo extraño. Maveroff, a pesar de las ventas que hacía como "marchand de tableaux", no salía de pobre. El secreto de ello puede aclararse en la siguiente anécdota:

— *Le compro* — le dijo un día José Pedro Ramírez — *ese "San Agustín curando a un enfermo".*

— *Imposible, doctor. Ese cuadro de Schenoni no lo vendo.*

— *¿Por qué, Maveroff?*

— *Porque a mí me gusta mucho. Lo he comprado para mí.*

Imagínese un confitero goloso que se comiera sus propios caramelos, o un constructor que quisiera hacerse dueño de todas las casas hermosas que él mismo levantara.

Así era Maveroff. Cuadro que le gustaba, no lo vendía. Se lo llevaba a su casa. No lo daba por todos los oros de Cuñapirú. Lo saboreaba solo, hablando con el cuadro en un constante diálogo de bellezas, como Platón con la sombra de Sócrates.

En esta forma logró poseer en su ancianidad tranquila — en un hogar modelo, — la más valiosa pinacotea particular que haya habido en América. El gobierno de Idiarte Borda intentó comprarle le colección.

Maveroff negóse a ello:

— *¡Déjen que disfrute de mis joyas! ¡Déjenme aprovecharlas, aunque sea en recompensa de las fatigas que sufrí difundiendo en el pueblo mi santo amor al arte! Cuando no había museos para el público, estas obras refinaron el gusto de muchas personas y despertaron la vocación de artistas que serán ilustres.*

Cuenta Daniel Muñoz que la sala de Maveroff era el punto de cita de los intelectuales. Allí iba el propio Muñoz con su amigo inseparable, el pintor valenciano Jacinto Lapuz, muerto cobardemente por la espalda: la tuberculosis. Allí exhibían sus óleos y acuarelas el pobre Sanuy, el pintor Miguel Jaune Bosch, el gran Blanes y el albañil Martín Perlasca, que merced al apoyo de Maveroff abandonó los andamios para hacer magníficos cuadros, que hoy figuran en algunos museos de Europa.

Ha sido necesaria la muerte de Maveroff para que su colección saliera al aire libre. No sé si al aparecer esta crónica se exhibirá todavía en el salón Witcomb. La exposición de estas obras, bajo la perspicacia artística de un artista como César Scarabello, ha sido la mejor promotora de emociones pictóricas que ha habido este año.

"Trátase — ha dicho Atilio Chiappori en el prólogo del catálogo — de una meritísima selección de telas, no solamente antiguas, sino también importantes. Ella fué formada pacientemente, hace unos cincuenta años, por el señor Carlos Maveroff — hoy desaparecido, — para su delectación personal."

— *¡Con qué cariño, en efecto* — dice Daniel Muñoz, — *Maveroff se deleitaba ante esas telas!*

Y cuenta que durante una revolución montevideana, dos hombres, huyendo de las tropas, se refugiaron en el salón de Maveroff detrás de los caballetes que sostenían cuadros de Michetti y de Boucher. El piquete que perseguía a los revolucionarios se disponía a descargar sus fusiles hacia adentro. Apareció Maveroff en la puerta de su negocio. Gritó a los milicos:

— *¡Soldados de la patria! ¡Mátenme a mí, pero no me tiren balas a los cuadros!*

Los soldados se fueron

La semana musical

(Continuación de la pág. 57)

Durante su primera jira hízonos conocer la obra de Albéniz, uno de los músicos más geniales de la última generación y esto hizo que fuera considerado desde entonces como el intérprete ideal de la música española moderna.

A casi todos los pianistas atribuimos una especialidad, y en esto nuestro público no es una excepción. Se ha dado en señalar en este artista la modalidad apuntada y no se concibe un concierto en el que no figure una obra de Albéniz o Falla. Así pudimos observarlo aquí en todos los conciertos en que ha intervenido y en los que le hemos escuchado en algunas capitales europeas. Allí, lo mismo que aquí, no abandona el público el teatro sin que el artista añada las consabidas "Triana" o "Navarra". Las niñas se lo piden a gritos y el artista no puede substraerse al requerimiento de tan gentiles oyentes.

Rubinstein no es de esos pianistas escolásticos que dan de las obras versiones sin interés emocional; por el contrario, ejecuta éstas con la vida y el entusiasmo de su rico temperamento, consiguiendo así llegar al público, que se siente emocionado por la manera con que el artista sabe llegar a su alma.

Hay quien a través de una corrección absoluta deja sólo traslucir una perfección técnica que el público no puede menos que admirar; pero esto está lejos de ser arte verdadero. Además de interpretar fielmente las obras, un pianista debe saber comunicarles su ardor y vida interior. Es la única forma de llegar al alma del público sensible. Si Rubinstein consigue esto es porque tiene personalidad y pone en cada obra toda su exaltación de artista.

Camila y Enriqueta

(Continuación de la pág. 5)

sentirlas; también la ausente participaba de ellas, y a su vez se desvivía para dar con un pretexto legal que justificara su vuelta al abandonado hogar. Por eso, a la primera noticia que tuvo del grave estado de Enriqueta, corrió anhelosa a su lado.

De su vuelta a la quinta, sólo la enferma y su madre tuvieron conocimiento. El padre, desde que se había acentuado la gravedad del mal que aquejaba a su hija, había caído a su vez enfermo, amenazado de una parálisis que le imposibilitaba de todo movimiento y, por consiguiente, de andar. En tal estado, cabíale la seguridad de que, con la de su hija, su vida se extinguiría también. Esta persuasión, lejos de contrariarle, le hacía insensible a sus sufrimientos; le evitaba el tormento de su angustioso vivir. La muerte, después de todo, era para el pobre ciego el término de aquella horrible sombra; ¡era la recuperación de la perdida luz!

¿Qué hablaron en su entrevista las dos hermanas? Debieron decirse algo de eso que regocija a los ángeles y conmueve a los hombres. Posible fué también que sus almas se adivinaran y se dijeran lo que sus labios no acertaron a decir. Lo que sí fué indudable es que Enriqueta le dijo a su hermana:

— Cuando haya muerto, que me moriré sin remedio, evita a nuestro pobre padre el dolor de esta nueva desventura. Ocupa el sitio que voy a dejar. Él cree que nos has abandonado para siempre: tú puedes hacer que yo, muriendo para todos, viva, sin embargo, para él.

Un juramento siguió a estas palabras. Luego el aleteo de un alma que abandona su cárcel para volar a su centro...

IV

CON el inesperado restablecimiento de su hija, recobra el decaído organismo del pobre viejo todas sus fuerzas y todo su vigor. Realmente, no era acreedor él a la nueva desventura que le amagaba. Perder la luz de sus ojos fué grave cosa: perder ahora la que iluminaba su alma hubiera sido el colmo del rigor; y creyéndose en posesión de ella, por el más generoso de los engaños, juzgábase el buen padre más que feliz. Contrastaba abiertamente con su alegría la tristeza cada vez más acentuada de su esposa y de Camila, inconsolables por la muerte de aquel amado ser. Si alguna compensación tenían sus penas, era la dicha de que disfrutaba el pobre ciego, cada vez más ignorante de la realidad que tan cuidadosamente se le procuraba ocultar.

Sin embargo, los cuidados asiduos y las atenciones delicadas viniéronse un día abajo, empujadas por un accidente sobrado natural.

Completamente restablecido de sus dolencias, quiso Durán reanudar sus paseos. Lejos de oponerse a ello, Camila se apresuró a ofrecerle su brazo lisiado, su brazo derecho, que el que Enriqueta le solía ofrecer; mas, al apoyarse Durán en él, el deseo y la voluntad hicieron a la joven traición, llevando a sus labios un apagado y angustioso grito de dolor, que en varios y distintos ecos repercutió en el fondo del corazón de aquel padre infeliz.

Ni una reconvención, ni una queja, ni una sola pregunta salió, sin embargo, de sus labios.

— ¡Ceguera por fuera y ceguera por dentro! — se dijo. — ¡Vivamos sin ver; la sombra absoluta es ya morir!...

La astrología en la India

SI en Europa la supuesta ciencia de los astrólogos cayó en el más completo ridículo desde hace más de doscientos años, en el Asia conserva una importancia de primer orden. Los soberanos persas, chinos y malayos tienen sus astrólogos oficiales a los que suelen consultar antes de acometer una empresa de dudoso éxito.

Los rajaes de la India tienen también sus astrólogos, y para que éstos dispongan de todo el material indispensable al buen éxito de sus profecías, conservan en buen estado los observatorios construídos en la época de la dominación mongólica, algunos de los cuales tienen un aspecto verdaderamente monumental.



El observatorio de Lahore, con sus numerosas plataformas

Tal es el observatorio de Lahore, que puede ser considerado como un modelo del género. En, en suma, una copia apenas modificada de las torres de observación que levantaban los caldeos y los egipcios.

En las noches claras se instalan en lo alto de esas construcciones extravagantes los astrólogos para estudiar el aspecto del cielo, no con la esperanza de descubrir un cometa, sino para reunir los elementos del horóscopo de tal o cual personaje, a quien el príncipe se propone otorgar algún cargo de confianza. El informe del astrólogo depende de los ángulos que formen entre sí los planetas visibles y acaso también de la propina que les dé o les niegue el personaje en estudio.



La principal torre del observatorio, reservada a los astrólogos de la corte

El cargo tiene, pues, sus "negocios", como suele decirse, pero no deja tampoco de tener sus quiebras. Recuérdese lo que le sucedió en el siglo XV al astrólogo del rey de Francia Luis XI, cuando éste cayó en la emboscada que le había tendido el duque de Borgoña, Carlos el Temerario. El astrólogo había pronosticado que la visita del rey a su primo el duque tendría el mejor éxito; de modo que cuando aquél se vió aprisionado su ira no tuvo límites y quiso descargarla sobre su mal consejero. Al efecto, le hizo llamar a su habitación, de una de cuyas vigas pendía una gruesa cuerda con lazo corredizo; allí, en presencia del verdugo preguntó al astrólogo, con ironía, cuánto tiempo contaba vivir aún. "Señor — respondió el pobre hombre — sé que viviré doce horas menos que vos". Esta respuesta le salvó de la muerte; pero otros, en Europa, y sobre todo en Asia, han sido mucho menos afortunados. No es fácil acertar siempre, y los príncipes han sabido hacer pagar muy caras ciertas equivocaciones.

Las familias de buena posición tienen también la costumbre de consultar astrólogos cuando se trata de una boda. Uno de estos sabios estudia el "tema de natividad" del novio; el otro el de la novia y ambos celebran conciliábulos para comparar sus observaciones. Su decisión suele ser respetada; si los horóscopos no encajan, vale más que las familias renuncien a la proyectada unión, pues ésta resultará desgraciada.

Habría mucho que decir sobre los astrólogos indios y sobre la tiranía que ellos ejercen. Por ejemplo, como poseen algunos conocimientos astronómicos y pueden predecir de antemano los eclipses, anuncian el fenómeno y lo hacen pasar como manifestación de la cólera divina. Esto les produce buena cosecha de horóscopos, liberalmente pagados.

Es de notar que el astrólogo indio, a la inversa de sus antiguos colegas de Europa, no considera la Luna como un astro benéfico; por el contrario, cree o afecta creer que su influencia es de las más nefastas.

Llevan tan lejos su desconfianza en ciertas regiones, que un hombre que se atreve a mirar la Luna llena, tiene que cumplir en seguida una ceremonia propiciatoria.

Consiste en reunir cinco piedrecitas blancas, frotarse con ellas la frente y tirarlas sobre el techo del vecino, ¡para traspasarle la mala suerte!

Naturalmente que el desarrollo actual de la astronomía pone más en ridículo la astrología de la India.

EL AMOR A LOS PERROS

SE sabe que el pianista Paderewski estuvo inconsolable por la muerte de su pequiñés "Ping-Lung".

Ya durante la enfermedad de su perro favorito el famoso pianista dejó de dar una serie de conciertos que tenía anunciados. Después de la desaparición de su animal predilecto, Paderewski se mostró afectadísimo.

Ante este caso, son muchos los que se han preguntado si se puede amar a los perros hasta ese extremo. Pero los que profesan el amor a los animales, los que han podido admirar la fidelidad de los mejores amigos del hombre y han observado en aquéllos cualidades quizá superiores a las de la especie humana, no se burlan, ni mucho menos, del dolor producido por la pérdida de algunos de ellos.

La historia y la leyenda han conservado el recuerdo de perros famosos, a los que profesaban sus amos una afección vivísima, a la que ellos correspondían igualmente. Conocido es el caso de "Hyrcanus", arrojándose a la hoguera donde se consumían los restos de su amo el rey Lisímaco; el de "Argus", muriendo de alegría al reconocer a su amo Ulises después de veinte años de ausencia; el del perro de Montasgís, y el de muchos otros.

Lord Byron no temía pecar de exagerado haciendo incinerar el cadáver de su perro favorito, "Fido", muerto al atragantársele un hueso de pollo. Las cenizas de su perro las guardó el maravilloso poeta inglés en una urna, sobre la cual hizo grabar este epitafio: "Hic jacet fidelissimus amicorum" (aquí yace el más fiel de mis amigos), urna que Lord Byron regaló a la condesa Guiccioli, que la conservó en recuerdo del grande hombre que ella había amado.

¿CÓMO ANDA USTED?

ANDA usted en línea recta o se desvía ligeramente a derecha e izquierda?

Observando cierto número de peatones, se ve que de cada diez, nueve se desvían hacia la derecha, vuelven a la recta que seguían y nuevamente se desvían a la derecha.

Ello se debe a que la mayoría de las personas tienen más vigorosa y mejor desarrollada la pierna derecha que la izquierda. Los zurdos suelen desviarse hacia la izquierda, porque en su caso es más vigoroso el lado izquierdo.

Los cortos de vista, por su parte, se inclinan hacia el lado del ojo peor.

Repertorio bibliográfico

NOVELA, CUENTOS, NARRACIONES

MÉNDEZ CALZADA (Enrique). — *Y volvió Jesús a Buenos Aires* (cuentos). 168 páginas. Portada de Sirio. — Editorial Latina, Buenos Aires.

VERSO

BURICH (Antonio). — *Rimas de Dolor y de Ensueño.* 107 páginas.—Agencia General de Librería y Publicaciones, Buenos Aires.

CHAMIZO (Luis).—*El Miajón de los Castúos* (rapsodias extremeñas). Segunda edición. Prólogo de J. Ortega Munilla. 205 páginas. — Editorial Alejandro Pueyo, Madrid.

DELGADO FITO (C.)—*Versos del Emigrante* (poemas). Portada y Ex libris de Sellawa. 84 páginas. — Impreso en los talleres de G. Ricordi y Cía., Buenos Aires.

CRÍTICA

ORCAJO ACUÑA (Federico). — *Javier de Viana, El Futurismo y Marinetti* (dos ensayos de crítica). 64 páginas.— Edición del autor, Montevideo.

FILOSOFÍA

FARIÑA NÚÑEZ (Eloy). — *El Jardín del Silencio* (ensayos filosóficos). — 148 páginas. — Edic. H. Kraus, Asunción (Paraguay).

VARIAS

BUSTAMANTE (Perfecto P.). — *El fin de la humanidad* (poema en prosa). 309 páginas. Retrato del autor. Ilustraciones de J. Fentanes. — Talleres S. A. Jacobo Peuser, Buenos Aires.

LABOUGLE (Eduardo). — *Los utópicos de todos los tiempos.* 58 páginas.—Imprenta y tip. Vargas, Buenos Aires.

PÉREZ COLMAN (Enrique). — *Amores al Terruño* (meditaciones breves). Prólogo del doctor Juan B. Terán. 160 páginas. — Editorial Tor, Buenos Aires.

BELLAS ARTES

SOLA (Miguel). — *Arquitectura Colonial de Salta,* prólogo del doctor Carlos Ibarguren. Dibujos de Jorge Ausgpurg. Volumen formato álbum, encuadernado, de 140 páginas, papel ilustración. 84 grabados.—Edic. Peuser, Buenos Aires.

MONOGRAFÍAS

NAVARRO MONZÓ (Julio). — *La Búsqueda Presocrática,* de la serie "La Evolución Religiosa en el Mundo Antiguo". 136 páginas. — Edición de la Federación Sudamericana de Asociaciones Cristianas, Montevideo.

NAVARRO MONZÓ (Julio). — *Las Escuelas de Atenas,* de la serie "La Evolución Religiosa en el Mundo Antiguo". 136 páginas. — Edición de la Federación Sudamericana de Asociaciones Cristianas, Montevideo.

FOLLETOS VARIOS

MACHADO (José E.). — *El Gaucho y el llanero,* folleto de treinta páginas. Retrato del autor. — Lit. y Tip. Vargas, Caracas.

FRANCO (Persio C.). — *Algunas Ideas,* folleto de 28 páginas.—Ed. Santiago de los Caballeros. (República Dominicana).

DAGNINO (Vicente). — *Dante médico,* folleto de 20 páginas. — Imprenta Roma, Valparaíso.

VERGARA (Carlos N.). — *Discurso* en el homenaje a Rivadavia decretado por la Municipalidad de Córdoba. Folleto de 16 páginas. — Ed. La Elzeviriana, Córdoba.

VIZOSO GOROSTIAGA (Manuel de). — *¡Asesino!... ¡Traidor!...* (Novela histórica), publicación de "La Novela del Oeste".

GONZÁLEZ ARRILI (B.). — *La Escuela Vieja,* discursos pronunciados en las fiestas conmemorativas de la fundación de la escuela de la Catedral al Norte. — Edición de la Asociación Ex alumnos de Catedral al Norte, Buenos Aires.

GARCÍA MELLID (Atilio).—*Glosas sin trascendencia al futurismo y a su apóstol F. T. Marinetti.* 24 páginas. — Edición de la revista "Pareceres", Buenos Aires.

REVISTAS Y PUBLICACIONES VARIAS

Colombo. Revista bimestral dell'Instituto Cristóforo Colombo. Fascicolo I. Anno primo. Giugno 1926. Roma.

Brotes. Órgano de la Asociación de ex alumnos de las Escuelas e Institutos Filantrópicos Argentinos. Número E. Junio de 1926.

Nosotros. Revista mensual de letras, arte, historia, filosofía y ciencias sociales. Número 205. Junio de 1926.

Prometeo. Revista mensual de ciencias, artes y educación. Número 56. Abril de 1926. Paraná.

Latium. Revista de arte, ciencias y letras. Órgano del Instituto Argentino de Cultura Itálica. Número 1. Año 1. Mayo de 1926.

Por la salud. Revista mensual de la Liga de Sociedades de la Cruz Roja. Número 6 del Vol. VII. Junio de 1926.

Comedia. Número 8, 16 de Julio de 1926. Buenos Aires.

El doctor José A. Viale ha cumplido cincuenta años de haberse graduado de abogado



VIVE rodeado del afecto de los suyos y de la consideración respetable y cariñosa de todos los que frecuentan su trato, o, simplemente, lo conocen al doctor José A. Viale, que ha cumplido recientemente cincuenta años de haberse graduado de abogado en nuestra Facultad. Pertenece al grupo de los cuarenta abogados que recibieron las borlas doctorales en la Universidad, en 1876, de los que en la actualidad sólo viven tres más: los doctores Matías Erausquin, Miguel Esteves y Antonio Pirán. Anteriores a éstos sobreviven solamente los doctores Juan Antonio Areco, que debe tener alrededor de ochenta años; José M. Rosa, poco menor que el anterior, recibidos en 1872, y los doctores Antonio V. Obligado y David Tezanos Pinto, que se graduaron en 1874.



FOTO LOUNET

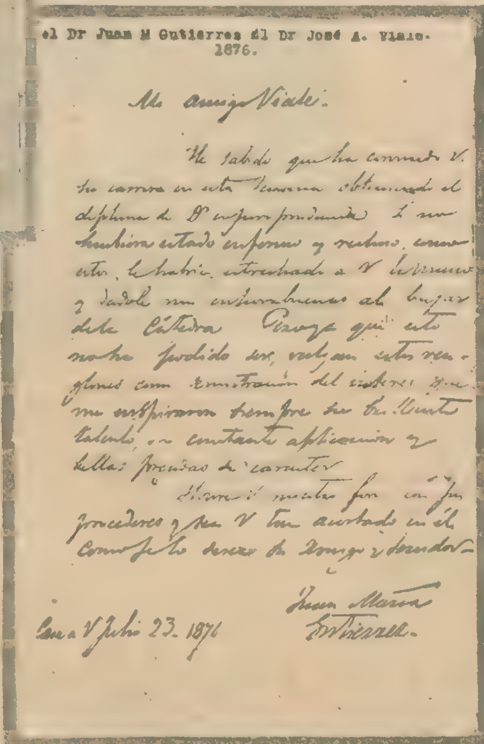
El doctor Viale en 1876, cuando se graduó de abogado

En el silencioso retiro de su casa de la calle Paraguay, el doctor Viale descansa serenamente desde 1915, en la placidez que le depara la consideración de que tan merecidamente goza, pues en esa época se acogió a los beneficios de la jubilación. Su recia complexión, animada por un espíritu no menos vigoroso, lo sostiene al tanto del curso de los acontecimientos que se desarrollan, y que él contempla con el aplomo que la experiencia infunde. Vivaz en su conversación, inquiere rápidamente sobre los asuntos de la actualidad, y añade, generalmente, el comentario mesurado y bondadoso al comparar los hechos de ahora con los de la larga época en que él actuó. Es un anecdotario viviente de cosas y de hechos referentes a hombres desaparecidos que ocuparon los primeros puestos de la República, y que él trató en virtud de los altos cargos que en la magistratura ejerció o por razones de carácter personal.

Tal es, ligeramente esbozado, el doctor Viale en la actualidad, después de haberse desempeñado con honor y probidad intachable durante treinta y tres años y ocho meses en la magistratura.

El doctor José A. Viale, sobrino del héroe del incendio del vapor "América", don Luis Viale, nació en Buenos Aires en 1854, hijo de don Bartolomé Viale, comerciante, italiano, radicado en esta ciudad desde muy joven, y de doña Candelaria Montiel, perteneciente a una de las principales familias de Corrientes y descendiente directa de los pobladores venidos de Vizcaya a esa región. El entonces joven estudiante cursó muy rápidamente, con destacado brillo, sus estudios preparatorios y secundarios, y su ingreso a la Universidad lo distinguía ya por el hecho de ser de los inscriptos de menor edad entre sus compañeros. Su aplicación y el entusiasmo con que abrazó la carrera de abogacía hicieron bien pronto que sus condiciones de talento lo revelaran como uno de los discípulos más aventajados de su generación. Así fué cómo en 1876, cuando aun no había cumplido veintidós años, se recibió de doctor en Derecho y Ciencias Sociales.

Su tesis doctoral versó sobre "Comerciantes y actos de comercio", y ya reveló en ella las condiciones sobresalientes que lo destacaron. A mayor abundamiento baste citar la carta cuyo facsímil publicamos, de puño y letra del doctor José María Gutiérrez, dirigida al doctor Viale cuando éste terminó sus estudios universitarios. Ella exime de mayor comentario.



el Dr Juan M Gutierrez al Dr José A. Viale. 1876.

Mi amigo Viale:

He sabido que ha concluido V. su carrera en esta semana obteniendo el diploma de Dr en jurisprudencia. Si no hubiera estado enfermo y recluso, como estoy, le habría estrechado a V la mano y dádole mi enhorabuena al bajar de la Cátedra. Ya que esto no ha podido ser, valgan estos renglones como demostración del interés que me inspiraron siempre su brillante talento, su constante aplicación y bellas prendas de carácter.

[illegible] en sus procederes y sea V tan acertado en el Consejo como lo desea su amigo y servidor —

Juan María Gutiérrez

Casa de V Julio 23. 1876

Facsímil de la carta del doctor Juan María Gutiérrez al doctor Viale

Siendo estudiante ocupó el cargo de secretario del Fiscal de Hacienda de la provincia de Buenos Aires, y en 1875 el de secretario de la Universidad de Buenos Aires. Cuatro años después de haberse graduado, en julio de 1880, ingresó a la magistratura con el cargo de fiscal del Juzgado Nacional de Buenos Aires, pasando algún tiempo después al puesto de Fiscal Federal en la sección Capital. Hasta entonces había hecho su práctica de abogado en el estudio del doctor Manuel Quintana, conjuntamente con su hermano Emilio Viale, con el doctor Pedro Goyena y el siempre bien recordado don Matías Behety.

En diciembre de 1893 fué nombrado juez de Comercio en la Capital Federal, y en 1905 ocupó el cargo de fiscal de Cámara en lo Civil. Hasta el momento de su jubilación, en 1915, este es el lapso en que el doctor Viale puso de relieve sus sobresalientes condiciones de probidad acrisolada, sus profundos conocimientos de la ciencia del derecho, y la rectitud invariable de sus condiciones caballerescas. Al jubilarse se le computaron treinta y dos años y ocho meses de servicios como magistrado. Si hubiera querido hacer valer para el cómputo los servicios prestados desde 1874 el total de tiempo hubiera dado cuarenta y un años.

Casado desde muy joven con una hija de don Nicolás Avellaneda, desliza serenamente sus días, después de haber fundado un hogar respetable, con esa caballerosidad del hombre culto, hecho al trato afable de la conversación amena, en la que chispea el gracejo amable y ese incuestionable don de gentes, que caracteriza a los que tienen una raigambre vigorosa de la vieja cepa porteña.

En el mundo acuático

La vejiga natatoria de los peces

SABIDO es que los peces encierran en su cuerpo una especie de globito lleno de gas, llamado "vejiga natatoria", cuya presencia modifica necesariamente la densidad del animal y, por consiguiente, las condiciones que regulan su locomoción.

La vejiga natatoria es el órgano ovoide, brillante, de lustre nacarado, que todos los que han abierto el cuerpo de un pez recuerdan haber visto entre las vísceras del animal. Si se comprime fuertemente esa vejiga entre los dedos estalla, dejando escapar un gas cuya composición viene a ser la del aire. A veces esa vejiga está en relación con la faringe mediante un canal a que se da el nombre de neumático.



Vejiga natatoria y canal neumático de la tenca



Aparato que permite estudiar las variaciones del volumen de un pez, que sube o baja en el agua

Esta descomposición recuerda la de los vertebrados aéreos; pues el canal es comparable a la tráquea y la vejiga aérea al pulmón. En ciertos peces, en efecto, la vejiga aérea funciona como órgano respiratorio. Estos peces — los dipneustos, por ejemplo — habitan las aguas de los países tropicales en que alternan períodos de humedad y de sequía. Mientras hay agua en los ríos o lagos el pez respira por sus branquias; pero cuando la sequedad se hace sentir, el pez se hunde en un tubo que abre en el limo y absorbe el oxígeno del aire por medio de la vejiga natatoria como por medio de un pulmón.

¿Cuál puede ser el papel hidrostático de la vejiga natatoria? El cuerpo de los peces, como el del hombre, es más denso que el agua; abandonado a sí mismo, cae al fondo y la vejiga natatoria desempeña el mismo papel que las calabazas secas que se atan a la cintura los aprendices de nadadores. Por eso, cuando se quita la vejiga y se cortan las aletas natatorias de un pez, cae inmediatamente al fondo del "aquarium". Hay peces que no tienen vejiga natatoria; pero si estos animales pueden subir a la superficie por golpes violentos de sus aletas, caen desde que cesan de nadar.



Pez retirado bruscamente de las profundidades. Su vejiga forma hernia hacia afuera

A través de las paredes del cuerpo del pez, la vejiga natatoria soporta la presión exterior. Suponiendo constante la cantidad de gas que encierra, su volumen, como el de toda masa gaseosa, varía en razón inversa de la presión. Ahora, la presión que se ejerce sobre la vejiga en el seno del agua no es la misma en todos los niveles: en la superficie es igual a la presión atmosférica; en el agua, a la profundidad de diez metros, es igual a dos atmósferas; a veinte metros se hace igual a tres atmósferas, etc. Así, pues, cuanto más un pez se sumerge, más disminuye su vejiga natatoria y aumenta su densidad; por el contrario, cuanto más asciende en el seno del líquido, se hace más liviano por la expansión de la vejiga. La experiencia muestra, en efecto, que el pez se eleva con una velocidad uniformemente acelerada hasta la superficie en que flota.



Pez colocado a un nivel constante, al que se adapta por absorción o secreción gaseosa

Las variaciones de volumen de la vejiga natatoria no son bruscas, sino lentas, necesitan algunas horas para producirse y se realizan por una variación del gas contenido en la vejiga. Por eso cuando se saca un pez de una gran profundidad y se le hace llegar en pocos momentos a la superficie, ese órgano está de tal modo dilatado que suele hacer hernia por la boca y a veces se rompe.

El gas que llena la vejiga no es, como pensaban los antiguos naturalistas, aire que el pez ha tragado, sino que es tomado de la sangre que circula en los vasos de aquel receptáculo. El nitrógeno y el gas carbónico penetran por simple difusión; el oxígeno es vertido por una verdadera secreción. El aumento de volumen de la vejiga resulta de una secreción más activa del oxígeno, y su diminución se debe a una lenta reabsorción de esos gases. Sin embargo, en ciertos peces el canal neumático puede dejar salir finas pompas de gas, desempeñando así el papel de una válvula de seguridad.

Gracias a esos mecanismos, los peces pueden adaptarse a niveles variados.

HUEVOS EN ESTUCHE

EL cocinero de uno de los principales hoteles de Estados Unidos ha inventado un sistema verdaderamente raro para cocer huevos.

Tiene en la cocina una cantidad de huevos imitados, de porcelana fina. Estos huevos están huecos y se tapan a rosca.

Cuando se tiene que cocer un huevo destapa uno de los imitados, lo llena con el contenido de un huevo auténtico, lo tapa y lo cuece del modo usual. Los huevos se envían a la mesa sobre un soporte ad hoc para que se tengan derechos, y el comensal no tiene que hacer más que destornillarlos.

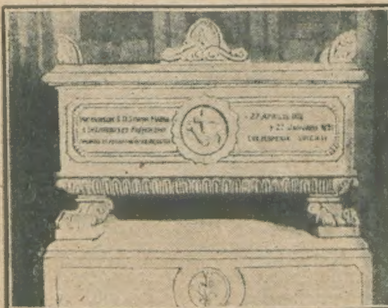
Si los huevos no están suficientemente cocidos, se pueden devolver a la cocina; y si están demasiado duros, se pueden recalentar para otro parroquiano. De este modo se pueden tomar los huevos en su punto.



Retrato al óleo de sor Patrocinio

La monja de las llagas

QUISO ser sor Patrocinio glosa y remedo de la monja poeta. Existía entrambas semejanza física: Teresa de Cepeda y Ahumada y Dolores Quiroga y Cacopardo gozaron de arrogante presencia, voz insinuante de oro y las blancas carnes de Juno de la "Ilíada": venustez en sus faces, y en sus maneras, señoría. En lo psíquico, disparidad. Calco de los de Santa Teresa, mostráronse arrobos, y éxtasis, y penitencias y manía fundadora de sor Patrocinio. Vieron las dos al dulce Rabí y sintiéronse opresas por el réprobo; pero en el misticismo de la doctora abulense hay una suprema distinción ática, pugnante con aquel diablo plebeyo que travesea, tunde y grita en el convento matritense de las Comendadoras de Santiago, cuando Dolores — laica y adolescente — sirve a las rancias señoras de Zurita, continúa luego alebrando a las religiosas del Caballero de Gracia, y hasta se atreve una noche a conducir o no conducir a su víctima hasta el cenobio de franciscanos de Cuéllar — hay oposición, cuanto al punto, entre los autores — para depositarla luego — los autores, conformes — sobre el alero de un tejado. Tal Satán misógino cesa de atormentar a la monja cuando su caridad descubre, sucesivamente, la minúscula imagen de Nuestra Señora del Olvido — aun conservada en el convento arriacense, — y aquel lienzo del Cristo "de la Palabra", cuyos labios lumínicos se entreabrieron para hablar de sor Patrocinio, lienzo que guardan las madres concepcionistas de la calle de Blasco de Garay, en Madrid. Sin que pueda negarse cuánto ayudara a la emigración de Lucifer el bastón de borlas de Salustiano Olózaga — enamorado de "soror", según murmuraciones de la época, — y la actuación del juez Cortázar en un proceso que amarillea en el archivo de Gracia y Justicia.



Sarcófago de sor Patrocinio

¿Qué contar de las sangrantes llagas? Hay un abismo entre la prosa de los "Dos amigos filósofos", autores del fascículo de 1868, evocador del capuchino fray Fermín del Alcázar y de la "clemátide vitalva" y la de don Ramón Risco, moderno biógrafo y defensor de la carmelita. Tales úlceras, pincelada justa en manos y pies descarnados de los San Francisco de Zurbarán y "el Greco", parecen desentonar sobre las pulidas de "soror".

Pende ante la Santa Congregación de Ritos el expediente de beatificación. Como hila delgado, han de transcurrir lustros antes de la sentencia. Y han de consultarse con ahinco las sesiones del Tridentino y del Sesonense, definitivos en materia de milagros.

SON interesantes el retrato y el sarcófago. Desconocemos la fecha de aquél; pero es cierto que cuando se pintó no había llegado la madre al comedio de su vida. Lucé el cándido hábito, con toca negra y capa azul; al pecho, el escudo de la Orden, grabada en él la Purísima, y a la cintura el cíngulo franciscano. Obsérvese que se reproduce no una fotografía, sino la obra de un pintor. Cuanto a la urna cineraria, es la misma donde, a 14 de agosto de 1917, fueron depositados los despojos de sor Patrocinio, al cabo de veintiséis años de sepultada en un nicho conventual. Labrada fué en piedra de Novelda por don Bernardino Olmeda.

Cuadro y urna están hoy en el antiguo comulgatorio, trocado en capilla, de la iglesia de la Santísima Trinidad y Purísima Concepción, vulgo del Carmen, donde una tarde de marzo de 1880 sor Patrocinio, abadesa, recibió la postrer visita de la ex reina de España doña Isabel II.

LA CRÍA DEL PESCADO

LA manera de multiplicar artificialmente el pescado no es tan reciente como se cree; en una revista periódica de 1825, se encuentra la descripción del procedimiento siguiente:

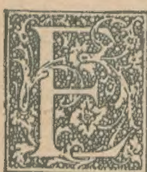
"Los chinos tienen un medio de criar los peces y de ponerlos al abrigo de los accidentes que destruyen comúnmente tan gran cantidad de ellos. Los pescadores recogen con cuidado, en los bordes y en la superficie del agua, esas masas gelatinosas que contienen los huevecillos de los peces. Apenas se han procurado bastante cantidad, los ponen en cascarones vacíos de huevos de gallina, y dejan los tales cascarones al cuidado de un ave que los empolla.

" Transcurrido cierto número de días, colocan los cascarones de huevo en agua calentada al sol; los pececitos, una vez nacidos, se guardan en agua fresca, hasta que son bastante robustos para poderlos poner en un estanque con los peces grandes. La venta de huevecillos, en razón de este uso, forma un ramo importante del comercio de China."

La paja en el ojo ajeno...

Por PESCATORE DI PERLE





EL distinguido literato alemán señor Juan W. Gœthe — cuyo deceso ha sido tan lamentado en esta metrópoli — solía decir, en sus últimos años:

— Si cuando yo era joven me hubiera dado cuenta, como ahora, de las muchas obras excelentes que han producido los siglos, no hubiese escrito ni una línea.

Afortunadamente para la literatura nacional, nuestros escritores no son tan tímidos como el señor Gœthe. Aquí se produce con fecundidad conejil. Tanto, que un fertilísimo autor, amigo mío, que a pesar de sus veinticinco años ya lleva editados catorce libros, me ha enseñado con mucho misterio un régimen alimenticio que le ha dado el doctor Salomón, para contener le la bibliorrea de que padece.

Ocupémonos — para sintetizar y fijar claramente las ideas — en un caso determinado y ejemplificador.

Pocas semanas hace, el 11 de junio del corriente año, tuve el honor de divulgar en estas doctas columnas el nombre del señor Enzo Poderti, literato nuevo en nuestra plaza. Mi selecta clientela recordará su obra *Principios literarios*, y evocará fácilmente algunas frases memorables: una "labor que hizo su *prosperación*", las "*parpadas* de fulgor sideral", cierta "*lena* conversación", "las *campanadas* de una iglesia que anunciaban la *una* de la mañana", etc., etc.

Pues bien: el señor Enzo Poderti no ha esperado nueve meses para darnos otro fruto de su ardiente cerebración. Antes de cumplirse dos, me llega su nueva obra, que se titula, ¡naturalmente!, *Biblias Rotundas*. La flamante producción lleva un prólogo del señor Hermani Moreno. Como no estoy muy al corriente de nuestro movimiento literario, supongo que el señor Hermani Moreno es, también, escritor nuevo en esta plaza.

Por otra parte, el prólogo es brevísimo. Empieza con esta substanciosa presentación:

> *Enzo Poderti, uno de los más jóvenes críticos, y notable de su parroquia, esta novela que publica es obra de encomio y estímulo.*

El prologuista tiene una altísima idea del joven crítico más notable de su parroquia. Dice:

> *Su iniciación fué rápida, y hasta parece inaudito que escribiera con tal maravilla, demostrando simplemente su gran valor literario.*

Comparto en un todo la opinión del señor Hermani Moreno. A mí también me parece inaudito el gran valor literario de Enzo Poderti. Y para dar exacta idea de él tendría que reproducir las sesenta y siete páginas impagables de que consta la obra. Desde la vibrante dedicatoria que reza así:

> *Con el más cariño y mi inaudito esfuerzo a la juventud de América.*

hasta el final — que reproduciré más adelante — la narración forma un todo compacto, homogéneo, heterogéneo, vesánico y gaseiforme, en el cual la elección de tal o cual párrafo de muestra es imposible. Como los grandes sistemas cosmogónicos, tiene que ser conocida en su totalidad.

En *Biblias Rotundas* todo es rotundo, desde el título y el estilo hasta las cosas menos sospechadas de rotundidad, como v. g.:

> *¡Qué noticia* **rotunda** *e inesperada, para la familia: ¡Murió Juan!...*
> *...En aquel* **rotundo** *campo de batalla...*
> Etcétera, etc.

Biblias Rotundas es una novela inquietante. Ocurre en los campos de batalla de Italia, en Buenos Aires, en algunos pueblos del interior y en París. En cada página fallecen varios personajes, se desencadenan unas tormentas horribles y mueren una cantidad espantosa de madres. El mal tiempo reinante en todo el libro recuerda vagamente el raid de Duggan y Olivero. Las hecatombes de madres no recuerdan nada, porque jamás ha ofrecido la historia un caso parecido. Sus personajes parecen de Nietzsche. De Nietzsche cuando ya estaba recluído. Considerad la presentación del protagonista.

> *Un penoso espectáculo se ofreció a mi atónita mirada: un pobre señor, sus ropas se hallaban destrozadas, sus músculos ateridos, se encontraba en una situación muy errabunda...*

Ved, ahora, la descripción de una de las tantas tormentas que matizan el relato:

> *Llegaba la noche, y una inmensa tormenta se desencadenó; la lluvia caía sin cesar; y la niebla había disipado bastante, ya encendido los reverberos, y su luz amarillenta semejaban en la luna pequeños puntos luminosos en torno de los cuales se dibujaban de halo o aureola luminosa.*
> *Unas cuantas lámparas alumbraban el cuarto, a cada instante, un ruido producido afuera, ésta se movía y derramaba una porción de kerosene, desprendía gran cantidad de humo que iluminaba apenas aquel antro lúgubre y exparcía en el aire un olor acre y moribundo. Ya pasada aquella reinante tormenta, me levanté poseído de varias ideas sublimes.*

Pero donde el señor Enzo Poderti más se luce es en los diálogos. Los maneja con perfecta naturalidad. Prestad atención a este, que se desarrolla entre un médico, el doctor Ezio Bargot, y una encantadora joven que se llama María Angélica. Esta María Angélica es tan bella como elegante, según advierte el autor en esta somera descripción:

> *...tenía el pelo graciosamente recogido, un pañuelo azul de seda ceñía su cuello* **mórbido** *y blanco; un vestido* **marrón glacé**, *realzaba los contornos ondulantes, exquisitamente pomposos...*

Se conocen los dos personajes en un vagón de ferrocarril. Y entabla la conversación el médico:

> *—Vivimos—dijo—en este mundo, para amar y ser amados, para reír y gozar, y lo que tienda a fortalecer nuestra felicidad, es bueno y santo.*
> *— Lógicamente, doctor Ezio Bargot!...*
> *— Dígame — respondió María Angélica, — faltarán pocos minutos para nuestra llegada.*
> *Sacó el reloj de sus ropas; — probablemente veinte minutos para nuestro destino — exclamó él, medio confuso, con su iconoclasta mirada en el pequeño reloj de oro.*
> *— Relativamente podemos conversar aún...*
> *— ¡Sí! es verdad, — murmuró el doctor. — Vive muy lejos de la estación, joven María Angélica?*
> *— Al lado de un rico, llamado, Víctor Clihy, de nacionalidad inglesa.*
> *— Víctor Clihy — repitió el doctor.*
> *— ¿Habéis oído hablar de él?*
> *— Nada tendría de raro, puesto que se trata de un gran millonario.*
> *— Eso no equivale a nada.*
> *— ¿Por qué?*
> *— Por una razón muy simple y lógica: hay ciertas y determinadas personas que son muy millonarias y no llegan al alcance de todos.*

¡Imaginad, amigos, que el diálogo continúa en el mismo tono, y decidme si no es un crimen tener que dar este insignificante fragmento! Pero la vida es corta, el tiempo apremia y el espacio falta. Doy fin a las transcripciones con esta pintura de la muerte de una madre, género en que se ha especializado el señor Poderti. La escena pasa en un hospital. La madre, agoniza. El hijo, que se llama Bardo, va tras una enfermera:

> *Llegaba la noche y la enfermera pasó frente a la cama y quitó de una mesita varios remedios que puso en una copa y dióle para tomar.*
> *— Deme a mí que conmigo beberá, ruégole, enfermera... ¡Qué buena es usted! Esta es mi madre, no habla... no ríe... no llora... ¡Y qué le pasa!*
> *— ¡Joven!, su madre carece de fuerzas y su estado es relativamente muy mal... — exclamó la enfermera. — Dentro de minutos vendrá el doctor, que le dirá lo que le pasa.*
> *Sonó una campanilla, y unas palabras salieron de la enfermera: ahí viene el doctor.*
> *— ¡Oh, doctor! mi madre ¿está muy mal?*
> *— Sí, joven; de un momento a otro esperamos su muerte.*
> *— ¡Su muerte! ¿lo qué dice? — exclamé con nerviosidad espantosa.*
> *Así pasaron largas y lastimeras las horas, al lado del lecho de mi querida mamita.*
> *Llegó el momento fatal, en que mis oídos sintieron, la palabra desgarrada de sus labios: ¡me muero! hijo mío...*
> *— "¡Hay que morir!" ¡Mamita! ¡descansa en paz!*

Supongo, lector, que te quedarás como yo con una nerviosidad espantosa esperando la tercera obra literaria de Enzo Poderti.

—— :: ——

DE una narración titulada *En el Amazonas*, que publica *Atlántida*, del 15 de julio:

> *Marillean se acercó a su camarada e iba a inclinarse sobre él cuando tuvo la intuición de que un peligro le amenazaba. Dióse vuelta a tiempo para ver lucir en la obscuridad* **cuatro pares de ojos** *verdes como esmeraldas: eran* **dos** *jaguares que acudían al olor de la sangre y se disponían a arrojarse sobre la presa.*

Dos jaguares con *cuatro pares* de ojos no son de temer. Son jaguares miopes, de los que usan lentes.

—— :: ——

Del *Diario Oficial* de Montevideo, del 16 de julio:

> *ACTA Nº 14919*
> *Montevideo, Junio 30 de 1926. — Con esta fecha, Barbosa, Caravia y Cía., apoderados de los señores Rabone Hermanos y Cía., de Birmingham (Inglaterra), han solicitado el registro de la marca: (aquí un grabado) para distinguir artículos de las categorías 2 y 4, clases 11ª y 33ª (substancias químicas usadas en las industrias, fotografía e* **investigaciones filosóficas y anticorrosivas**, *pinturas y barnices). — Horacio Arredondo (hijo), Jefe de Sección.*

Aquí todavía no estamos tan adelantados. Aun no usamos substancias químicas para las investigaciones filosóficas. Nos basta con el macaneo verbal.

—— :: ——

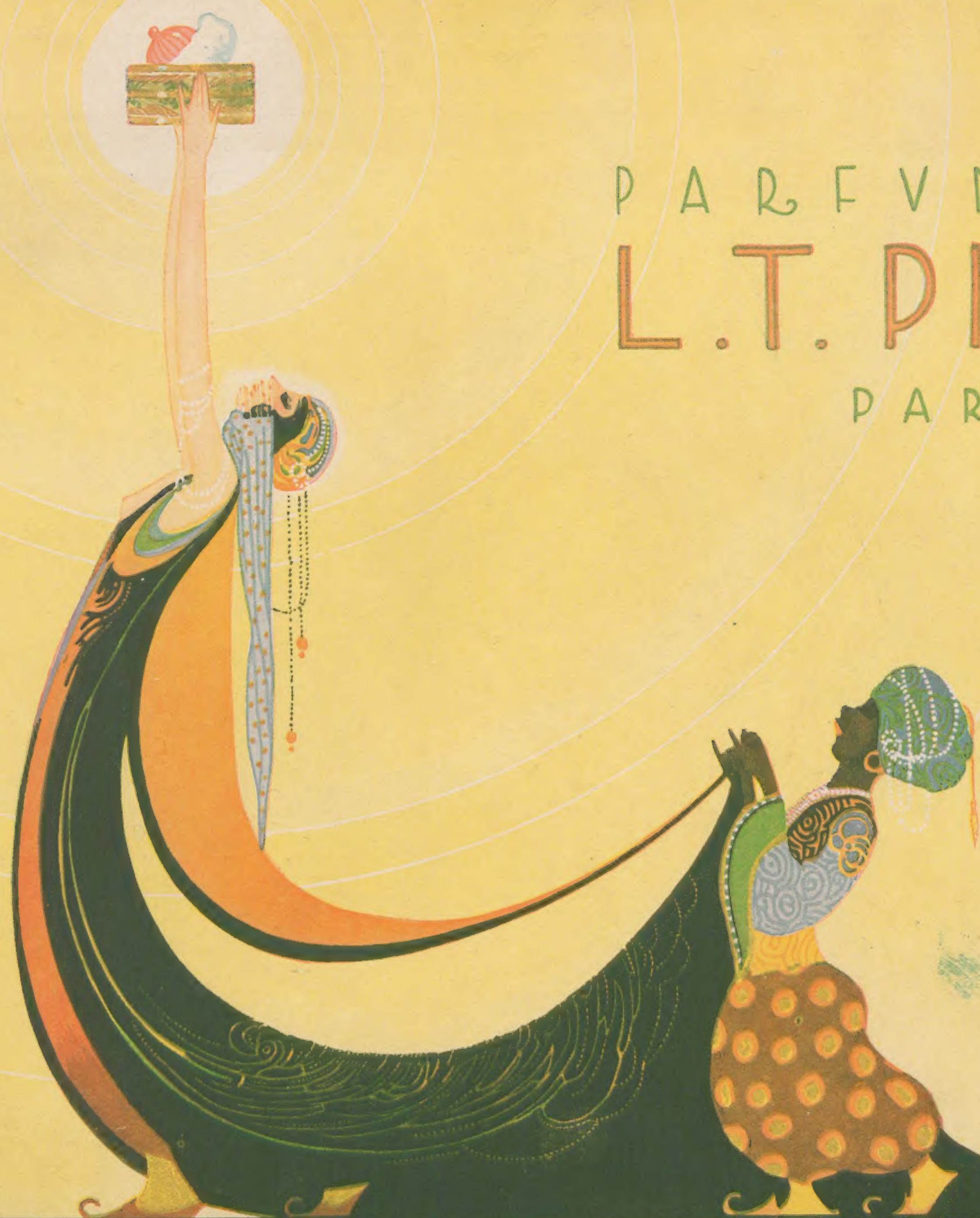
LEO en el excelente servicio telegráfico de *La Reforma* de San Luis, del 14 de julio:

> *CONGRESO DE MEDICINA*
> *Bs. As., 14. — Se realizó las sesiones del Congreso Nacional de Medicina, y se consideró bajo diferente aspecto el tema del* **"Peludismo"**.

Como se sabe, este tema se debió a la intolerable imposición de S. E. el señor presidente de la República, y causó muchos comentarios en la calle Brasil, a la altura de Constitución.

Semanalmente se premiará con una libra esterlina al que remita la mejor "perla" a juicio de nuestro "Pescatore". No se admiten "perlas" anónimas, es decir, sin documentación. Todo envío debe acompañarse con el recorte del diario, revista o libro donde se hizo el hallazgo, e "si non, non". Esta semana corresponde la áurea moneda a "A. Lacasia", de esta capital.





PARFUMERIE

L.T. PIVER

PARIS

FLORAMYE - POMPEIA y VIVITZ

Polvos de Tocador

cuya exquisita finura y delicioso perfume cautivan.

Precio de la caja

$ 2.00

En BLANCO, RACHEL y ROSA









PRECIO EN LA CAPITAL: 20 centavos

IMPRESO EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE LA EMPRESA EDITORIAL HAYNES LDA. S. A.

PRECIOS: En el Interior: 30 centavos
En el Uruguay: 10 centésimos